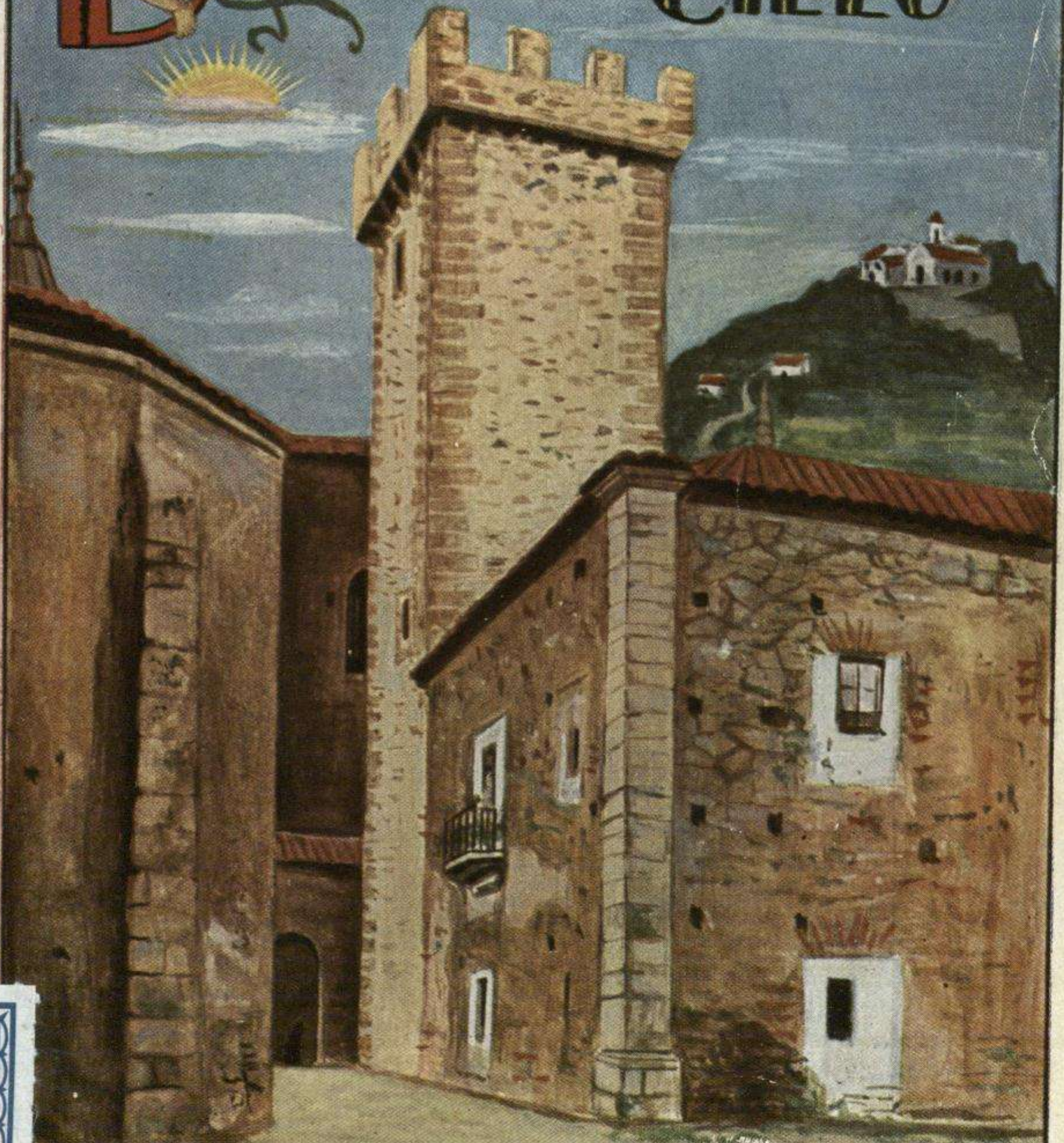




DE LA TIERRA Y DEL CIELO



Buget Capdevella

LORENZO LÓPEZ CRUZ

De

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

De la tierra y del cielo

POESIAS LIRICAS Y RELIGIOSAS

Don

DE

Don Lorenzo López Cruz

Cura Párroco de Santiago, de Cáceres



B.P. CACERES
N.R. 87249
N.T.
C.B. 1102163
2/22871

CACERES

**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**

Talleres Tipográficos «EXTREMADURA»

CASA DE ACCION SOCIAL CATOLICA

Plazuela de los Caldereros, 2

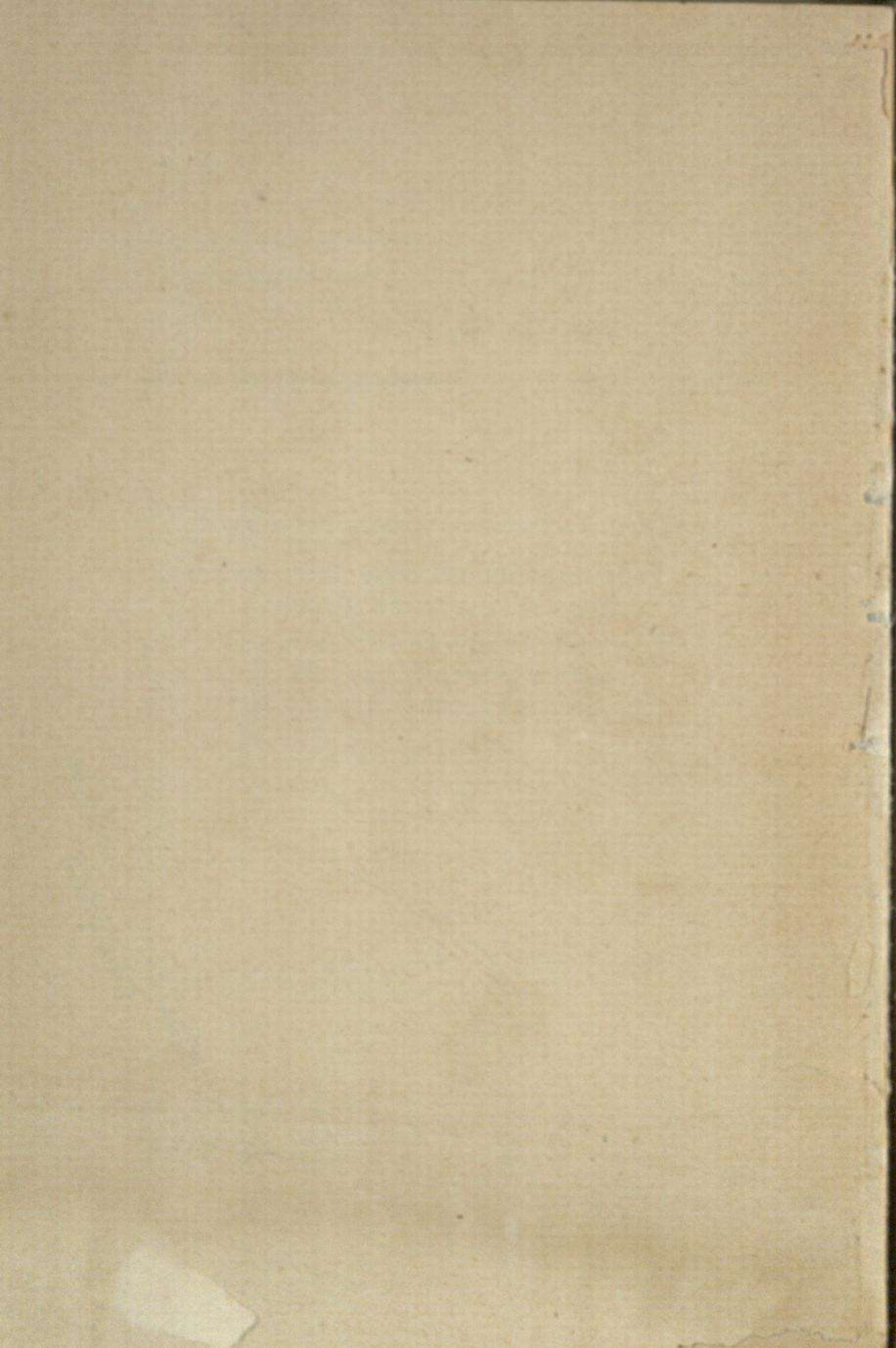
1925

ES PROPIEDAD

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

*A la santa memoria de mis pa-
dres D. Alfonso López Pérez y
Doña María Inés Cruz Pérez,
y de mi hermana D.^a María.*

El Autor.



DE PROPIA MANO

Carísimo lector:

Ya que no veas en él otras, quiero que este libro tenga una originalidad: la de carecer de prólogo.

Porque no espero que des ese nombre a estas líneas que tienen el principal objeto de exponer la razón de que la obra vaya sin prólogo.

Enemigo siempre de estos formulismos que han llegado a la categoría de imprescindibles, no había de incurrir ahora en el pecado de aprovecharme de ellos en mi propia utilidad.

Doble aspecto suele tener la misión y el oficio del prologuista: presentar al autor y hacer un juicio laudatorio de la obra.

Sin jactancia puedo decir que no necesito de lo primero. Si al cabo de mis años no fuera conocido entre los nuestros, sería ya pueril el pretender que me presentaran. Y en cuanto a las alabanzas del

libro, las estimo completamente inútiles. Las obras que no tienen el reclamo en su propio corazón, no se harán más aceptables por mucho incienso que lleven en el prefacio.

El crítico que escribe un prólogo, encadena la pluma y priva de libertad a sus juicios. Los méritos y excelencias que, a su ver, resaltan en las páginas nuevas, suelen estar en su imaginación y en su deseo más que en la realidad.

Eminentes literatos, con cuya amistad me honro, hubieran hecho con mucho gusto el oficio de padrinos de esta colección de poesías a cuya publicación más de una vez me han animado. Pero yo, que jamás leo prólogos de pluma ajena, por bien cortada que esté, no tengo derecho ni quiero presentarme con un certificado de aptitud o un pasaporte para circular por el mundo de las letras. Ese título, si se merece, ya lo darán después, sin petición de parte interesada y con toda libertad.

Resultaría, por otro lado, intolerable que el mismo autor alabara sus producciones. Y, si bien se considera, no es inmodestia menor hacerlo por segunda persona, que se busca expresamente para que ella haga y diga lo que el decoro no permitiría a uno propio. Sólo en las obras póstumas y en las nuevas ediciones que se publican después de la muerte del autor, caben, en mi juicio, estos dictámenes con toda suerte de alabanzas merecidas.

Nadie está más facultado que el autor para hacer el preámbulo de su libro. Y se dejará leer agra-

dablemente si lo sabe escribir con sinceridad y modestia. No hay libro que no tenga su historia, muchas veces amena e interesante; y solo el autor, que es el único que la conoce, y la considera como parte muy principal de su vida misma, es el que la puede referir con toda autoridad y pleno conocimiento de causa.

Una breve reseña histórica de la obra, con su génesis, su desarrollo, sus vicisitudes y su terminación; algunas explicaciones sobre puntos que las requieran; una exposición de los motivos que indujeron al trabajo y del fin que se persigue: todo esto, que sólo al autor se concede, ilustrará a los lectores y los hará penetrarse del espíritu del escrito mejor que las obligadas ponderaciones, dudosamente sinceras, del extraño prologuista.

Por lo que a mí toca, me creo tan obligado a poner en ejecución esto que digo, que lo tengo como parte esencialísima de este humilde libreo.

El cual dejaría a muchos sumidos en extrañeza si no me anticipara a contestar a ciertas preguntas que se harán al solo anuncio de su aparición.

Y si me dices, lector paciente, que esto ya tiene visos de prólogo, te faculto desde este momento para que por tal lo tengas.

Dígote, pues, que esta obra u otra parecida no ha visto la luz muchos años antes, porque ha tenido en el propio autor el mayor enemigo. Siempre cerré los oídos a propios y extraños que me alentaron a la empresa. Y no te he de decir los juicios en que

apoyaban sus instancias, porque los creía y aun los creo apasionados.

Por otra parte, para hacer el libro en la forma que yo deseara, necesitaba disponer de un tiempo que hora tras hora se me ha negado, de algunos instantes cada día en que pudiera abstraerme de todo; necesitaba vivir en otro ambiente y respirar aires más propicios a la inspiración.

*¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido!*

dijo Fray Luis de León en la más celebrada de sus odas. Y en la más sentida de sus poesías afirma nuestro Galán que el campo le hizo poeta. Y yo he tenido siempre sobre mis débiles hombros el peso de una Parroquia, que es el más constante que pueden llevar las fuerzas humanas y el que menos tiempo da para ajenas distracciones.

Por eso, aun viéndome con frecuencia acusado de perezoso, tenía que soportar esta pública recriminación, sin salirle al paso con algunas producciones, humildes, como mías, pero que desmintieran ese concepto, repetidas veces expresado en letras de molde.

Y por lo mismo no puedo hacer otra cosa que presentarte, amigo lector, este manojo de poesías compuestas en distintas épocas, en diversas situaciones de ánimo, y que no han tenido de común sino su paternidad y el deseo de que resultaran buenas, lo cual no siempre, acaso nunca habré logrado;

pero que, a pesar de ello, hoy, no sé si con mejor sentido o con menos modestia o con mayor debilidad me resuelvo a dar a la pública estampa, unidas como buenas hermanas en un solo volumen.

En esta colección no están todas mis poesías publicadas o inéditas, ni muchas que acaso debí componer preferentemente. En cambio, quizás figuren en ella algunas que estuvieran mejor en la eterna obscuridad. Pero suele suceder que lo que a unos agrada menos, place más a otros.

Yo, que he cantado al Puente de Alcántara en estrofas que en general sentir son las más recias de mi lira; yo, que he llorado las ruinas de San Benito y he tenido compasivas endechas para el dolor ajeno, he callado ante la más excelsa figura de la afortunada villa y he permanecido mudo en mis grandes dolores. Me acuso de ello, y a veces me recrimino. El temor y la desconfianza que me invaden al emprender cualquiera obra, no me dejan siquiera para algunas la libertad del intento.

No sé si me habrá acompañado el acierto en el título del libro. Unidas como van en un volumen las poesías religiosas y las que no tienen ese matiz, necesitaba encontrar uno que las abarcara y distinguiera, dando a conocer el carácter de cada una.

Ahora, amable lector, no achagues a vanidad el que te diga, contestando a tus calladas preguntas, que entre las dos partes del libro me inclino hacia la que contiene las poesías religiosas. Y basta con indicártelo, porque si te lo hubiera de explicar, ten-

dría que alabártelas de algún modo, cosa que nunca han merecido de mí.

También entre las de la otra parte siento mis predilecciones; pero no te las diré, porque al fin todas son hijas de mi pobre ingenio, y entre todas reparto mi cariño; y deseara que tú también con cariño las leyeras.

Las que ya hace años vinieron al mundo, se presentan con los mismos atavíos o con escasas reformas. Sólo he modificado notablemente la dedicada a San Benito, de Alcántara, dejando vivo el sentimiento de tristeza que le dió vida, y borrando lo que pudiera significar indignación, para que no se considere invectiva contra los habitantes de ese pueblo, para mí tan querido, que son los primeros en lamentar el triste estado del soberbio y primoroso monumento.

Mucho he vacilado antes de resolverme a incluir en la edición algunas composiciones, y entre todas, la de «Mi sueño». Pero he de confesar que tengo a esta última en singular estima. Literalmente tomada, es para muchos reflejo, quizá pálido, de la realidad. Y como símbolo de la vida ¿quién será tan feliz que no sienta los crueles y dolorosos latigazos de esto que llaman vivir o no advierta que todo es un puro engaño y que las únicas dichas grandes son las soñadas, con las que Dios, compasivo, nos hace paladear las que en la eternidad nos reserva?

La vida debe apreciarse tal como es: lugar de luchas y valle de lágrimas; no para desesperarnos

ni aun para entristecernos, pero sí para que no nos enamoremos de ella, ni vivamos engañados.

Este mismo dejo de melancolía podrás advertir, lector, en otros cantos, especialmente si llevan el subtítulo de «Meditación», sin duda porque meditar es penetrar en la entraña del asunto; y la entraña de la vida es el desengaño.

Muchas de las poesías de la segunda parte van dedicadas a la pasión de Jesús. Esto obedece a dos razones: el haberlas compuesto casi todas a petición de periódicos y revistas para sus extraordinarios de Semana Santa, y el ser fuente de perenne sentimiento este asunto inagotable que de modo tan vivo toca al corazón.

Aquí termino, sintiendo haberme explanado más de lo que me propuse. Tú, lector benigno, me lo sabrás dispensar en gracia de la confianza con que te trato.

Entra ahora por las páginas de este volumen y léelas de corrido o salteadas. Yo te doy licencia para juzgarlo duramente y sin piedad en todo aquello, que será mucho, que no merezca tu aprobación: eso es lo de la tierra.

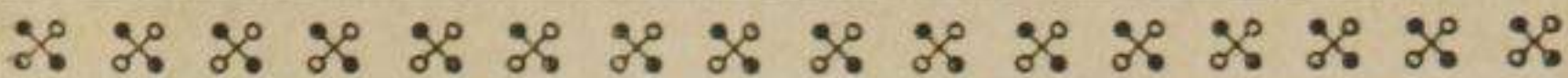
Y si por fortuna ves en él algo que honesta y agradablemente te entretenga y te deleite y te haga pensar y sentir como bueno, atribúyelo a la bondad del Señor que habrá puesto en mi pluma rasgos del cielo.

El Autor.

1

POESIAS LIRICAS

1.0000000000000000



EL VERSO

QUICHAS veces al paso de los siglos se agitó en el decurso de los tiempos una cuestión que lleva aparejada la nota pertinaz de eterno pleito: «¿Es el verso, o la prosa, quien al mundo literario imponer debe su cetro?»

La humanidad que es Juez en el litigio no dió el fallo postrero ni lo dará mientras existan Sanchos y los Quijotes en el mundo estemos.

Mas yo que, ya lo dije, soy Quijote, mal al que nunca encontraré remedio, no juzgo cuestionable lo que tan claro en mis adentros veo. ¿Con los hombres habláis? hablad en prosa. ¿Os dirigís a Dios? hacedlo en verso: que es distinto el lenguaje de la tierra del lenguaje solemne de los cielos. La prosa habla al sentido;

el verso se dirige al sentimiento.
Y si hay quien me reprende
por confundir la causa y el efecto,
vuelvo en pasiva la oración al punto
y me da el resultado que pretendo:
si el sentido la prosa,
ávido el sentimiento busca el verso.

Espíritu y materia nos dominan,
luchando cada cual por su elemento.
La materia, pesada,
se arrastra torpemente por el suelo,
mientras de él el espíritu se aleja
desprendiéndose audaz, sutil, aéreo.
La materia es la prosa de la vida;
y por eso la prosa es el reflejo
de la grosera realidad que toca
con su impureza y pequeñez al cuerpo.

Pero en la vida superior del hombre,
do el alma ejerce su divino imperio,
por el que rey del universo mundo
sus alas bate y se remonta al cielo
y en el alcázar de su mente noble
la imagen labra que creó su ensueño,
en esa vida, de su vida esencia,
el verso es el aliento
que el espíritu exhala en sus grandezas,
y aspira en sus anhelos.

Dicen que hay en la prosa poesía,
que hay artistas que en prosa produjeron
obras que serán siempre

del buen decir modelos
y augustas creaciones
que sólo saca de su frente el genio;
que Cervantes, Granada (ante sus nombres
humilde me descubro con respeto)
y Alarcón y Pereda y muchos otros
que pueden en verdad servir de ejemplos,
cincelaron en prosa
sobre mármol y bronce sus conceptos.
¿Y quién podrá negarlo? ¿Y qué otra prueba
nos dan con su argumento
sino que en prosa, los que prosa escriben
de modo tan excelso,
nos deleitan y arroban y seducen
y merecen mil plácemes sinceros?
¿Pero pueden quitar la preeminencia
que lleva siempre, sin disputa, el verso?

El que un objeto con primor labrado,
donde el arte supremo
sobre la plata maravillas hizo,
se considere y se repute bueno,
¿quita valor intrínseco más alto
a un parecido objeto
donde el genio del arte
sobre el áureo metal cernió su vuelo?
¡Pardiez! Si las hazañas inauditas
del Hidalgo Manchego
con el mismo primor que en prosa tienen
del ritmo poseyeran el misterio,
ni de Ulises viviera la memoria,

ni Píndaro y Homero
fueran más que poetas legendarios
de incultas razas y de oscuros tiempos.

¿Qué mágico resorte tiene el ritmo,
qué admirable y secreto
poder en la cadencia late oculto,
cuando en su misma infancia ya los pueblos
sujetaban sus leyes y su historia
a las notas armónicas del metro?

¿Tal vez son ondas que en el éter vibran
y chocan con la luz del pensamiento,
produciéndose al choque
la sacra llama del divino fuego?

¿O un *quid divinum* misterioso y dulce,
de vivas fuerzas invisible nervio,
trasmite al alma, por el suave ritmo,
de oculto son los armoniosos ecos?

Yo no sé por qué llaman al poeta
de los dioses el hijo predilecto,
por qué atribuyen su melifluo canto
a la fecunda inspiración del cielo
y ornan su noble frente
de inmarchito laurel de verde eterno,
si al verso no se da sobre la prosa
pleno dominio y absoluto imperio.
El es de la divina poesía
la hermosa vestidura, el manto regio
que embellece sus formas soberanas
con vistosos ropajes, siempre nuevos.

Con razón, de la prosa, un buen poeta

categoricamente dejó impreso
que «es la jerga animal del ser humano».
Y otro que en prosa reveló su ingenio,
gran escritor y amigo de las musas,
tiene también por cierto
que «siempre que hacen un viaje juntos,
marcha a caballo de la prosa el verso».

Hay un lenguaje universal, sublime,
común a toda raza, a todo pueblo,
sin que tenga palabras para usarlo
región alguna en supreciado léxico.
Aun más: En cada idioma las figuras
se idearon, las frases se bruñeron,
para que al brillo y esplendor del arte
se vieran las ideas por reflejo.

Y aun era poco; la corteza basta
y el áspero sonar del duro *verbo*
fué preciso pulirla y afinarlo
con la cadencia y suavidad del metro.

Y de entonces el verso fué el vagido
del alma; y sus afectos
con poderosa voz llevó de un polo
y otro polo al extremo,
viéndose confundidos y abrazados
en dulce identidad los sentimientos.
Todo el amor de que es capaz el alma,
todo el horror que nos infunde el miedo,
las penas grandes, los pesares hondos,
la tristeza y el tedio,
con el dolor que el corazón oprime,

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

con el placer que nos ensancha el pecho,
tuvieron siempre su expresión más alta,
más vigorosa en el lenguaje métrico.

Con él se celebraron
las hazañas heroicas del guerrero,
y las grandes victorias,
y los grandes siniestros,
lo que tocó en las líneas de lo trágico,
lo que llegó a las cumbres de lo épico,
lo que dejó en el fondo del espíritu
huella imborrable de recuerdo eterno.

De la tierra la faz inanimada
vida cobró con tan hermoso acento,
y se la vió llorar en el diluvio,
y bramar en la voz del ronco trueno,
y reir en la hermosa primavera,
y sufrir aterida en el invierno,
siendo bella morada de los vivos
y asilo silencioso de los muertos.

No más; fuera medir el infinito
las excelencias agotar del verso.
Corto, pues, mi trabajo
y termino diciendo:
Si otros ven que en la prosa se revelan
prodigios del ingenio,
yo he sentido del verso en las entrañas
palpitar el misterio.



AL PUENTE DE ALCANTARA

GIGANTE de los siglos, obra augusta
del poder de un imperio soberano:
Tu fábrica robusta
concédeme admirar, y pueda ufano
con mi pobre laúd cantar tu gloria
y llevar a los hombres tu memoria.

Del Tajo caudaloso
firme sobre una roca te levantas,
intrépido coloso,
que esbelto y primoroso,
cuanto te admiro más, más te agigantas.

Soberbio e imponente,
por descubrir tu origen no te afanes:
te hicieron los Titanes,
no sin que de la frente
brotaran encendidas
copiosas gotas de sudor ardiente
al calor del esfuerzo refundidas.

De peña sobre peña

se alzó tu mole vigorosa y ruda;
y el peso de la ingente berroqueña
sin otra liga tu firmeza escuda.
Con trabazón nervuda
se unieron tus graníticos sillares
en compactas simétricas hileras:
tu robustos altísimos pilares
cual Cíclopes se irguieron,
y los inmensos arcos recibieron
que del Tajo las ásperas riberas,
cortadas en talud, por siempre unieron.

¡Gloria a ti, maravilla de los siglos,
sobre quien resbalaron las centurias,
sin que temer a endriagos ni a vestiglos
jamás te vieran, ni a infernales furias!



Mas la anchurosa valla
de la profunda líquida muralla
te miró con recelo,
mientras, lleno de orgullo y de egoísmo,
viste sobre tu lomo el alto cielo,
y rugiendo a tus pies el hondo abismo.
Y—¡Yo te venceré!—bramó iracunda—
pues todo en vano a mi furor resiste;
y haré que tu arrogancia se confunda,
si mi torrente arrollador te embiste.
Humillarme quisiste,

y en vano, altivo, fraguas
mi rendimiento; te veré vencido
y humillado y hundido
sobre el inmundo lecho de mis aguas:
que no es fácil trabajo
domeñar, como aspiras,
impunemente las soberbias iras
del enojado y turbulento Tajo.

Y creció por instantes su pujanza:
y ardiendo en la venganza
con que esa tu osadía
y ese tu arrojo castigar quería,
de grandes y pequeños tributarios
el auxilio pidió; sus afluentes,
que caudales rendirle extraordinarios
quisieron obedientes,
los valles inundaron,
hiciéronse torrentes,
y del monstruo las fuerzas aumentaron
y el empuje brutal de sus corrientes.

Hasta el humilde y seco regatuelo
que anónimo se pierde entre las peñas,
quiso parte tomar en este duelo,
saltando irreverente por las breñas.

Y rugiente, veloz, brusca, disforme,
bramando de rencor y rabia suma,
avanzó sobre ti la masa enorme
que la ira cubrió de sucia espuma.
Mostró pujante y fiera
en densos remolinos sus enojos,

y pretendió, soberbia y altanera,
subir... subir hasta cegar tus ojos.
Y con fuerza ilusoria,
de vanidad henchida
quiso llegar hasta besar tu frente,
para hacer más segura su victoria,
y más ignominiosa tu caída,
y más recio el furor de su torrente.
De corpulentos árboles armada,
que arrancó y arrastró su furia ardiente,
con grandes bríos se aprestó a la lucha,
dando ya la victoria por ganada;
que era mucho su ardor; su fuerza, mucha.

Y llegó el fiero instante: con bravura
las aguas escalaron ya la altura,
cual si todos los mares
dieran a su rencor nuevos alientos.
Tus Genios tutelares,
cobardes en tan críticos momentos,
sobre el arco de triunfo se posaron
y el rostro con las alas ocultaron;
mientras tú, incommovible en tus cimientos,
quedaste por camino
que flota sobre el agua embravecida,
cumpliendo así tu bienhechor destino
en el riesgo supremo de la vida.

Vencido por tu heroica resistencia,
el monstruo se rindió: tus sin iguales
proporciones inmensas, colosales
miró con estupor; vió su impotencia;

y confundido ante grandeza tanta,
bajó humilde y besó tu regia planta.

Y otra vez y otras mil volvió insensato,
si cayeron al suelo

torrenciales las lágrimas de cielo,
sus fuerzas a probar; y en su arrebató
formó junto a tus pies volcán rugiente,
formidable caldera ronca, hirviente,
con que las aguas con mirar sañudo
te dirigieron su postrer saludo.

Y tú, de majestad resplandeciente,
les dijiste sereno:—Aguas briosas
que vais a visitar el mar de Atlante:
continudad vuestro curso presurosas,
y llevadle memorias de un Gigante.—



¡Oh, cuántas veces, al mirarte, siento
que rompiendo las frágiles cadenas
que le ligan del Tajo a las arenas,
se remonta a otra edad mi pensamiento!
Viva, por ti, la historia del Romano
se presenta a mis ojos; mis oídos
oyen voces del siglo de Trajano
y se llenan de Roma mis sentidos.
Y palpita en tus senos,
de excelsa majestad cesárea llenos,
la del Imperio vigorosa vida

que, ser y forma al darte,
labró tu ingente mole, donde el arte
por su materia se miró vencida.
Y se ensalza a mis ojos la figura
del pueblo que inspiró tu gentileza;
y contemplo su gloria en tu hermosura,
y admiro su grandeza en tu grandeza.

¡Pero tú eres más grande, más robusto!
Del Imperio la fuerza y bizarría,
cual violento huracán troncha el arbusto,
la muerte destruyó con mano impía.
Del tiempo la carcoma
royó los muros de la altiva Roma.
Y el tiempo, que la muerte
busca ansioso del débil y del fuerte,
admirado de ti, que eterno fueras
quiso, y que las edades te guardaran,
sin que sus alas, al pasar ligeras,
con sus plumas de acero te rozaran.



Superior a las míseras pasiones
que en encendida guerra
mantienen a los hombres en la tierra,
de cien generaciones
las luchas presenciaste
que impasible miraste,
cual sus odios y eternas ambiciones.

El Godo, que verdugo
del pueblo que te alzó fué justiciero,
en ti su servidor halló altanero.
¡Así al destino plugo!

Y al rodar con los años inconstante,
cruel y veleidosa la fortuna,
te dominó el Turbante
que en sus banderas ostentó brillante,
con siniestro fulgor la media luna.

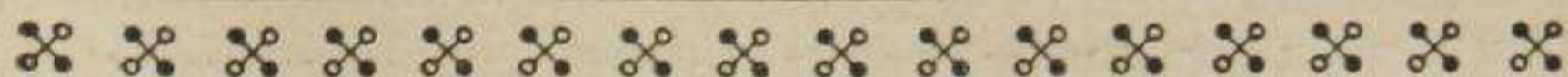
Y eclipsarse la viste a los reveses
recibidos de ilustres infanzones
que, sobre ti en alígeros bridones,
dieron envidia al sol con sus arneses.
Eran los denodados campeones
de la sacra milicia, que famoso
hizo el nombre glorioso
de la esforzada villa
a cuyos pies, por escabel grandioso,
rendida y fiel tu majestad se humilla.

¡Y los viste morir! Ya del guerrero
la dura planta sobre ti no sientes,
que retemblar tus arcos hizo fiero,
ni del tajante acero
el violento chocar y los fendientes
conturban tu reposo;
ni del cañón el hórrido estampido
los ámbitos atruena fragoroso:
que en los ya derrumbados baluartes
la paz hizo su nido
y de su dulce bienestar compartes.

Vive en paz y contempla entristecido
las breves horas de la vida humana.
Hoy me ves en tu gloria embebecido
¡y no me volverás a ver mañana!
¡A cuántos en sus años infantiles
con pueril alegría
viste en redor jugar de tus pretilles,
y luego... al otro día
los miraste marchar a lento paso,
buscando de la vida el triste ocaso!
Y tras años prolijos
que fueron para ti fugaz momento,
viste pasar sin cuento
los hijos de los hijos de sus hijos.

Todo cambia de sér, todo perece
y todo se disipa en tu presencia;
todo arrastra una débil existencia
que el soplo de los años desvanece.
Sólo dos cosas, en tu grande anhelo,
separar no has podido de ti mismo:
El eterno mirar del alto cielo,
y el eterno rugir del hondo abismo.





EL ARBOL CAIDO

BRAMÓ el huracán al soplo
violento de la borrasca;
en remolinos de tierra
silbó ronco entre sus ramas;
se oyeron fuertes rugidos
de espantosa lucha rápida,
y un ¡ay! atronó el espacio
que el árbol rendido exhala,
mientras inerte su cuerpo
se desplomó en las pizarras
al son de un hurra estridente
que entre las nubes estalla.

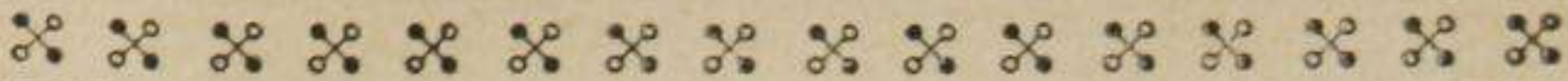


Y pasaban los muchachos,
y pasaban las muchachas,
pasaban viejos y mozos,

viejas y mozas pasaban,
sin que en sus varios semblantes
la compasión se pintara
por la muerte del benigno
compañero de la infancia
que prestóles grata sombra
bajo el palio de sus ramas.

Sólo una pálida joven
de dulce mirada lánguida
llevó el pañuelo a los ojos
para enjugarse una lágrima.
Dicen que una triste historia
aquel árbol le guardaba;
y al recogerla, de nuevo
se abrió la herida del alma.





DESCONSUELO (1)

*Al excelso y malogrado poeta
D. José María Gabriel y Galán.*

PARA escuchar tu voz dulce y sonora
Que resonó en los valles y en los montes,
Traspasando horizontes y horizontes
Con torrencial potencia seductora,
Mi lira abandoné con el contento
Que el deleitoso acento
De esa voz a mi alma le traía
Y todos mis sentidos embebía.
Y la escondí donde ni oídos sanos
Sus torpes notas escuchar pudieran,
Ni mis trémulas manos

(1) La «Revista de Extremadura» publicó esta elegía a raíz de la muerte del gran poeta, con la siguiente nota:

Grande ha sido el fárrago de composiciones que ha llovido sobre esta redacción, llorando la muerte de nuestro amigo y colaborador señor Galán; pero ninguna tan inspirada y bien hecha como ésta, por la que felicitamos a su autor.

Sus roncas cuerdas a pulsar volvieran.
Tu canto no aprendido
Trajo dulce a mi oído
Ritmos inimitables de armonía,
A mi boca el sabor de la ambrosía,
Y a mi alma el dulzor no conocido
De la sabrosa miel de tu poesía.
Allá de los divinos manantiales
Ví caer a raudales
Sobre tu frente augusta
Lluvia de inspiración sana y robusta,
Cual los dulces efluvios matinales
Que Dios derrama sobre el alma justa.
Y rui señor parlero
Que de otero en otero
Sus melódicos trinos
Vierte sobre la luz de la mañana
Alegrando los valles convecinos,
En dulce filigrana
De rítmicas cadencias armoniosas,
Del mundo en las regiones espaciosas
Derramaste tu canto sin segundo
Para solaz reparador del mundo.
Ante belleza tanta
Ahogar quise la voz en mi garganta
Y encerrar en el pecho lo que siento;
Que fuera atrevimiento,
Aun después de escucharte,
El sacro templo profanar del arte.
Yo soñaba también; y en los umbrales

De esos mundos hermosos e ideales
Que creó tu opulenta fantasía,
Mis pasos paré inciertos;
Y al mirarlos abiertos
Brindando con su pompa al alma mía,
Deslumbradora luz cegó mis ojos
Al fulgor de sus vívidos destellos;
Y postrado de hinojos,
Abismado adoré mundos tan bellos.
Desnudo de la regia vestidura
Que para entrar en ellos
Exige de esos mundos la hermosura,
Los quise contemplar a gran distancia,
Percibiendo de lejos su luz pura
Y aspirando de lejos su fragancia.

Yo soñaba también, y en mis ensueños
Me arrullaban los plácidos amores
Serena y mansamente,
Alegres y risueños.
Como arrullan las brisas a las flores
Soñaba... pero ¿quién, quién insolente,
Después de oír tu acento peregrino,
Se atreviera a cantar, cantor divino?



Pero hoy mi lira enmohecida y rota
Vuelvo a sacar del tenebroso olvido.
¡Ay! Tan solo le pido
Tristísima una nota
Arrancar de sus cuerdas lastimeras,

Expresión de mis lágrimas sinceras.
Que ya no de la patria el gran contento
Ni el dulce y orgulloso regocijo
Con que ufana mostrábanos *su hijo*,
Como otras veces en el alma siento.
De dolor impregnado llega el viento;
La luz se viste de tristeza inmensa,
Y el alma se aniquila, cuando piensa
Que todo fueron dichas de un momento.
—¡Murió Galán!—exclama la montaña
Sus tristes voces elevando al cielo,
Y con amargo duelo
—¡Murió Galán!—repite la cabaña.
—Murió—dicen las flores—
El cantor de los célicos amores!—
El rústico tomillo
Que vergonzoso asoma
Por la escarpada y pizarrosa loma,
Llora por quien de modo tan sencillo
Supo divinizar su agreste aroma.
Y la extensa llanura
De hierbas y de árboles escueta,
Con quejas de amargura
—Murió—dice—el cantor, murió el poeta!—
El céfiro suave y rumoroso
—¡Murió!—clama al pasar por las gargantas,
Y—¡murió!—dice el viento quejumbroso,
Extremeciendo de dolor las plantas.
Pero es mayor mi pena
Cuando oigo al alma buena

Entre lágrimas tantas

—¡¡Murió el justo!!—exclamar de angustia llena.



Pero no has muerto, no, dulce consuelo,
Honra y prez de las letras españolas,
Que tan tristes se quedan y tan solas
Con tu partida de este pobre suelo.
Eras del cielo y te volviste al cielo,
Y allí vives: tu espíritu fecundo
Ya no lo pudo contener el mundo.

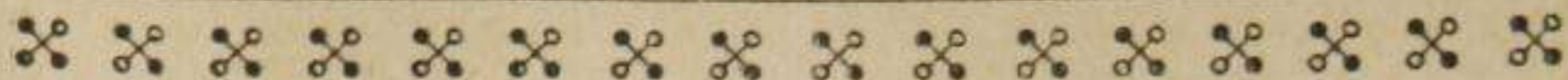
Aquí vives también; que de tu gloria
Queda eterna y simpática memoria;
Y esa tu noble frente
Se verá laureada eternamente
En las páginas de oro de la historia.
Vives en el amor de tus paisanos
Los hijos nobles de tu hidalga tierra,
Y en el culto de todos tus hermanos,
Cuantos dentro de sí la patria encierra.

Pero han muerto las flores,
Han muerto los arroyos y las fuentes,
Han muerto los amores
Y el dulce sonreír de las corrientes.

Ya las parleras aves
No entonan los suaves
Gratos cantos de intensa melodía,
Ni al despertar el día
Saludan la alborada
Con su argentina voz, nunca igualada.

¿No adviertes la tristeza
Que agobia a la gentil Naturaleza?
¿Por qué su muda y tenebrosa calma?
¡Ay! ¡Al faltarle tú, le faltó el alma!
Sí, ya murió Natura;
Y sus bellezas mil y sus encantos
Enterraste en tu humilde sepultura
Para siempre tal vez. ¡Oh, cuántos, cuántos
De exquisito dulzor, hermosos cantos
Que gustar esperaba el alma ansiosa,
Contigo se marcharon a la fosa!

Las puertas del alcázar diamantino
Que labró tu genial estro divino,
Cubiertas seguirán de anchos crespones.
Ayes sentidos de dolor inmenso
Se escuchan de la patria en las regiones:
Son ecos tristes del pensar intenso
Que exhalan a una voz los corazones.
¿Quién podrá consolarlos,
Si la estrella brillante
Que alumbró sus senderos rutilante
Ha querido tan pronto abandonarlos?
¿Quién de mi corazón estas congojas
Que siento de infinitas amarguras,
Podrá apartar, si tras la luz arrojas
Sobre el alma tristezas y negruras?
¡Solo la hermosa idea
Que hallaste de la fe santa al abrigo!
Por eso me consuelo cuando digo:
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»



PRIMAVERA



Y A el crudo Invierno se esconde
con sus noches sempiternas,
con sus mañanas tardías
y con sus tardes ligeras;
ya se oculta con sus nieves,
con sus hielos y sus nieblas,
con la lumbre mortecina
de un sol que manda a la tierra
los enfermos resplandores
de su luz amarillenta.

Ya se esconde el crudo Invierno
y asoma la Primavera
con sus auroras tempranas,
con sus mañanas inmensas
y sus noches soñadoras
y sus tardes placenteras,
con la luz de un sol fecundo
que vivifica a la tierra
y va el calor esparciendo

y la alegría por ella.

Natura despierta en brazos
de la joven Primavera,
de cuyos pechos ubérrimos
la creación se alimenta
con la leche de su savia
que da a los árboles fuerza
y da polen a las flores
y da miel a las abejas
y hace que estallen, abriéndose,
cual besos suaves, las yemas.

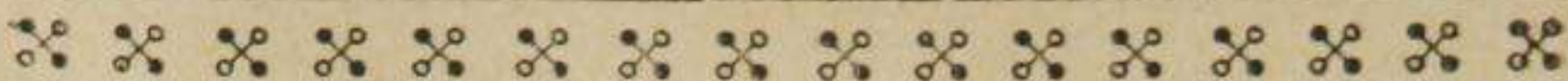
Ya el hosco Invierno se oculta,
ya viene la Primavera;
lo pregonan desde lejos
las albas túnicas bellas
con que a recibirla salen
los almendros de las huertas
que piadosos se anticipan
a embellecer la existencia
con floridas esperanzas
de copiosos frutos llenas.

Ya el Invierno se deshace,
ya la Primavera llega;
ya meditan largas horas
en las torres las cigüeñas;
y en el monte y en el llano
ya las aves se parean
y se escuchan sus tonadas
cual tiernísimas endechas
con que cantan sus amores

y los contornos alegran.

Ya el Invierno va de paso,
la Primavera se acerca;
tengo dentro de mí mismo
las señales más certeras:
he sentido sus influjos
en el árbol de mis penas
que con savia de recuerdos
y con riego de tristezas
va lanzando nuevos brotes
desde el fondo de su médula.





UNA ROSA

EUÉ la rosa purpurina
de mi canto
la más bella de las flores
del confín,
cuya gracia peregrina
fué el encanto
y el amor de los amores
del jardín.

Irradiaba su hermosura
los destellos
de beldad que acrisolaron
su valor,
y mirábase la pura
luz en ellos,
¡ay! porque ellos le robaron
el color.

**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**

Exhalaba a gran distancia
dulcemente,
y por valles y por lomas
se esparció
la suavísima fragancia
que el ambiente
de balsámicos aromas
perfumó.

Tan hermosa flor lozana,
seductora,
los galanes enloquece
del vergel;
y en espléndida mañana
se enamora
de la flor, que junto a él crece,
un clavel.

No lo vió la Primavera
más hermoso,
más bizarro y perfumado,
más gentil.
Eran digna compañera,
digno esposo:
¡bello par idolatrado
del Abril!

Cuando a impulsos de la brisa
el capullo
suavemente se inclinaba
del galán,
pudoroso una sonrisa
y un murmullo
a la rosa dedicaba
con afán.

Y si a veces impelido
por el viento,
de temor y gozo lleno
la tocó,
arrobóse en encendido
sentimiento,
y de grana su albo seno
se tiñó.

¡Qué miradas de ternura
cariñosas,
qué sentidas expresiones
del querer,
qué señales de ventura,
qué ardorosas
y qué dulces efusiones
del placer!

**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**

Mas la rosa, coquetona,
de su amante
las ternezas hubo un día
de olvidar;
pues la brisa juguetona,
un instante
a la rosa con falsía
pudo hablar.

Y le dijo que era bella
y adorada
de los céfiros galantes
y del sol,
que bebieron siempre en ella
la rosada
nitidez de sus cambiantes
y arrebol;

que entregada a las caricias
inocentes
de sus nuevos amadores,
su vivir
pasaría entre delicias
y crecientes
espasmódicos ardores
del sentir.

De la brisa el grato acento,
vanidosa,
con orgullo y alborozo
percibió;
y embriagada de contento
¡ay! la rosa,
no fingiendo su alto gozo,
se rindió.

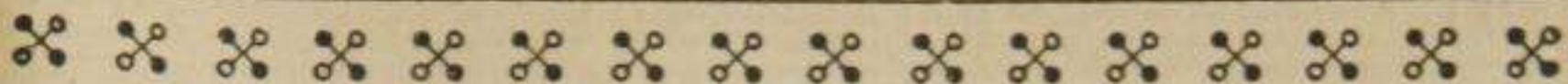
Y entregáronse a amorosos
extravíos,
y tuvieron bacanales
mil y mil;
fueron, sí, los más ruidosos
amoríos
que contaron los anales
del pensil.

Y una tarde el Sol de Mayo
quiso fuerte
los encantos de la hermosa
contemplar;
y el letárgico desmayo
de la muerte
en los labios de la rosa
fué a dejar.

Y los céfiros llegaron
con anhelo,
codiciosos de su pura
nitidez;
y las hojas derramaron
por el suelo
sin el brillo y la finura
de su tez.

Arrullado una mañana
por el viento,
el clavel ¡ay! se moría
de aflicción;
pues la rosa tan lozana
de mi cuento
¡desgraciada! no tenía
corazón.





LA FIESTA DEL ARBOL

LA Fiesta bienhechora y saludable del Arbol celebramos.

Dios la bendice, porque Dios la quiere cual fecundo hacedor de lo criado.

La Patria, agradecida del que procura ornar su suelo santo y embellecer sus valles y sus montes y en verdes frondas convertir sus páramos, llevando a las regiones de la muerte un bienhechor de vida dulce hálito, su parabién nos manda. Hijos humildes, su parabién gozosos recibamos, como el niño recibe de su madre gozoso, por ser bueno, sus abrazos.

Dame, oh Patria, la miel de tus amores que endulce las estrofas de mi canto; dame el fuego que quema las entrañas, el fuego de tu amor, fuego sagrado;

da a mi voz argentinas melodías;
da mágicos resortes a mis labios,
y cantaré a la planta más robusta
que Dios sembró con su potente mano.

Vosotros, que la Fiesta
celebráis a mi lado,
dadme el de vuestras almas
ardoroso entusiasmo;
cantad también y dirigid conmigo
vuestro saludo cariñoso al Arbol.

Planta de bendición, Dios en el mundo
te puso para bien de los humanos.
Tu vida va a la suya, cual la yedra
va unida al muro que protege tanto.
Tú en medio del desierto calcinante
formas bellos oasis, y descanso
das al pobre viajero
que a tus pies se reclina fatigado.

Tú libras con tu sombra protectora
de los efluvios cálidos
con que el sol a los pobres
derrite las entrañas en verano.

Y allí donde el torrente impetuoso
las tierras en su seno va arrastrando,
formando cauces de profundas hoyas
de guijarros pelados
donde en tierra feraz puso el labriego
las preciadas simientes de sus granos,

allí, si tú moraras, detendrías
al monstruo asolador con los tentáculos
que forman tus raíces en el suelo,
protegiéndolo siempre y amparándolo.

Y cuando el cielo a la llanura escueta
y a la extensión de los incultos páramos
niega el bien de sus lágrimas,
el agua fecundante del trabajo,
allí donde tú estás, siempre la cede;
que son tus hojas otros tantos labios,
y nunca a tantas peticiones pudo,
sin extrema crueldad, negarse avaro.

¡Qué dulce es pasear entre las sombras
que forman en la huerta los naranjos,
mirar sus anchas copas y su fruto
como cielo de estrellas tachonado,
y ver cómo penetra entre las ramas
codicioso, de luz brillante rayo!

¡Qué grato es el camino
por entre hileras de gigantes álamos
cuyas hojas del viento acariciadas,
pasan del verde obscuro al verde claro!

Y entre las peñas de fragoso monte
por robustas encinas coronado,
¡qué bueno es al sentido
escuchar las canciones de los pájaros
que rompen el silencio misterioso
que reina por los ámbitos!

Porque tú eres amigo de las aves,
Arbol de mis ensueños y mis lauros.
Tú les prestas asilo generoso
entre el follaje oculto de tus ramos,
y el nido de su amor en él fabrican,
cuna de sus polluelos adorados.

Tú eres también del hombre fiel amigo.
Tú sabes los arcanos
misterios del amor que tantas veces
dos almas a tu sombra se juraron,
grabando en tus cortezas con sus nombres
la fecha de un feliz idilio cándido.

Tú viste sus anhelos y sus ansias,
sus gozos y sus penas y sus llantos;
y sus lágrimas fueron a menudo
el riego que te dió fronda y ornato.

Allá en la lejanía
tras desierto sin límites, en alto
se divisa una casa; la rodean,
centinelas eternos, unos álamos.

¿Qué fuerza misteriosa
me obliga luego a recorrer el llano
y volar en espíritu
como si allí tuviera mi descanso?

¿Qué tiene esa visión que me fascina?
¿por qué acudo veloz a su reclamo?
¿porque llenan el ánimo de angustia
las tristes desnudeces de los campos!

¡Qué mágica es la vista de un castillo
que tiene por vallado
gigantes chopos y fornidos robles
cuya edad se ha perdido entre los años!

Tal vez de una princesa idolatrada
velan los sueños plácidos;
y gimen, deteniendo con sus fuerzas
los ímpetus del ábrego:
o de recio huracán a los embates,
tras esfuerzos titánicos,
por librar de la ruina la morada
de la que son vasallos,
apiñaron las ramas de sus copas,
su propia ruina en la defensa hallando;
que antes morir quisieron
que ser infieles y a la par ingratos.

No del vapor, de la esperanza en alas
un viajero feliz se acerca rápido
más cansado el espíritu que el cuerpo
de las molestias del camino largo.

Aun tiene que horadar ásperos montes,
aun tiene que salvar inmensos llanos,
y más que el tren veloces, sus miradas
ya divisan de lejos, esfumados,
los altos eucaliptos
que anuncian la estación de su descanso.
Y el alma soñadora
comienza de antemano

a gozar de los besos de la madre,
del cariñoso abrazo del hermano,
de las miradas de la esposa tierna
y el saludo cordial de amigos francos
que en aquel mismo sitio
le están, hace dos horas, esperando.

¡Oh qué emociones guarda a nuestras almas
la misteriosa aparición del Arbol!

Tú das a los mortales
el fruto codiciado
que en pomas aromáticas y dulces
les sirve de alimento y de regalo.

Y el sudor cristalino
que brota de tus poros, es el bálsamo
que cura las heridas, y el incienso
que a Dios ante las aras elevamos.

Tú mantienes el fuego
y el calor a la vida necesarios.
¡Ay! del hogar del pobre
donde tú no penetras con tus ramos!

Siempre has sido en el mundo
del genio y la virtud símbolo sacro:
tú pones el laurel sobre las frentes
y palmas victoriosas en las manos.
Mensajero de paz, muestras la oliva;
y lloras en el sauce contristado
las penas de las almas infelices,
las que la tierra sustentó del llanto.

Y cuando el hombre a la mansión eterna
marcha a buscar el último descanso,
tú vas y le acompañas convertido
en ciprés funerario.

Tú de la ronca tempestad anuncias
el estallido bárbaro
con el vaivén nervioso
de tus trémulas hojas y tus ramos.
Tú avisas el peligro fulminante
de mortales eléctricos disparos;
y por salvar al hombre,
recibes en tus cúpulas el rayo.

¡Oh, cuántos beneficios
la humanidad entera debe al Arbol!
Por ti, en el arca, se salvó la especie
de aquel tremendo universal naufragio;
por ti surcan las naves
la infinita extensión del Oceano;
por ti las artes y la industria viven,
porque eres elemento del trabajo.

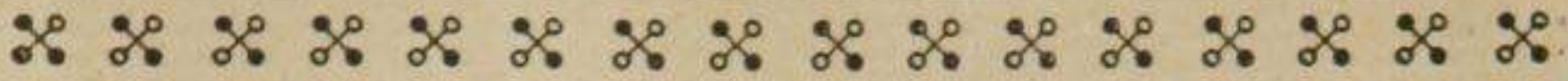
Pródigo de tus miembros y tu vida,
das al marino barcos
y techo a nuestras casas
y al albañil andamios
y puntal a las ruinas
que se vienen abajo
y apoyo a los railes paralelos
que del tren volador marcan el paso.

Tú das la cuna al niño,
el báculo al anciano
y el ataúd al muerto
que le lleva a dormir al camposanto.

Dios mismo te escogió para suplicio;
y en el leño pesado
que antes fué de ignominia
y luego de perdón símbolo santo,
dió el último suspiro,
y el gremio de los hombres quedó salvo.

¡Salve, oh tú, protector de nuestra vida!
¡Salve, oh tú, bienhechor de los humanos!
¡Bendito quien te siembra y te dirige!
¡bendito quien descansa en tu regazo!

Vosotros que la Fiesta
celebráis a mi lado,
benedicid al Señor que pruebas tantas
nos da de poder y de su amparo;
cantad también y dirigid conmigo
vuestro saludo cariñoso al Arbol.



LA SIEMBRA DEL ARBOL

BRINDIS IMPROVISADO

Vo brindo por la gloria
que en años venideros nos espera,
cuando nuestra memoria
no en las páginas mudas de la historia,
sino de un arbolado esté a la vera.

Son en todo momento
los árboles precioso monumento
que a sí propios se erigen sus postores.
Nunca los hiere el viento
sin que hiera la sien de sus autores.

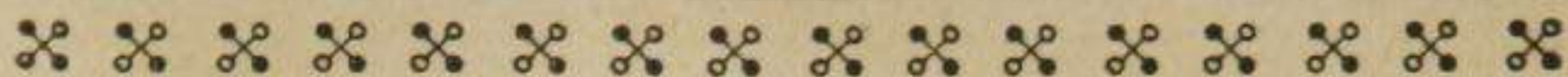
Autores, sí, señores: nuestra mano
la dirige el Artista soberano
que fabricó la luna y las estrellas;
y al dar virtud germinadora al grano,
nos hizo artistas de sus obras bellas.

Nunca el frío egoísmo
mate nuestro civismo,
porque no haya de ver nuestra ventura
el fruto del trabajo que ahora mismo
empleamos en esta sembradura.

Siembra aunque no recojas;
no derramas en balde tus sudores;
si de árbol bueno la semilla arrojas,
mira el fruto y las hojas
del que, ha un siglo, plantaron tus mayores.

Dichoso quien del mundo a la partida
a un árbol deja su memoria unida,
memoria que no muere
mientras éste viviere;
y será de los hombres bendecida.





A LA PREVISION

*Para mi ilustre amigo el entu-
siasta previsor y sociólogo don
León Leal Ramos.*

SALVE, virtud augusta,
que del hombre los pasos acompañas,
vertiendo en su camino
semilla de fecundas esperanzas.

A ti, que redentora
te muestras siempre de la grey humana,
y del bárbaro imperio
del hambre y la miseria la rescatas,
a ti cantarte quiere
una canción sencilla mi garganta.

Como madre que enseña al pequeñuelo
a huir del precipicio que a sus plantas
abre las fauces de sus simas hondas
con flores adornadas,
tú, Previsión bendita,

iluminas las horas de la infancia
con la visión serena
de perspectivas claras,
que ante los ojos de los hombres ponen
el ocaso infeliz por donde bajan
los que sólo vivieron del presente,
y nunca se acordaron del mañana,
y envueltos en los tibios resplandores
de sus auroras plácidas,
no vieron que al poniente de la vida
la tempestad del hambre se fraguaba.

Tú enseñas a imitar en el estío
bajo el bochorno de las siestas cálidas
a la hormiga feliz, que providente
con mil afanes en sus trojes guarda
el pan para el invierno
de tristes días y de noches largas.
Y apartas del ejemplo pernicioso
de la estridente pertinaz cigarra,
que echando al aire caldeado y denso
los ecos duros de sus notas ásperas,
se pasa los veranos
entonando canciones a la holganza.

Quiso Dios, por castigo del pecado,
que sólo coma pan el que trabaja:
dura ley, pero ley cuya dureza
de nuestras frentes el sudor ablanda;
no hay trabajo más duro
que el trabajo del hombre que descansa.

Pero ¡ay de aquél cuyos cansados miembros
los rudos golpes de los años machan,
sin que pan suficiente
para comer en sus graneros haya!
¡Ay del obrero cuyas manos férreas
le dieron alimento en abundancia,
y en su vejez no tiene ni un mendrugo
si no lo va a pedir de casa en casa!
¡Ay del huérfano triste
que en opíparas mesas se sentaba,
y, por funesta imprevisión del padre,
ve el espectro del hambre, que atenaza;
y encuentra desnudez donde halló abrigo,
donde placer gustó, dolores halla,
y no tiene personas que le miren
cuando otras veces le miraban tantas!

¡Oh, si las voces escuchado hubieran
que tú, bendita Previsión, les dabas!

El céntimo pueril que a todas horas
en nimiedades frívolas se gasta
sin provecho ninguno,
si acaso al que lo arroja no le daña,
formar puede un acervo que el ahorro
multiplica en sus cajas;
y sumas sobre sumas colocando
conforme, sin sentir, los años pasan,
elabora constante el dulce fruto,
manjar sabroso de la edad anciana.

No es cuota que se niega al desvalido,
no es cantidad que la codicia guarda

y aumenta los tesoros
de avaro sin entrañas;
es semilla que siembra en tierra fértil
el que a tiempo debido la derrama,
semilla que germina, que florece,
que de frutos se cuaja,
y que recoge el mismo que la siembra
para sí o en provecho del que ama.

Es un justo legado que a sí propio,
cada cual como herencia necesaria,
se deja de sus bienes; es la hucha
que a la vejez la juventud prepara.

¡Qué dulce debe ser, para el que duerme
los sueños no amargados de la infancia,
ver la aurora risueña de la vida,
cercada por un nimbo de esperanzas!
¡Y qué triste será ver a lo lejos
entre las nubes altas
el látigo del hambre y la miseria
que en la forma del rayo se retrata!

Pero no es el sustento cotidiano
que a la vejez regalas,
oh, Previsión, el premio más hermoso
que el que te rinde culto, siempre alcanza.

La pensión que a los días
de los últimos años no le falta,
no es más que añadidura
de los bienes sin tasa

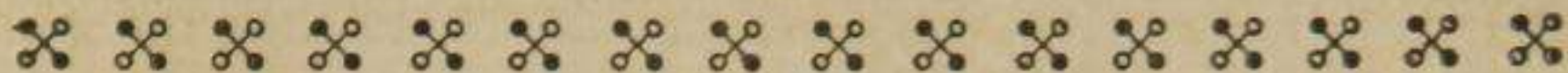
que el ahorro constante y entendido
sobre el hogar derrama.

La mísera moneda
que merma a su jornal el que trabaja,
es precio de tesoros que se compran
y van entrando, sin sentirlo, en casa.
Son la salud del cuerpo,
la alegría del alma,
la paz de la familia,
el amor a la esposa idolatrada,
el gozo de los hijos que reciben
ejemplar enseñanza
y ven en el hogar, enriquecido
por los afanes de una madre santa,
las dulces y copiosas bendiciones,
preciosa lluvia que del cielo baja.

Porque aquella moneda miserable
no se quita al sustento de la casa,
ni al pan de la familia,
ni a honestas distracciones necesarias;
es la moneda que se arranca al vicio
que la tiene cogida entre sus garras,
carne de lobo hambriento
cuya voracidad nunca se sacia;
y no tendrá alimento suficiente
si el íntegro salario no se traga,
para llevar el deshonor y el hambre
y el llanto a la familia desgraciada,
y el dolor y la muerte,
seguro fin de la miseria escuálida.

Bendígante los hombres,
oh, Previsión, y entónente alabanzas
por todos los confines de la tierra,
a ti que les deparas
eternos bienes de sabroso gusto,
de dulzor que no cansa.





ANIVERSARIO

EN el carro del tiempo, el mismo día
volvió del mismo mes.

Radiante dicen que de luz venía;
mas yo lo vi al revés.



Quizás la nube cuyo denso velo
mis ojos ofuscó,
sólo empañaba de mi vida el cielo
y sólo la ví yo.

¡Oh tristes remembranzas que en mi daño
venís hoy a caer!
¡Oh dichas de este día, de aquel año,
que no volveré a ver!

Escribiendo en las hojas voy mi historia
de un árbol sin verdor;
y sólo al repasarlas de memoria,
se quiebran de dolor.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

¿Qué tendrá para mí el aniversario,
ese día especial
que sepulta su faz bajo el sudario
de un velo funeral?

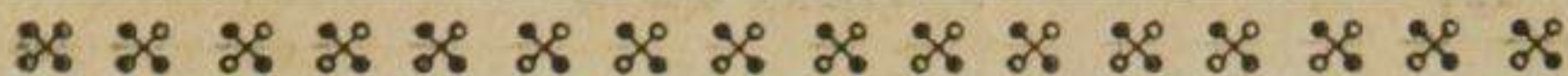
Horas de mil recuerdos portadoras
las de este día son.
¡Dios mío, cómo pesan estas horas
sobre mi corazón!

En ellas encarnó mi pensamiento;
mas sus sombras al ver,
se trocó la dulzura del tormento
en hondo padecer.

Huid y no volváis, horas aciagas,
mi pecho a desgarrar;
mirad que tiene frescas aún las llagas
y vuelven a sangrar.

Haced, cuando paséis año tras año,
que duerma el corazón;
que no os sienta llegar, ni el desengaño
le mate de aflicción.

Mas no os compadezcáis de mi delirio,
no dejéis de venir;
que no es vida la vida sin martirio,
la vida sin sufrir.



NOSTALGIA

*A mi cariñoso amigo el insigne
literato D. Diego M.^a Crehuet del
Amo.*

TRISTE Elvira se encuentra. ¿Qué tiene
tan linda muchacha,
que del mundo se esconde y oculta
su amor y sus gracias?
Si en su rostro las penas pudieron
hacer mella tanta,
nadie duda que deben ser grandes
sus penas amargas.
A sus lívidos ojos asoma
frecuente una lágrima
que su acerbo dolor y tristeza
continua delata.
El carmín ya no tiñe sus labios
—parecen de nácar,—
ni presenta a la luz de la vida
su faz sonrosada.

Si otro tiempo sus blondos cabellos
el viento agitaba,
y la brisa besó voluptuosa
sus trenzas doradas,
hoy oculta las hebras sutiles
que el sol envidiara,
o aparecen en triste desorden,
y mustias y lacias.

Si jugando en redor de sus sienes
los céfiros pasan,
ya no escucha embebida y absorta
las dulces palabras
que entre aromas y suaves murmullos
y dichas sin tasa,
mensajeros de amor cariñosos
ayer le llevaban.

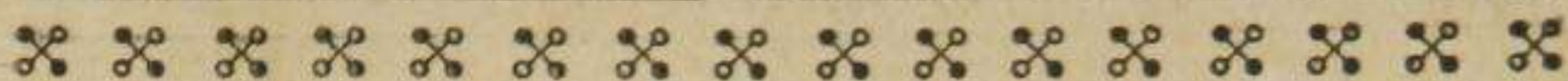
Ya no ve de la aurora risueña
las tintas doradas
como nuncio de días felices
de espléndidas galas,
ni las nubes que el sol, al ponerse,
reviste de grana,
precursoras de noches serenas
alegres y plácidas,
con ensueños de amor y dulzuras
que el alma embriagan.

Si la luna despide a raudales
su luz argentada,
no divisa en el mágico espejo
del disco de plata

una imagen que ver otras noches
con ansia soñaba.
Ya no ve, ya no ve los hermosos
fulgores que irradiaba
ese sol que gozoso otros días
de luz la bañaba,
ni respira el dulcísimo aliento
vital de las auras,
cuando llevan henchidas de esencias
—al paso robadas
de violetas, jazmines y rosas—
sus trémulas alas.
Ha cubierto el dolor con un velo
de luto su alma;
y a través de ese velo tupido
la luz se le apaga,
y a través de ese velo tan triste
la vida le amarga.
¡Pobre Elvira! ¿Qué tiene, qué tiene
tan linda muchacha?
Que otro sol alumbró la carrera
feliz de su infancia;
que otra luna en las noches alegres
besaba su cara;
que otras aves llenaron su oído
de música grata.
Y otras flores le dieron aromas
de suave fragancia,
y otras fuentes de limpios cristales
su sed apagaban...

Y el aliento empapado de esencias
 bebió de otras auras,
mientras dulce y sentido el acento
 de voz regalada
daba al alma consuelos hermosos
 de eterna esperanza.
Pero el frío y mezquino horizonte
 la ahoga, la mata;
porque AQUÍ tiene el cuerpo y ¡ay triste!
 ¡ALLÍ tiene el alma!
Y al sentir cómo impío el destino
 cruel los separa,
un agudo puñal en su pecho
 clavó la nostalgia.





SAN BENITO, DE ALCANTARA

*A mis antiguos feligreses, los
alcantarinos.*

¿Quis in vobis est derelictus qui vidit domum
istam in gloria sua prima?—AGGABUS. II-4.

AL norte de la villa
cuya fama y poder pasó a la historia,
donde, sólo, su gloria
y el resplandor de sus grandezas brilla,
no de los hombres en la infiel memoria,
un templo majestuoso se levanta,
que erigieron los nobles Caballeros
para morada santa
del que dió a sus empresas honra tanta
y empuje tan brioso a sus aceros.

El arte y la riqueza
trataron en espléndida porfía
de imprimirle tal sello de grandeza,

que aun en su propia ruina su nobleza
pregona a todos a la faz del día.

¿Fué decreto inclemente de los hados,
o de la eterna Providencia justa
fallo terrible, que la Casa augusta
y el sacro altar se vieran arruinados?

Las que fueron un tiempo poderosas
Ordenes militares,
las que dieron varones a millares,
que en hazañas famosas
con la espada la cruz enaltecieron
y gloria a Cristo y a su Iglesia dieron,
por el cambio y trastorno de las cosas
al peso de los siglos sucumbieron.

Arranca de dolor hondos gemidos
y tintes melancólicos derrama
sobre el alma el recuerdo de los idos
en alas de la fama,
si la vívida llama
arde aún, que alumbró su entendimiento,
en insigne y grandioso monumento
que más allá perdura
de la triste y hedionda sepultura,
trofeo miserable, do la suerte
de toda criatura,
del grande y del pequeño, unió la muerte.

Causando en las miradas hondo duelo
y en todo pecho noble gran quebranto,
como el enfermo que al vivir se aferra,
aun de pié permanece el templo santo,

que parece pedir clemencia al cielo
contra los desamparos de la tierra.

¿Quién quedó de vosotros,
que su gloria pristina y sus primores
con ojos de placer mirar pudiera?
¿Y cómo lo encontráis en estos otros
tiempos desoladores?
¿Acaso no lo veis cual si no fuera?

Cuando a la luz del día, intensa y pura,
ví la Iglesia prioral de San Benito,
súbito huyó de mi garganta un grito,
yo no sé si de gozo o de amargura;
pues no sé si quedó el alma extasiada
del placer de mirar tanta hermosura
o la pena de verla marchitada.
Nunca el placer con el dolor, fundidos,
se vieron en mi pecho tan unidos.

La luz del mediodía
por las altas ventanas descendía;
y alumbrando aquel cuadro de primores,
llenábame de horrores
la augusta desnudez en que yacía.

Y la regia morada majestuosa,
más triste cada vez y más hermosa,
que llenaba mis ojos
de gustos y de enojos,
en medio de la luz esplendorosa
se iba como animando,
tintes de vida a los contornos dando
de su materia inerte,

conforme el arte la iba despertando,
para mis ojos de su aguda muerte.

Y vida recibieron
profetas y patriarcas
que fueron antes medallones mudos,
y a la vida surgieron
poderosos monarcas
en aquellos bellísimos escudos.
Toda efigie de cuerpo alabastrino,
de granito o de mármol, que la ingente
pared ornaba de la nave inmensa,
tomó al conjuro del cincel divino
un corazón que siente
y un cerebro que piensa.

Y los monstruos informes que en la norma
del artista tomaron ser y forma,
ya al capitel, la caña o la cornisa,
ya a la greca, ya al firme basamento,
ya a la aérea repisa
les daban vida y alma y movimiento.

Vida los seres todos recibían
so las bóvedas firmes y ligeras
que las finas columnas sostenían
como esbeltas y altísimas palmeras.

De ese de vida universal concierto
una gélida estatua se apartaba;
sobre un lucillo de alabastro estaba:
el Caballero aquel... ¡ay! ¡era un muerto!

Y un muerto solamente fué el testigo
del gran coloquio mudo,

dulce y amargo, palpitante y rudo
que el templo se dignó tener conmigo.

—¿Quién eres tú—me dijo—
que en lágrimas derramas por los ojos
la pena con que aflijo
a todo el que contempla mis despojos?
Huye infeliz, que aumentas mi quebranto,
al verte, por mi mal, deshecho en llanto.—

—Soy sacerdote—respondí—que tuyas
hace las penas y desgracias tuyas.—

—Pues no te espante—dijo—mi franqueza;
que aunque con ayes de dolor te azote,
te hablaré con granítica rudeza,
cual debe hablar el templo al sacerdote.—

Discurrió un sudor frío por mi frente
y sentí los vahidos del mareo.

Hubo un silencio que rompió estridente
de una lechuza el lúgubre siseo,
y esperé sus palabras angustiadas,
como esperara su sentencia un reo
por delito gravísimo juzgado.

Aun soy grande—exclamó;— joven y fuerte
y asentado en firmísimos cimientos,
no han podido los fieros elementos,
airados contra mí, lograr mi muerte.
Pero cruzan mis regios aposentos
sombrosas negras y ráfagas alevosas;
y mi arrogante majestad erguida.
Pasados años breves,
será una pobre majestad caída.

Glorioso me soñaron,
digno de Dios y de la grey cristiana;
y como tantos otros me trazaron
que sobre el patrio suelo se elevaron,
triunfo y orgullo de la raza hispana.
Al contemplar mi fina arquitectura
regia, pomposa, artística, galana,
yo mismo me gozaba en mi hermosura.
Si crees que en mis loores me he excedido,
dirige tus miradas a la altura:
lo que ahora soy te dice lo que he sido.

Mas ya nada seré; mi propia ruina
poco a poco segura se avecina
y no hay quien me devuelva mi grandeza.
Faltan ya los veneros
de donde los bizarros Caballeros
sacaban de riqueza
caudalosos regueros
para dar esplendor a mi realeza.
¡Oh, qué divino coro
formaban regalándome con oro
y llenando a la vez mi espacio inmenso
de nubes aromáticas de incienso
y armonías del órgano sonoro!

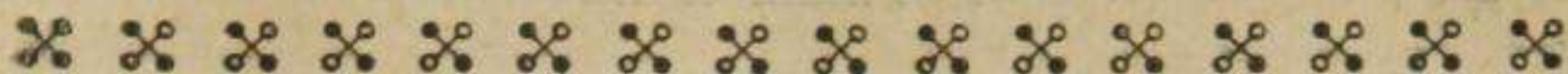
Fuí su esposa querida;
si ellos murieron, seguiré su suerte:
la viudez miserable me convida
a apetecer, más que deshonra en vida,
la tragedia espantosa de mi muerte.
Murieron mis espléndidos esposos

que amante cobijé bajo mi techo,
y doquiera llevaron orgullosos
la verde cruz flordelisada al pecho.
Y al verme cual viuda desolada,
triste y desamparada,
no encontré por defensa un baluarte
que hiciera permanente mi destino,
ni hallé en los hombres el amor divino
que en los talleres mágicos del arte
me dió un ser ideal y peregrino.

Así pasan las horas
y avanza mi agonía,
esperando que traigan, destructoras,
de mi dolor el postrimero día.
Ya le siento llegar: helado ambiente
tiene yerta mi frente,
y gime y se derrumba mi techumbre,
y se acaba mi vida lentamente
al peso de mi enorme pesadumbre.

Sólo me queda el mísero consuelo
de que lloren mi muerte mis queridos,
cuando llegue el estruendo a sus oídos
del golpe de mis huesos en el suelo.

Y enterrarán en honda sepultura
con mis restos los restos de su historia,
de la que fui la página más pura
que le dió tanta prez y tanta gloria.



LAS VOCES DEL SILENCIO

APRISIONAR el pensamiento quise
con grillos de palabras y de frases.
¡Pero eran tan pequeños estos grillos...!
¡y aquél era tan grande...!

Luego quise encerrar el sentimiento,
de la cadencia rítmica en la cárcel;
y lo encontré tan fiero, tan rebelde,
que no pude encerrarle.

Los mandé a que rindieran pleitesía
y de mi corazón el homenaje,
y volaron al fin, sin ligaduras,
en las alas del aire.

Tú que esperas mi canto, no te empeñes
en querer limitar lo ilimitable,
ni en mis rimas pretendas ver el fuego
que en mis entrañas arde.

Si nunca a los abismos de mi alma
con los ojos del alma te asomaste,
no esperes que mis trovas te sumerjan
• en sus profundidades.



✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

AMOR DE PATRIA

*En honor del heroico soldado
don Cesáreo Moreno Terrón, lau-
reado con la Cruz de San Fernan-
do.*

No es la musa suave y tierna que, meciéndome entre flores,
otras veces arrullóme con ensueños seductores,
la que invoco en estas horas, la que inspira mi canción;
es más grave, más austera la que escucho estos momentos:
la matrona soberana, cuyos bélicos acentos
llegan todos impregnados del amor a la Nación.

Es la musa cuyas voces tienen ecos de victoria
que resuenan en mi lira como cánticos de gloria
por el viento sacudidos entre ramos de laurel;
la que en nombre de la Patria pone rayos en la frente,
la que teje sacrificios, y corona refulgente
forma de ellos para el pago del amor de un hijo fiel.

Hondamente voy sintiendo su benéfica influencia;
y al influjo peregrino de su mágica presencia
voy labrando mis estrofas y rimando mi cantar.

¿Quién al eco de la Patria no se siente enardecido,
quién no presta a sus acentos maternos el oído,
ni sucumbe a los ardores de su férvido mirar?

Ella da de sus entrañas este cuerpo que sustento,
donde el soplo de la vida Dios infunde con su aliento
sobre el barro de la tierra que la Patria me prestó;
alimenta con sus frutos esta carne, mientras vive,
y si el alma la abandona, cariñosa la recibe
y en el polvo la convierte del que amante la formó.

Y si España es esta tierra de hermosura encantadora
¿quién, nacido de su seno, la conoce y no la adora,
si ha mamado de sus ubres la energía del vivir?

Con entrañas maternas, tiene arrestos varoniles,
aspereza de montañas y dulzura de pensiles,
y por eso hay en los pechos dulce y áspero latir.

Por el ancho territorio que limitan sus fronteras,
a sus hijos va dejando, de la vida en las esferas,
los inmensos beneficios de su abrazo maternal;
y si exóticas riquezas no manaban de sus fuentes,
codiciosa fué a buscarlas a ignorados continentes
para gozo del que vive sobre el suelo nacional.

Es la Patria generosa de las épicas hazañas,
y de luchas legendarias y de homéricas campañas
realizadas de las gentes con asombro y estupor;

la que hallando estrecho el orbe, con la fuerza de su vista
otro mundo nos descubre, y otro mundo nos conquista
con arrojo de gigantes y quimérico valor.

Siempre fué para los buenos el amor de los amores.
Tiene historia de grandezas y corona de dolores,
y momentos de extravío, pero no de humillación;
que si alguna vez la vieron de infortunios agobiada,
nunca, nunca la encontraron abatida ni humillada
con vergüenza de los hijos que miraran su baldón.

En sus mil vicisitudes no la ví sentir desmayo.
Por las venas de los suyos corre sangre de Pelayo
que una raza de valientes ha logrado perpetuar.

Si quitarle la existencia la traición quiso cobarde,
con la sangre generosa de Daoiz y de Velarde
se oyó el grito de venganza por doquiera resonar.

Y ese grito sale siempre de los pechos esforzados
que ante el riesgo de la Patria se presentan denonados
a ofrecer un sacrificio que en la muerte tiene el fin;
es el grito que se escapa de las almas varoniles,
el que no hace mucho oímos en las «Lomas de Arapiles»
exhalado fuertemente por bisoño paladín.

En las luchas no acabadas entre el moro y el cristiano,
combatiendo cuerpo a cuerpo, vió al indómito africano
a los golpes contundentes de su brazo sucumbir;
demostrando a aquellos fieros enemigos de su raza
que los bravos españoles, con la espada o con la maza
saben siempre por su madre pelear hasta morir.

Y las sombras de los héroes de Wad-Rás y Castillejos
alentaban su coraje, contemplándole no lejos,
al mirar reproducido su heroísmo sin igual.

Vibró el rayo de la Guerra, caldeando aquel ambiente;
y llenábanle de ardores y oreábanle la frente
las cenizas de Margallo y los manes de Noval.

Ved por qué la Patria augusta le prodiga sus mercedes.
El que emula las hazañas de García de Paredes
lleva bien sobre su pecho tan brillante distinción.

Ved por qué su pueblo noble le recibe con cariño,
porque es hijo que le honra, porque siendo casi un niño,
es orgullo de su tierra y es honor de la región.

¡Gloria al héroe que renueva las hermosas tradiciones,
las empresas inauditas de los bravos campeones
que la raza enaltecieron con el brillo de su arnés!

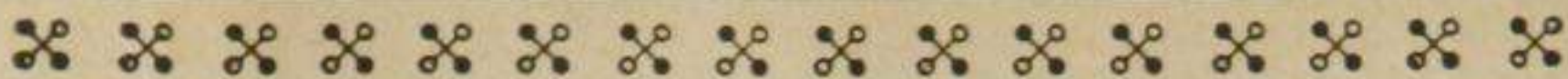
¡Gloria al rústico soldado que nació de estirpe obscura
y en el cielo de la Patria brilla ya por su bravura
como heroico descendiente de Pizarro y de Cortés.

Y la Patria que concibe tales hijos en su seno,
cuyos hechos inmortales han dejado el mundo lleno,
la que vió que en sus dominios no se puso nunca el sol,
gloria eterna de las gentes por los ámbitos reciba,
de la fuerza de sus hijos orgullosa siempre viva
y bendíganse los nombres de cristiano y de español.

Dame, oh Patria, bendecirte mientras viva; y cuando muera,
no me falte el Crucifijo, no me falte tu bandera,
que a los dos si muero asido, como bueno moriré:

con el lienzo que de sangre salpicaron mis mayores,
con el leño que enclavado tuvo al Dios de mis amores,
con la enseña de mi Patria, con el Cristo de mi fe.





NOCHEBUENA

Zambra y júbilo se esparcen
esta noche por doquiera;
que estalla el gozo en los pechos,
y los espacios se pueblan
de rumores cadenciosos
de cantares que resuenan
al compás de los acordes
arrancados a las cuerdas,
con murmullos de zambombas
y tundir de panderetas.
Esta noche nace el Niño;
esta noche es Nochebuena.

Es el júbilo del cielo
que se traslada a la tierra
el que esta noche bendita
los corazones alegra,
el que invade los contornos
de ciudades y de aldeas,
el que une a chicos y grandes
y a pobres y ricos mezcla.

Y en las calles y en las plazas,
en el hogar y en la iglesia
todos cantan al Dios Niño;
que esta noche es Nochebuena.

Pero hay callados hogares
en que la alegría no entra,
y a todo júbilo sano
tienen cerradas sus puertas.
Puso en ellos su morada
pobre y fría la tristeza,
y en las almas y en los cuerpos
el dolor hizo su presa.

Y hay pechos en cuyo fondo
tiene su nido la pena,
y en sus mismas amarguras
contra el gozo se abroquelan.

Esas casas y esos pechos
no toman parte en la fiesta.
Consumiéndose en los antros
oscuros de la tristeza,
quieren muerte más que vida,
más que luz quieren tinieblas,
más que dulzuras, pesares,
y más que paz, cruda guerra.

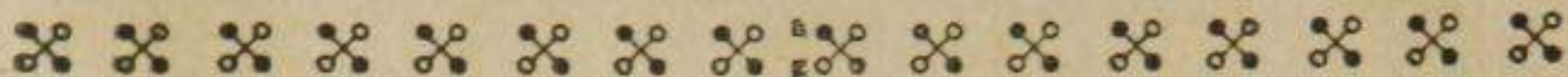
La algazara bulliciosa
de la alegre Nochebuena
bota en ellos sin sentirla,
bota en ellos y se aleja.

¡Pobres pechos, pobres casas!
Si esta luz no los contenta,
si no sienten este gozo,
si esta paz no los consuela,
¿qué buscan en este mundo,
o a qué vienen a la tierra?

Será para ellos la vida
no más que una noche eterna,
sin un cielo que alimente
su esperanza con estrellas,
pues ni la luz del Sol mismo
a sus pobres ojos llega.

No hay lugar hoy a pesares;
echad congojas afuera;
no es justo que los cristianos
esta noche se entristezcan.

Señor: Que tu Natalicio
borre por siempre la pena
de todos los corazones;
y que aurora de paz sea
para todos los hogares,
donde la luz resplandezca
del Sol que hace hermoso día
de esta hermosa Nochebuena.



MI CONSUELO

Contestando a una elegía que con motivo de la muerte de su madre me dedicó el poeta D. Diego B. Regidor.

AUN no llegaba a mi oído
el acento dolorido
de tu tristísimo canto,
y ya el alma en su sentido
la voz oyó de tu llanto.

Aun tu lúgubre elegía
cómo encarnar no sabía
en su forma soberana,
y ya, doliente y cercana,
resonó en el alma mía.

De fraternal compasión
movido en esa hora aciaga
quise calmar tu aflicción
y curar la horrenda llaga
de tu pobre corazón.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

Quise darte algún consuelo
que derramara en tu duelo
una gota de dulzura
sobre ese mar de amargura
en que te anegaba el cielo.

Que un día igualmente triste
para mí, igualmente atroz,
a consolarme viniste,
y toda el alma pusiste
en el eco de tu voz.

Y yo que a la gratitud
pongo en mi pecho un sagrario,
en honor de esa virtud,
al verte sobre el Calvario,
quise templar mi laúd.

Mas sus cuerdas al pulsar,
los tuyos, por mis dolores,
dió el alma en considerar,
y eran mayores... mayores
de lo que pude cantar.

Por eso no fué mi canto
las lágrimas de tu llanto
a limpiarte compasivo.
¡Alcázar del dolor santo,
qué grande yo te concibo!

Cuando al golpe más sañudo
que en la vida recibí
busqué en mi canto un escudo,
sentí en mi garganta un nudo,
y lloré y enmudecí.

Aun dentro del pecho suena
la fúnebre melodía
de tristísima elegía
que de sentimiento llena
sólo escucha el alma mía.

Mas tú inconsolable lloras,
y en mí, tu mejor amigo,
buscas cariñoso abrigo
en el frío de esas horas
de que yo he sido testigo.

Y mi nombre al invocar,
y tu llanto al escuchar,
acudo al triste reclamo;
y como amigo a quien amo,
ya que no puedo callar,

he de llevarte un consuelo,
el único que en el mundo
cabe a un dolor sin segundo:
«Gózate en tu propio duelo
y en su encono furibundo.»

¡Bendito el Señor mil veces
que en nuestra mísera vida
puso el dolor en la herida,
y dichoso el que las heces
apura de esa bebida!

No importa que siempre llores;
¿no gozará en sus dolores
tu corazón lacerado,
cuando falta de tu lado
el ángel de tus amores?

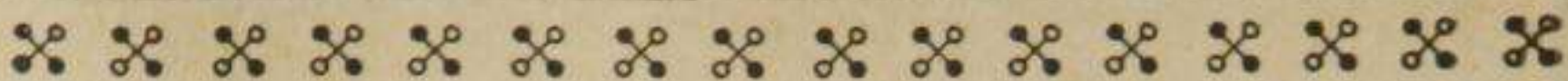
Y si el maternal amor
no hay quien reemplazarlo pueda,
¿qué compañero mejor
en este mundo te queda,
si rechazas el dolor?

Deja, pues, que noche y día
su aguda barrena impía
taladre tu pecho fuerte;
¿quién de una madre la muerte
de otro modo sentiría?

Deja que con duro ceño
se haga de tu pecho dueño
y en él reine y se desmande.
¡Todo en la tierra es pequeño
y sólo el dolor es grande!

¡Qué dulces son las heridas
de que Dios el alma llena
con el punzón de la pena,
por el amor recibidas
de una santa madre buena!

Es el consuelo que tengo
y el consuelo que te doy.
Con él las horas mantengo,
con él de la noche vengo,
con él a la noche voy.



NOCHE DE REYES

EL SUEÑO DE UN NIÑO POBRE



No sé qué encantos la noche
del cinco de Enero tiene.
¡Oh noche, mágica puerta
de la fiesta de los Reyes,
qué llena de ensueños dulces
a alegrar la tierra vienes!
Velan el sueño los ángeles
de los niños inocentes;
y aun más, parece que llenos
de envidia, con ellos duermen.
Pero ¡qué sueños tan tristes
tener algún niño suele!

Hay un ángel de la tierra,
que más del cielo parece,
sin otro apoyo en el mundo
que el que del cielo le viene.

Yo velé un año su sueño
en esta noche solemne.
Él oyó a los niños ricos
hablar de los mil juguetes
que a altas horas les traerían
los amantísimos Reyes,
que en lucida cabalgata
sobre briosos corceles
pasarían por las calles
vaciando sus retenes
en ventanas y balcones
a los niños obedientes.

Se quedó el niño dormido
saboreando las mieles
que al despertar gustaría
con el regalo de Reyes.

Y yo me quedé velando,
y leí, sin que acudiesen
a su boca las palabras,
en su pecho transparente.
«¡Oh cuánto tardan!—decía—
y ya es hora de que lleguen.
¿Vendrán todos a caballo?...
¿o en un coche que aligere?...
¿o en automóvil que corra?...
¿o en aeroplano que vuele?...»

Con angélica dulzura
otro rato a esperar vuelve;
y al cabo de unos minutos
torna a soñar impaciente:

«No llegan... ¡oh si llegaran!...
pero... no vienen, no vienen.»
Mas la esperanza le arrulla
y en su regazo se duerme.

De pronto una sacudida
tan violenta le estremece,
que el corazón a latidos
salirse del pecho quiere.

Rompe en llanto, y abundantes
lágrimas sus ojos vierten.

«Duerme, mi niño, —le dije;—
no es hora de que despiertes.»
Y al ver su hondo desconsuelo,
repetí: «¿quieres juguetes?
Yo te daré muchas cosas
que te traerán los Reyes.»

Al oír estas palabras,
más su amargo llanto crece;
y contristado pregunto:
«dime, ángel mío, ¿qué tienes?»
No olvidaré su respuesta
que estos lamentos envuelve:

«¡¡Que han pasado sin mirarme,
señal de que no me quieren;
y en otros niños, lo he visto,
fijas sus miradas tienen!!»

Nada encontré que decirle,
nada supe que ofrecerle;
porque al ver, aun entre sueños,
el desprecio de los Reyes,

sintió en el pecho el desaire
como una pena que muerde,
como una brasa que quema,
como una espada que hiere.

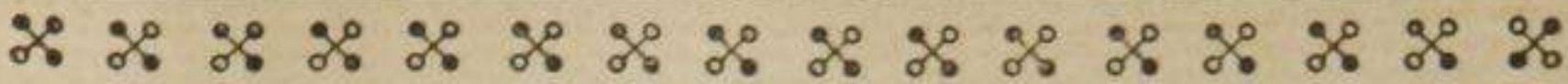
Probó en su inocencia misma
del desengaño las hieles.

No quise ya consolarle,
pero sí robustecerle.

Le vestí; y al portalito
le conduje, donde duerme
Jesús el sueño de gloria,
el sueño del inocente.

«Mira ese niño,—le dije—
míralo mucho y aprende
a poner tu confianza
solo en Él de hoy para siempre.
Los Reyes, al fin, son hombres,
son hombres aunque sean Reyes.
Pero Dios no nos engaña;
sólo Él da lo que promete.»





TRONO DE CORAZONES

A S. S. el Papa Benedicto XV.

EN una y otra nación
se oye incesante el cañón
que por su boca maldita
hora tras hora vomita
ruinas y desolación.

Nunca una lucha tan fiera,
nunca tan grande conflicto
cayó sobre Europa entera,
que a un Padre Santo afligiera
como a nuestro Benedicto.

Mira; y lleno de terror,
ve el imperio del rencor;
y oye al odio, cuando escucha;
y pesa sobre él la lucha
con su peso abrumador.

Ebria de locura insana
mira a la cristiana raza.
¡Pobre descendencia humana!
¡Es la familia cristiana,
y el odio la despedaza!

Y el Vicario del que vino
a dar al hombre la paz,
ve correr sangre sin tino,
y en un furor asesino
hervir del orbe la faz.

¡Ay, ni al pie del Vaticano
sus tristes ojos asoma!
Está el odio tan cercano,
que no respeta, inhumano,
los sacros muros de Roma.

¡Pobre Padre! ¡Qué tormento
tan horrible, tan atroz!
¡Lanzar en todo momento
su voz paternal al viento,
y no escucharse su voz!...

¡No tener la libertad
de la regia autoridad
en sus dominios sagrados
para hablar con sus amados
hijos de la cristiandad!

.....

Mas no olvidéis, Padre nuestro,
que hay un lugar en la tierra
que Dios libró del siniestro
duro perfil de la guerra;
y que ese lugar es vuestro.

Vos, Señor, lo conocéis:
¡qué generoso, qué noble!
Pues en él vivido habéis,
asaz probada tenéis
su robusta fe de roble.

Es pobre, mas el amor
sabéis que todo lo puede;
y fué siempre con ardor
un valiente defensor
de la Apostólica Sede.

Es un lugar por doquier
cariñoso, hospitalario,
de los que saben querer;
aunque no sabrá qué hacer
con tan augusto Vicario.

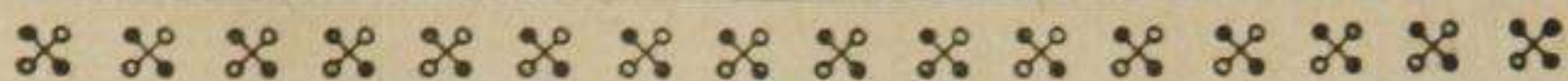
Que si su excelsa figura
ve que por añadidura
lleva el dolor por corona,
serán para su persona
las mieles de su ternura.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CACERES

Venid, pues, oh Padre Santo;
no retardéis la venida
a un pueblo que os ama tanto,
que enjugará vuestro llanto,
si es preciso, con su vida.

Que mientras otras naciones
ciegas de horribles pasiones
luchan con rabiosa saña,
os está ofreciendo España
un trono de corazones.





MI SUEÑO

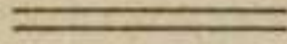
REVOLVIENDO curioso unos legajos
llenos de polvo en el estante viejo
de la pobre y escasa biblioteca
que de niño heredé de mis abuelos,
encontré un manuscrito,
copia quizá de original inédito,
cuyo autor ignorado todavía
descubrir no han podido mis esfuerzos.

Bajo las dos palabras misteriosas
con las que estos renglones encabezo,
y en letras cuya tinta
de palidez ruinosa llenó el tiempo,
unos versos leí que desde entonces
en el fondo del alma llevo impresos.

Muchas veces mi espíritu
ver imagina su retrato en ellos
sin saber si lo debe a la tersura
o a las sinuosidades del espejo;
otras muchas, del mísero poeta

con todo el corazón me compadezco;
y no sé distinguir si es la poesía
obra de un loco o inspiración de un cuerdo.

Los que tenéis la copia ante los ojos,
resolved con espíritu sereno.



«Rendido de tristezas
más que de las fatigas de mi cuerpo,
cuando avanza la noche
me entrego en brazos del sedante sueño.

Es el mejor amigo
que tengo de la vida en el desierto;
amigo que con creces
sabe cobrarme su amistoso afecto,
pues nunca me recibe bondadoso
sin fuertes sacudidas de mis nervios,
que largas horas en la noche insomne
me abrasan con urente martilleo,
descargando su furia despiadada
dentro del corazón y del cerebro.

Yo le pago gustoso
con infinitos vuelcos
a un lado y a otro lado,
cual si fuera mi lecho
no lugar de quietudes placenteras,
sino potro insufrible de tormento.
Y le doy en retorno anticipado
de sus inertes besos

las horas más amargas de mis horas
en que todas mis penas toman cuerpo
encarnadas en hórridos fantasmas
y en tétricos espectros
que vierten una luz fosforescente
por sus ojos sin órbitas y secos,
y dan voces que suenan a estridencias
salidas de gargantas de esqueletos.

Y aguanto las borrascas que se fraguan
en lo hondo de mi pecho
con el vapor de nubes que en el día
formaron el pesar y el sufrimiento,
borrascas más horribles que las grandes
tempestades airadas de los cielos,
que me hacen escuchar el imponente
pavoroso estallido de sus truenos,
como rumor de doloridos ayes
o exhalación de quejas sin consuelo.

Y cuando el alma abrasan
los rayos de tristísimos recuerdos
ya de próximas horas,
ya de tiempos hundidos en los tiempos;
y cuando al corazón falta la sangre
que todas las heridas le pidieron,
y sucumbe al dolor, como se rinde
la débil caña al huracán violento,
y las ideas en tropel confuso
van desapareciendo,
y mueren mis sentidos, porque quedan,
en fuerza de tensión, rotos los nervios,

entonces cariñoso o compasivo,
en las nieblas obscuras del silencio,
con piedad de verdugo
corta mis horas de vigilia el sueño.

¡Oh, cómo bendijera arrodillado
tan dichoso momento,
si tuviera conciencia de ese instante,
si, dormido, pudiera estar despierto!
No me arrulla meciéndome en sus brazos
con notas de dulcísimos arpegios,
ni me regala con tranquilas horas
de mágicos ensueños.

Son sus horas trasunto de las mías,
y de mis penas son sus penas ecos.
¡Pero es tan grato para el alma triste,
dejar por un tormento otro tormento!

Abismos de recónditas negruras
siempre a mis pies abiertos;
mares hinchados de encrespadas olas
donde sin vela ni timón navego;
vetustas torres de ruinosos muros
desde cuyas alturas me despeño;
turbias corrientes de profundos ríos
que me arrastran y me hunden en su seno:
todo lo que al espíritu da espanto
y todo lo que da temblor al cuerpo,
forma el teatro de mis noches lúgubres
con que me brinda el sueño.

Una tierra con árboles desnudos
me da hospitalidad en campos yermos,

yermos como el espíritu en que nunca
se cultivan las flores del consuelo.

No alumbra los contornos de mi frente
la luz del firmamento,
donde ni sol ni estrellas se divisan,
sino tenues y pálidos reflejos,
como de fuegos fatuos
que brotan de las tumbas de los muertos.

Doquiera me persiguen grandes monstruos
de informes formas y feroz aspecto,
que si se visten del ropaje humano,
resultan más horrendos.

Y al abrazo de enormes pesadillas
que sujetan mis miembros
con férreas indomables ligaduras,
miro el rostro negrísimo del miedo.

¡Oh, qué caras me cuestan las visiones
de la dulce ilusión de mis anhelos!
que alguna vez, como rincón de gloria
en medio del infierno,
entre focos de luz y de bellezas
dibujarse la veo;
y corro, y la persigo jadeante,
y cuando entre mis brazos ¡ay! la tengo,
se vuelve a dibujar llena de encantos
allá, lejos, muy lejos.

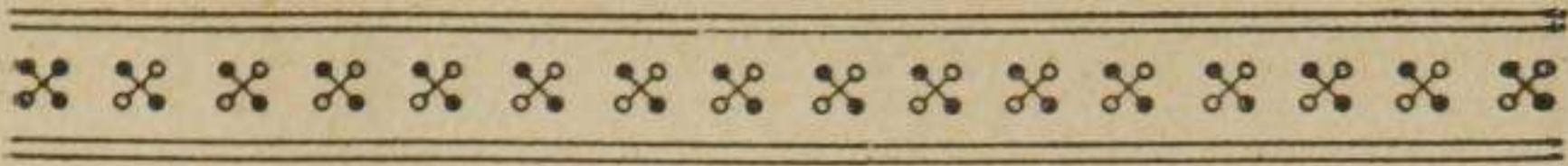
Pero una vez, ¡oh noche misteriosa,
que endulzas de mi vida los recuerdos!
una vez la ilusión vino a buscarme,
y me estrechó contra su casto seno,

y me inundó de aromas y delicias
que embriagaron mi pecho,
y mi frente ardorosa
refrescó con el aura de sus besos.
¡Y una vez en la vida
me hizo feliz el sueño!

Por eso es el amigo bondadoso
en cuyos brazos con placer me entrego,
y le doy los horrores de mi alma,
y el temblor de mi cuerpo,
que nunca son más grandes ni más fuertes
que cuando estoy despierto.

Golondrinas que estáis vuestros amores
cantando del tejado en el alero:
corred a otras moradas,
no interrumpáis mi sueño.
Despertad al que espera con el día
nuevas delicias y placeres nuevos,
no al que verá con ojos de tristeza
la amarillenta luz de un sol enfermo
y los tibios fulgores de una luna
«de rostro cadavérico».





LA MUERTE DEL AÑO

MEDITACION

SUMIDAS del invierno en el letargo
las horas mueren ya
de año triste y en desdichas largo
que ante la tumba está.

Uno tras otro sus menguados días
tragó devorador
el tiempo, que oprimió las alegrías
y dió ensanche al dolor.

Del año junto al áspero camino,
la marcha presencié
de los hombres, heridos del destino;
y a su paso lloré.

Arrastraban gimiendo las cadenas
del mísero vivir
amarrados al carro de sus penas
camino del morir.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

Lloraban sus tristísimas jornadas
los unos al pasar,
sofocando entre locas carcajadas
los otros su penar.

Aquellos eran muchos; éstos, pocos.
¡Pobre generación!
lloran los cuerdos; los que ríen, locos
de todo punto son.

Con flores les brindó la primavera,
con dichas y placer;
y los quedó burlados, la embustera,
dejándolos correr.

Y sangrando, al andar, sus corazones,
dejaron tras de sí
regueros de destrozos de ilusiones
que en el camino vi.

No los salvó del pródigo verano
la vida ni el calor;
que dió a las tempestades, el tirano,
su fuego abrasador.

Ni del plácido otoño las dulzuras
saciaron su avidez:
sus frutos ocultaban amarguras
debajo de su tez.

Y los que pudo débiles anhelos
el alma conservar,
el invierno en sus nieves y en sus hielos
vino pronto a enterrar.

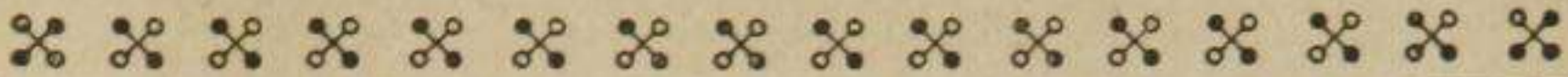
Y vieron ante sí la perspectiva
de su próximo fin:
que es el año que muere imagen viva
de nuestra vida ruín.

¡Oh preclara entre todas las verdades,
de aquel Rey la verdad
que exclamó: «Vanidad de vanidades
y todo vanidad»!

¡Oh amoroso, severo desengaño!
abrázanos a ti.
¡Cómo nos dices, al morir el año,
que el cielo no está aquí!

Año infeliz que acabarás mañana,
de ti va el mundo en pos;
tú nos das la lección más soberana
de amor a solo Dios.

Ya del alma no quiero las espinas
agudas arrancar:
son de amor y bondad prendas divinas
y acepto su punzar.



VICIOS QUE MATAN

QUE estamos en el mundo condenados a llorar nuestras cuitas es un hecho: la vida es llanto que en la cuna empieza y que nos baña en lágrimas sin cuento.

Sobre la pobre humanidad culpable descargó su furor el justo cielo, y airada y fuerte la divina mano dejó sentir de su justicia el peso.

Pero dió con el mal la medicina, junto a la enfermedad puso el remedio; y si hirió con azotes de tristezas, sanó con suavidades de consuelos.

Sólo el hombre llamó sobre sí mismo y atrajo de los antros del infierno, como dragones que su vida acechan con sus ojos de fuego, los males de que Dios aun siendo justo, quiere librarnos, compasivo y bueno.

Amor a la virtud puso en las almas,
horror al crimen infundió en los pechos;
que hace el crimen demonios de los hombres,
y ángeles forma la virtud de entre ellos.

Pero ¡ay del desdichado
que a la voz del Señor no acude presto
y sofoca en el alma adormecida
tan sanos y tan puros sentimientos!

El mismo buscará su ruina inmensa
y a las voces del mal obedeciendo,
por camino de crímenes y sangre
irá sin duda al precipicio eterno.

Del mal los principales servidores
son dos vicios horrendos
que amarran a los hombres infelices
con cadenas de hierro:
vicios que encienden las pasiones todas
con mechas azufradas del infierno
y hacen su ruin y miserable esclavo
al que es de la creación el rey supremo.

Estos dos vicios, que por mal del hombre
son casi inseparables compañeros
(estremecen sus nombres maldecidos),
son la embriaguez y el juego.

—

Mirad al jugador: es vil juguete
de ese vicio perverso;
no tiene en los instantes de su vida
uno solo de calma y de sosiego;

que son para su vicio fementido
escasos de la vida los momentos
y es preciso robar hasta a la noche
las horas que el Señor dió para el sueño.

Febriles miran sobre la ancha mesa
sus pobres ojos con creciente anhelo
el naipe que ha de darle la ganancia,
o el número fatal que el hado adverso
marcará imperturbable
con ominosos caracteres negros.

Y en tanto el corazón con sus latidos
quiere salir del pecho;
que tantas emociones aceleran
y paralizan de la vida el péndulo.

Pérdidas a las pérdidas suceden,
y a un acceso febril, un nuevo acceso;
y cuando ya no tenga
que jugar más dinero,
echará el jugador sobre el tapete
toda su hacienda luego,
y el pan de su mujer y de sus hijos
y su honra misma en su delirio intenso;
y si la vida sólo
le queda que perder, la juega fiero.

Hábitos de virtudes,
si alguna vez los tuvo, ya se fueron.
Aborreció el trabajo que ennoblece,
en holganza enervante pasó el tiempo,
hízose maldiciente y deslenguado,
puso a Dios en sus labios, el blasfemo;

la existencia le fué carga pesada,
la vida le fué odiosa por momentos,
y el arma del suicidio
aprendió a acariciar entre sus dedos.

Miradle por las calles solitarias
vagar con pasos trémulos
cuando la obscura religiosa noche
ampara a los demás con su silencio.

Acaso es ya el hogar donde sus hijos
y su mujer descansan, de otro dueño;
y un doloroso drama
se va a representar bajo aquel techo.
¡Cuántas lágrimas vieron sus paredes,
que de inocentes ojos se vertieron!
¡Cuántos gritos de angustia comprimidos
oyeron, tristes, de inocentes pechos!

Sobre tantas miserias y desdichas
tendamos compasivos ancho velo.
¡Qué negros son, Dios mío, los abismos,
a que conduce el juego!

—
Pero hay otra pasión más extendida
sobre la haz de la tierra;
otra pasión que denigrante y sucia,
por millares sus víctimas numera.

Si todas las pasiones
hacen perder al hombre la cabeza,
la embriaguez le despoja del tesoro
más grande: de su hermosa inteligencia;
embota el sentimiento delicado,

borra, cruel, del alma las ideas,
y del hombre, que Dios hizo a su imagen,
sólo la bestia deja.

¡Triste sino del ebrio,
perder del Creador la imagen bella,
porque a su rostro la razón no asoma
y está en sus ojos la idiotez impresa!

Señor, si el hombre, de razón válido,
ha sembrado de crímenes la tierra,
¿qué se podrá esperar en este mundo,
qué se podrá esperar del hombre fiera?

Y fieras son los hombres desgraciados
que el alcohol alimenta,
quitando su vigor a los espíritus
y despojando al cuerpo de sus fuerzas,
imbéciles haciendo
de los mismos que Dios sabios hiciera,
y poniendo ataduras
o frases incoherentes en sus lenguas.

Contemplad al esclavo de ese vicio:
sereno, al parecer, va a la taberna;
mas para entrar en sus malditos antros,
del propio honor se despojó a las puertas;
porque vió su razón unas palabras
sobre el dintel impresas
que le causaron sensación de miedo
y llenáronle el alma de vergüenza:

«Por aquí se va al crimen fácilmente,
—leyó en aquellas pavorosas letras—
porque no sabes si saldrás un hombre,

o saldrás una bestia».

Y vió, ya dentro, las paredes todas preñadas de fatídicas sentencias:

«Aquí la dignidad no se conoce»...

«La honra y el pudor son letra muerta»...

«El licor emborracha y embrutece»...

«Aquí el lenguaje del demonio impera»...

«El que entra aquí no espere escuchar sino insultos y blasfemias»...

«Aquí se teje la calumnia infame»...

«No hay honra que al llegar aquí, no muera»...

«El odio y el delito tienen aquí sus grandes madrigueras»...

«Aquí se fragua el crimen
y los ojos se ciegan
y emborracha la sangre
que a los buenos aterra»...

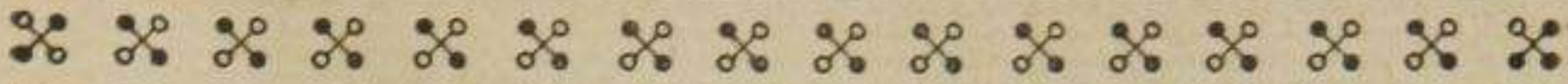
«Aquí la maldición tiene su cetro»...

«Aquí el infierno reina»...

Y aunque escucha y repite esas palabras el vicio le domina y a él se entrega; y bebe... y bebe del licor, que pronto le atosiga, traidor, y le envenena.

Y en tanto, en el hogar lloran sus hijos y se consume su mujer de pena; no hay pan para sus bocas ni fuego que del frío les proteja...

Tendamos otro velo sobre tantos horrores y miserias.

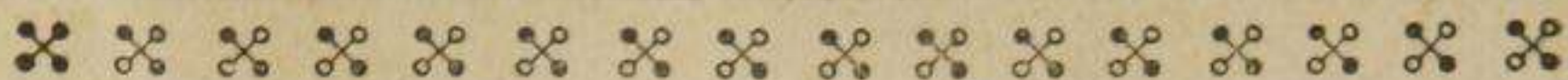


BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

LA HERMANITA DE LOS POBRES

Los halagos del mundo y los placeres.
Renunció por servir al desvalido,
Al que el mundo relega a triste olvido
Como el más despreciable de los seres.
Pide por los ajenos menesteres
De la vida y salud del acogido;
Y en llevándole pan, cama y vestido,
Es ya la más feliz de las mujeres.
Nada para sí misma necesita,
Pues le basta su amor al pobre anciano,
Y su sustento en ese amor se encierra.
No neguéis la limosna a la Hermanita,
Que aunque la véis con el ropaje humano,
No es mujer: ¡Es un angel de la tierra!





LA ETERNA MASCARA

De piel y de carnes me vestiste.

(JOB)

EN ansias de bacanales,
cuando ciertos días llegan,
sienten los hombres prurito
de ponerse otra careta.

No saben, o no lo quieren
saber, o no se dan cuenta
de que son, desde que nacen
hasta que mueren, la eterna
máscara que, sin sentirlo,
el disfraz constante lleva.

Piel y carnes vestidura
son, nos lo dice el profeta,
de nuestros huesos y nervios.
Y a los puros huesos queda
reducida la persona
vista a la luz de la ciencia,

BIBLIOTECA PÚBLICA
SACERES

o de la fe a los fulgores,
o ante las tumbas abiertas.

«Huesos sois» nos dice el radio,
que en nuestro cuerpo no encuentra
sino el calcáreo elemento
que forma nuestra osamenta.

«Escuchad, oh huesos áridos,
exclama por su profeta
la voz del Señor que dice:
Yo os daré espíritu y fuerzas;
espíritu que da vida
y carnes y piel con ella»...
Luego está en los huesos solos
nuestra vida y existencia.

Y al remover del sepulcro
con el azadón la tierra,
sólo se ven en su seno
palillos y calaveras.

Luego la piel que nos cubre,
y la carne que rodea
nuestros huesos y los ciñe
de los pies a la cabeza,
es la máscara constante
que llevamos siempre puesta
en el carnaval eterno
que la vida representa:
máscara que en la niñez
es flamante, como nueva,
y en la juventud es mórbida,
y en algunos hasta bella,

y que en la vejez se arruga
y se ensucia y se estropea.

¡Cómo hacemos el ridículo
con tan rara vestimenta!
Unos enseñan los huesos
con su delgada flaqueza;
otros parecen toneles
por su redondez inmensa.

¡Y qué caras se descubren!
mejor dicho, ¡qué caretas!
y aún más: ¡qué caricaturas
traza la naturaleza!

Si en lo físico es horrible
y oculta tantas miserias
la máscara humana, vista
en lo moral es más fea
y encubre más podredumbre
y es más odiosa y más negra.

¡Qué de amores que se fingen,
qué de rencores que llenan
el corazón, qué traiciones,
qué vesánicas ideas,
qué fogata de deseos
nacidos de la alta hoguera
que mantienen encendida
las pasiones con sus teas!
¡qué distancia tan enorme
hay entre el pecho y la lengua
y el corazón y los labios,
y el obrar y la conciencia!

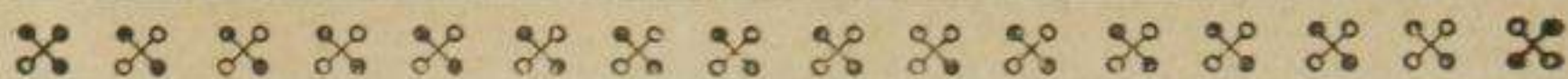
¡Oh qué abominable máscara
la que tapa esas lacerias!
¡cómo encubre las dobleces
e insidias del alma pérfida!
¡cómo vive en la mentira,
cómo del mal se alimenta!

¿Y queréis, hombres ilusos,
máscaras llevar aún puestas
y la careta taparos
con otra nueva careta?

Sólo puede concebirse
en los que sienten vergüenza
de ocultar bajo la suya
la ruindad de un alma puerca.

Ya la arrojaremos todos.
Al toque de la trompeta
no tendremos más vestidos
que las formas esqueléticas.





VIBRACIONES

(Fragmento de la poesía que con este título publicó el autor en el periódico «Tierra Extremeña» a nombre del Organista de Alcántara.)

POBRES pueblos privados del contento
de elevar al Señor sus oraciones
en forma de dulcísimas canciones
que reciben del órgano el aliento!
Del místico sublime arrobamiento
no han gustado en sus días,
con el que las celestes armonías,
hiriendo los oídos,
transportan suavemente
el alma en el sopor de los sentidos.
Ni oyeron los angélicos tañidos
que el espíritu siente
volver immaculados a la altura
después que en el ambiente

marcaron, sin rozar la tierra impura,
estelas de dolor o de dulzura.

¿Quién ha escuchado el órgano en los regios
silencios grandes del recinto santo
desgranarse en arpegios,

que no temblara de emoción y encanto?

¿Quién no gozó entre tanto
de notas en la tierra no escuchadas
y por la voz del órgano lanzadas?

Ya son acordes que los aires hienden
y en nuestro derredor sus alas tienden
ligeras y suaves,

cual sutiles, aéreas mariposas
que juegan por las naves
del templo majestuosas;

ya son notas que vibran melodías
rientes o que braman tempestades;
brancos torrentes de pasión que estalla;

secretas, ignoradas sinfonías
que el espíritu oyó en las soledades;

sordos gemidos del dolor que calla;
ecos de palpitantes alegrías;

rumores de tristezas y pesares
amargos como el agua de los mares.

Ya son cantos que al cielo el alma elevan
y en brazos de los ángeles la llevan;
ya compases de música de infierno
marcados por las iras del Eterno.

Nunca mejor se siente
la grandeza de Dios omnipotente,

que al vibrar el relámpago sonoro
que baja desde el coro
a fundir las entrañas del creyente;
relámpago de célica armonía
en cuyos senos rítmicos derrama
Dios sobre el corazón dulce ambrosía
para eterno regalo del que ama.

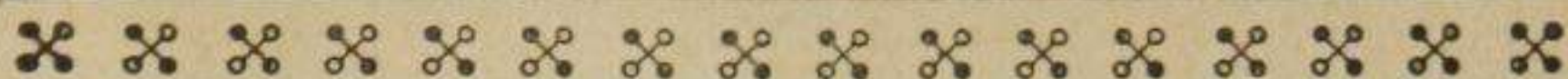
Y en las líneas nerviosas que el sentido
ve en las ondulaciones del sonido,
si el órgano las forja y las excita,
el nombre del Señor hallo esculpido
y su bondad inmensa miro escrita.

Tú eres, órgano santo, mi consuelo;
nadie, cual tú, de Dios habla a mi alma,
nadie le da en el suelo
en su eterno luchar, victoria y calma
y en su largo sufrir, gozos del cielo.

Déjame, órgano grande, bendecirte;
música santa, que al morir me abrace
con la cruz del Señor, voy a pedirte,
al son de tu doliente *Miserere*.

¡Qué dulce debe ser para el que muere,
tu *Requiescat in pace!*

Dejadme que delire
si tomáis estas cosas por delirios:
¿Será mucho que aspire
a oír entre las luces de los cirios,
que el órgano me entona el *Dies irae?*



ENSUEÑOS

*Al brillante poeta Juan Luis
Cordero Gómez.*

SÉ que vivir es soñar,
y soñando vivir quiero;
porque si es sueño la vida,
no vivo cuando no sueño.

¡Qué sabio es el Creador!
y sobre todo ¡qué bueno!
¡Cómo supo modelarnos
al labrar nuestro figmento!

Al barro mísero y frágil
le dió un espíritu eterno,
con eternas ansiedades,
con infinitos anhelos.

Y le presentó al espíritu
infinitos mundos, llenos
de inagotables riquezas
y de placeres sin cuento;

de riquezas y placeres
que siempre y sólo son nuestros
cuando dormidos estamos,
cuando dormidos los vemos.

Por eso quiero soñar,
porque sólo cuando duermo
de esos placeres disfruto
y en sus goces me recreo.

Por eso dormir ansío,
y al despertar me enfríezco;
que nunca la vida real
me dió el placer más pequeño.

Busquen otros realidades;
yo en sus dulzuras no creo;
que siempre son asesinas
hipócritas del ensueño;

que dan piltrafas a cambio
del exquisito alimento
que el alma, insatiable, pide
aguijada del deseo.

Yo quiero gozos que nunca
lleguen a endulzarme el pecho:
de esos que forja en el alma X
la fragua del pensamiento,

de esos que elabora siempre
caldeados en el fuego
de torturas que se rozan
en vaivenes sempiternos.

Quiero gozos moldeados
de las penas en el hierro X
con martillos de tristezas
sobre yunques de tormentos.

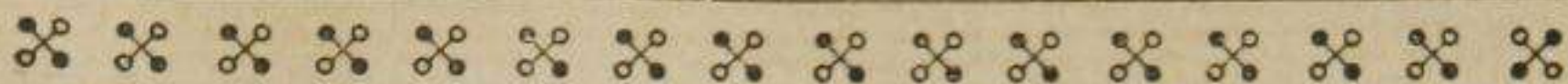
Son los gozos que perduran,
son los gozos verdaderos;
los gozos que no se gozan, X
los que se ven desde lejos,

los que dejan en el alma
siempre vivos los anhelos
porque no rompen ni embotan
el aguijón del deseo.

Será más muerte que vida X
la que nace de mis sueños;
pero yo quiero soñar,
yo quiero vivir durmiendo.

Aunque no sepa explicarme
ni pueda saber de cierto
si yo muero cuando vivo, X
o si vivo cuando muero.





DIOS Y PATRIA

*En el centenario de la muerte
del Obispo Alvarez de Castro ase-
sinado en la Guerra de la Inde-
pendencia.*

RECUERDA, España, con orgullo santo,
Pues hoy transcurre la primer centuria,
A aquellos hijos que te amaron tanto,
Que por ti sucumbieron a la furia
Del monstruo audaz que de terror y espanto
Llenó tu suelo desde el Miño al Turia.
Recuérdalos y ensalza y glorifica
Al que fiel a tu amor se sacrifica.

Arda en tus aras el sagrado fuego
Que encendió sus valientes corazones,
E inextinto revive en el sosiego
De las tumbas de aquellos campeones.
Ellos tu vida, con impulso ciego,
Supieron defender como leones.
Y pues debes tu sér a su campaña,
No los olvides, mi querida España.

Pon a sus plantas pedestal sublime
Y en su cabeza mágica aureola,
Y un letrero que diga: «Al que redime
Con su arrojo y su sangre la española
Bandera del tirano que la oprime
Y con mano siniestra la enarbola,
La patria lo bendice de esta suerte,
Y eterna vida alcanzará en su muerte.»

Bendito el hombre que los patrios lares
Liberta de ominosa servidumbre,
Y, cuando ve correr la sangre a mares,
En odio trueca su alta pesadumbre.
Y bendita tú, España, que a millares
Viste a tus hijos en la excelsa cumbre
Do sólo llega, tras dolor inmenso,
El de la patria perfumado incienso.

«Yo haré—dijo el coloso—mis esclavos
A los valientes hijos de la Iberia;
Que el que supo vencer a los esclavos,
Podrá dar leyes a la antigua Hesperia.
Dominaré del centro hasta sus cabos.
Y si osada pretende en su miseria
Resistir orgullosa a mi dominio,
Sembraré por su suelo el exterminio.»

Dijo; y fugaz presentimiento vago,
Confuso y triste le anubló la frente.
Tal vez su ruina vislumbró y su estrago
En la bravura de la hispana gente.

Trocó cobarde en seductor halago
La fuerza de su brazo omnipotente,
Y en las sombras siniestras de la insidia
Consumó la traición y la perfidia.

«¡Traición! ¡perfidia!» resonó en los montes;
«¡Traición!» los valles a la par gritaron;
Y el grito traspasó los horizontes,
Y otros montes y valles lo escucharon,
Las torres y castillos, polizontes
Del honor nacional, «¡traición!» clamaron;
Y llena de ira la española tierra,
Juró al traidor, hasta morir, la guerra.

No vencen en la guerra los cañones
De recio empuje y disparar certero,
Si dan en esforzados corazones
Que protege el amor, más que el acero.
Ni se rinden, ni mueren las naciones
A la voz poderosa del guerrero,
Si en los ataques duros y prolijos
Las vengan siempre, hasta morir, sus hijos.

Vió el soldado en peligro la bandera,
Y el ministro de Dios el templo santo,
Y el labrador las mieses de la era,
Y la monja el retiro que ama tanto,
Su hogar el padre, donde amante impera,
La madre al hijo, del hogar encanto,
Y el joven el cariño de su dama,
Y el anciano la tierra que le llama.

Del amor que compendia los amores
Brotó la sangre por la abierta herida,
Y el corazón quemó, con sus hervores,
De los hijos de patria tan querida.
«Si no para aliviaria en sus dolores,
¿Para qué quiere España nuestra vida?»
Dijo el patrio sentir a los valientes
Hijos de España en tonos elocuentes.

Y fué todo español fiero soldado
Que de la patria militó al servicio,
Poniendo en sus altares, esforzado,
Del amor y la vida el sacrificio;
Que un lema en el escudo está grabado:
«Por la patria morir, sólo es mi oficio.»
Y nadie, digno de la patria, pudo
Desmentir la arrogancia del escudo.

Si un *Alvarez de Castro* dió a la historia
Con su valor y sus hazañas brillo,
Y en Gerona cubriéronse de gloria
Las sienes del intrépido caudillo,
Otro *Alvarez de Castro* desde Coria
De la que lleva el pastoral anillo,
«¡Guardad a España!» predicó en el templo,
Y dió a sus hijos, con su muerte, ejemplo.

¡Oh tú, Pastor celoso y elocuente,
Que en el silencio de tu muerte oscura
Te mostraste más grande y más valiente
Que el capitán que hiere con bravura!

¡Salud y gloria a tí! Yo reverente
Me arrodillo en tu ignota sepultura
Y te rindo los cantos de mi lira
Con todo el sentimiento que la inspira.

No en sus manos la espada vengadora:
Un Dios de paz crucificado, al pecho,
Le mueve a resistir a la traidora
Falange de las Galias, que el derecho
Mostrando de la fuerza arrolladora,
Le ve llena de enojo y con despecho
Dar instrucciones a su amada grey,
Cual Dios le ordena en la divina ley.

—¡Ríndete a mi poder!—dijo irascible
Al santo obispo el opresor tirano.
—¿Rendirme a tu poder? ¡Oh, no! ¡imposible!—
Con voz entera respondió el anciano.
—El ejército galo es invencible;
Y la guerra o la paz pongo en tu mano—
—¿Invencible? Bailén me lo asegura:
En España hallaréis la sepultura.—

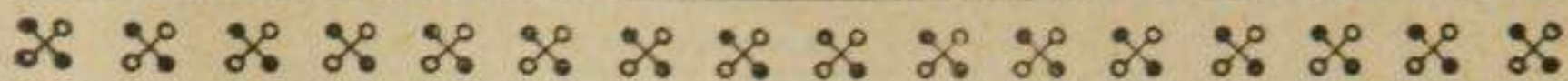
—¡¡Bailén!!—responde con brutal rugido—
¿Bailén es tu consuelo y tu esperanza?
¡Nombre fatal que a nuestro honor herido
Le pide sangre y criminal venganza!
Ya, infeliz sacerdote, no te pido
La paz; al crimen el furor me lanza:
Llama en auxilio de tus ya caducas,
Las fuerzas de la grey a quien educas.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

El lecho del dolor fué el escenario
De aquel drama horroroso y homicida.
¡Una victoria más! que el sanguinario
César potente registró en su vida.
¡Vengarse en un Obispo octogenario!
¡Oh! la sangre caliente de la herida
Que tomó del martirio la fragancia,
Fué un borrón más para el honor de Francia.

Por la patria murió—¡dichosa muerte!—
Sin poner resistencia al que le amaga.
Digno de lauro, pero no es más fuerte
Quien responde a la daga con la daga:
La roja sangre que entre dos se vierte,
El alma y los sentidos embriaga.
Mas él, sin derramarla, fué el cordero
Que llevan a morir al matadero.

Valor de mártir en su pecho había.
De su patria y su Dios fué gran soldado.
Mírale, España, dulce patria mía,
Y venera y aclama al gran Prelado.
El triunfo tu nobleza merecía
Y sólo por tu fe Dios te lo ha dado.
Gloria a la fe que alcanza la victoria,
Y al santo Obispo gratitud y gloria!



LA LIQUIDACION SOCIAL

(En el día de Difuntos.)

Descansad, ricos y pobres,
treguas dad a vuestros pleitos
siquiera una vez al año,
en el día de los muertos;
que no está bien que a la lucha
hoy mismo nos entreguemos
atizando los rencores
y los odios encendiendo.

Las campanas, plañideras,
lanzan sus fúnebres ecos
que derraman por los aires,
a manera de lamentos,
peticiones de sufragios
y aguijones de recuerdos.

No oigáis la voz de la rabia
que encoleriza los pechos;
apagad vuestros enconos
en el día de los muertos.

Venid a escuchar las voces
calladas del cementerio;
que son las más elocuentes
las voces de su silencio.

¿Ignoráis que sois hermanos?
aquí podéis conocerlo.

¿Queréis encontrar reposo?
aquí lo hallaréis eterno.

Ya lo veis: reina la huelga,
los brazos todos cayeron,
y general es el paro
hasta para hablar de sueldos.

Ni riñen ni se incomodan
el patrono y el obrero.
¡Y cuidado si están próximos
en recinto tan estrecho!
¡Y vaya si son millares
y millares de sujetos
los distintos inquilinos
de cercado tan pequeño!

Ni se envidian, ni se temen;
que si unos pueblan el suelo
y otros moran al abrigo
de marmóreos mausoleos,
tan muertos están los unos
como están los otros muertos.

La misma puerta los guarda,
los cobija el mismo cielo,
la misma Cruz los preside...
¡Oh, qué igualdad, Dios eterno!

¡qué fraternidad tan grande!
¡qué paz la del cementerio!

Todos aquí están desnudos;
tan desnudos, que sus huesos
ya no se ven revestidos
de piel, músculos ni nervios.
Y nadie pide abrigarse
ni resguardarse del fuego
aunque se ensañe la escarcha
o el sol en los esqueletos.

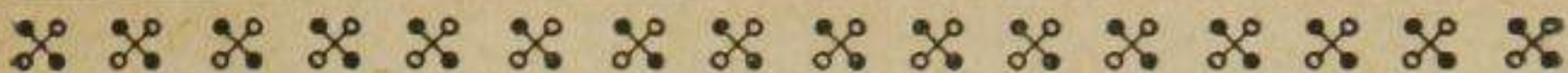
Aprended estas lecciones,
mirad, patronos y obreros,
qué tranquilidad disfrutan,
qué inalterable sosiego,
los que la guerra y el odio
sobre el mundo mantuvieron
carcomidos de codicias
y mordidos de deseos.

Diriman, pues, sus contiendas
corazones y cerebros
antes de que las diriman
las fauces del cementerio;
que para vivir tan poco,
que para morir tan presto,
es locura innecesaria
que unos a otros nos matemos.

¿Qué sacamos de estas luchas?
Cuando aquí miro los restos
de los antiguos vivientes,
sin poder reconocerlos,


solamente me avasalla
un terrible pensamiento:
si son huesos de benditos,
o serán huesos de réprobos.
Todo lo demás ¿qué importa?
¡Sólo triunfaron los buenos!





EL NIÑO EXTREMEÑO

*A mis paisanos los niños de
Torremocha que me han inspira-
do esta poesía.*

AME, Niño Jesús, tu dulce aliento
que llene de suaves melodías
el áspero sonido de mi acento,
para cantar los inefables días
que en edén venturoso
bajo este cielo hermoso
de la noble y feliz Extremadura,
pasa el niño dichoso
lleno de paz en su conciencia pura.

Fruto de amor ardiente
que unió a dos almas en estrecho abrazo,
nace el niño extremeño
que viene, de sus padres, sonriente,
a hacer más dulce el apretado lazo
y a convertir en realidad el sueño.

Las aguas bautismales
derraman en su tierna cabecita
los dones y carismas celestiales;
y es morada su alma, donde habita,
llenándola de paz con su presencia,
el amoroso Dios de la inocencia.

El céfiro y la brisa
juegan en torno de su limpia cuna,
disputándose avaros la fortuna
de robarle la angélica sonrisa
para dulce regalo de las flores
que en pomposa pradera
reciben orgullosas sus amores.

Imagen hechicera
de dos almas fundidas, tiene presos
los ojos de sus padres hechizados
que le comen a besos
el carmín de sus labios sonrosados.

Y conforme a las auras de la vida
se va abriendo el tiernísimo capullo
por esa fuerza mágica, sentida
del amor maternal al dulce arrullo;
y conforme la idea,
de las voces maternas al murmullo,
en su dormido espíritu se crea
y en su tierno cerebro se elabora,
ya la noción de Dios en su alma mora
y su nombre divino balbucea:
que la madre extremeña, fiel cristiana,
de cuerpo y alma sana,

lo primero que enseña al pequeñito,
cuando asoma la luz de la mañana,
es a alabar a Dios con el «Bendito».

Los aires de la tierra
que soplan en la hermosa Extremadura
ya de empinada sierra,
ya de extensa llanura,
templan el cuerpo del robusto infante
con el frío de atmósferas glaciales
y el calor asfixiante
de las mismas regiones tropicales.

Y como deja el ave el blando nido
que le sirvió de cuna, y alza el vuelo
con otras aves al hermoso cielo,
así el niño, atrevido,
con inseguro vacilante paso,
busca un mundo que le es desconocido,
y se lanza al acaso,
sirviéndole de guías y tutores
otros niños, un año o dos mayores:
niños que ya maestros,
a pesar de su infancia,
en burlar la materna vigilancia,
se consideran con orgullo diestros
y fuertes para empresas y aventuras
de nobles infantiles criaturas.

Juega con ellos en la ardiente siesta
junto a los piélagos del río,
y se interna en el prado y la floresta,
buscando con locura y desvarío

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

la casa que entre flores
fabricaron inermes rui señores.

Y los ve alguna vez ¡crimen infando!
saltar las tapias de florido huerto
que el insano apetito, ya despierto,
con fuerza irresistible está tentando,
y los llama y les brinda
con dorada ciruela o roja guinda.

Y libra cien batallas
con éxito feliz o con reveses
en el mágico campo de las eras,
sirviéndole a su arrojo de murallas
los altos cerros de hacinadas mieses
que han de henchir en Agosto las paneras.

Sobre helada laguna
corre cien veces en el turbio Enero,
y, mayor que el peligro, la fortuna
le lleva cariñosa de la mano
por el frágil sendero.

Del templo del saber pisa en la escuela
con paso firme las primeras gradas,
do el profesor amante se desvela
por abrir a la luz las delicadas
inteligencias a la luz cerradas.
Los inmensos carteles
de letras y figuras ignoradas,
los cuadros de la Historia,
los extraños papeles
que se van archivando en su memoria,
le sirven de rieles

que al alcázar dorado de la ciencia
van llevando su tierna inteligencia.

Allí de la virtud sabe y del vicio,
cubiertos a su mente por un velo,
que la primera al cielo
y el segundo nos lleva al precipicio;
y que el Hijo de Dios marchó al suplicio
de la Cruz, afrentoso,
por libertarnos del pecado odioso,
haciendo nuestros propios desvaríos
el infame papel de los judíos.

Las fiestas religiosas
su sencillez atraen
ya alegres y amorosas
si en Nochebuena o por el Corpus caen,
ya tristes y medrosas
si en Los Difuntos o en Semana Santa
la Iglesia con dolor sus himnos canta.

Aun ignora el pequeño
que el trabajo es la fuente de la vida,
y ya le turba el sueño,
y anhela por momentos verse dueño
de una yunta de carne al yugo uncida.
Él las tiene de corcho y de madera
para llevar el carro y el arado;
mas, si pone una mano en la mancera,
el tirar con la otra es muy pesado;
y tiene su tinado
que fabricó en el huerto de la casa
para darle guarida a su ganado;

y tierras donde paste, y un ejido
donde llevan las mieses
con paso tardo las minutas reses.

Pero todo es fingido;
embrión que engendraron los deseos,
parto de sus pueriles devaneos,
fruto de la violencia
que a sí misma se infiere la inocencia.
Bien lo advirtió cuando su padre un día,
premiando su obediencia,
al campo le llevó con los gañanes.
¡Aquello era verdad, que premiaría
sin ficción el trabajo y los afanes!
Tras robustas parejas
los mozos sus canciones entonaban,
mientras iban abriendo con las rejas
el seno de la tierra que esponjaban.

Allí vió en lontananza su destino,
y más cuando miró por el camino
pasar ufano, dirigiendo un carro,
a un muchacho que, siendo su vecino,
le enseñó a fabricar bueyes de barro.

En ansias de ser hombre
desde entonces ardió con hondo anhelo.
Ser hombre es la ilusión por que suspira,
y se tiene por tal cuando se mira
junto a algún pequeñuelo.

No le arredra el trabajo,
que ha visto en él la flor de la esperanza,
y con todas sus fuerzas a él se lanza

por recoger sus frutos aquí abajo.
Sirviéranle de atajo
y enturbiaran las dichas de su sueño
la pertinaz sequía
que el campo seca y sin piedad agosta,
la temible langosta
que devora en un día
los que tantos afanes
causan al labrador, frondosos panes;
y aquella nube que al bajar del risco
vomita sus entrañas de pedrisco
sobre el campo sereno
de paz, de amor y de riquezas lleno.

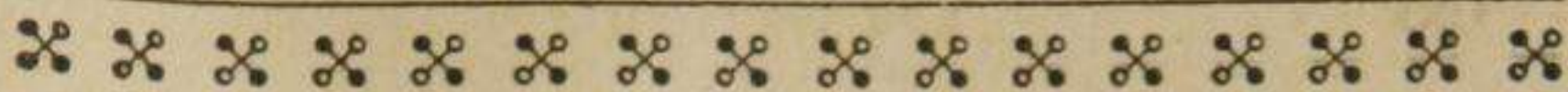
¿Pero quién la semilla
vertiera loco del dorado trigo
si no tuviera la inspirada ciencia
de que no hay enemigo
sin querer la divina Providencia?

Si encienden los ardores
del sol de Julio la tostada frente,
no le falta un pañuelo
que enjague los sudores
y un barril de agua fresca de la fuente.

Si los miembros helados
en Diciembre y Enero
se entumescen por grados,
le anima y le conforta
el dulce amor del crepitante tuero
que le espera en la noche y con su llama
calor y luz sobre el hogar derrama.

Así el niño extremeño,
volando en alas de un dorado sueño,
recorre los espacios de la vida
en trabajos y gozos presentida;
y procurando el brillo de su nombre
reparte noblemente su cariño;
Para Dios y sus padres, el del niño;
para Dios y los hombres, el del hombre.





LAS HUELLAS DE LA VIDA

MEDITACION

*A mi entrañable amigo don
Jacinto Acedo Pedregal*

AL recio soplo del tiempo
corren veloces los años;
apenas los advertimos,
y van pasando, pasando.

¡Y qué grandes huellas dejan
en el cuerpo, de su paso!
No hay un buril que modele
más suave nuestro barro
y que de tantas maneras
se divierta en transformarlo.
Pero son huellas más duras
las que dejan en el ánimo:
en él cortan y destrozan,
despedazan a diario,

**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**

punzan y fijan crueles
en él dolorosos clavos.

¡Oh, qué espinas tan agudas
le hieren con su taladro!
Por ellas, solo por ellas
las horas contando vamos;
por ellas saben las almas
el número de sus años;
por ellas los corazones
viven sangrando, sangrando.

¡Oh memoria de otros días!
¡oh recuerdos del pasado!
¡cómo vuelven a los ojos
lágrimas que se lloraron!
¡cómo la escabrosa huella
se ve del camino áspero
donde encontraron las plantas
un abrojo en cada paso!

Desde el ventanal abierto
que de la vida en el alto
presta a los lánguidos ojos
las visiones del pasado,
yo los senderos vislumbro
que sólo una vez hollaron,
sin que tenga la esperanza
jamás de volver a hollarlos,
estos pies, de la fatiga
rendidos y del cansancio.

¡Cuántos abismos sin fondo
diviso! ¡Cuántos barrancos

el camino de la vida
fueron cortando, cortando!

Aun manchan el horizonte
gruesos nubarrones largos;
los que las horas de sombras
y de tristezas preñaron.

¡Pobre vivir!; mas lo quiere
quien el vivir nos ha dado;
por eso yo las miradas
de ese camino no aparto,
y lo tengo en las pupilas
del espíritu como algo
que es de la propia existencia
el soporte necesario.

Pero los años transcurren,
van discurriendo los años;
y si marchitan los cuerpos
a su soplo sanguinario,
la juventud de las almas
nos van robando, robando.

¡Oh, si ya no nos conocen
por los cuerpos transformados,
cómo nos desconocieran
si nos miraran los ánimos!

Señor de misericordia,
Tú que mitigas el llanto,
seca la copiosa fuente
de mis recuerdos amargos.

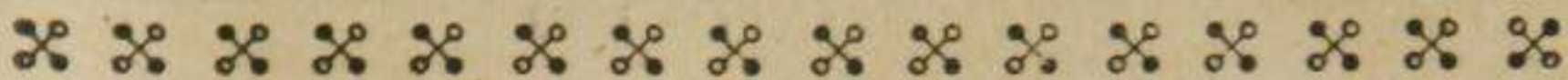
Mas no, no alejes de mí
las visiones del pasado:

la vida no es otra cosa
que un doloroso Calvario.
Déjame, pues, que renueve
su carrera paso a paso,
que sólo vive el que vive
recordando, recordando.

X

Este es precioso





FELICITACION

*Al Rvdmo. Sr. Obispo de Coria,
D. Pedro Segura y Sáenz, en el
día de su cumpleaños.*

DESGRACIADOS O felices,
a todos los hombres llega
entre los días del año
el que los suyos completa

Para los unos es día
de regocijos y fiestas;
para los otros, de angustias,
de pesadumbre y de penas;
para todos, de recuerdos
y meditaciones serias.

Volviendo atrás nuestros ojos
de la vida por la senda
que paso a paso corrimos,
¡cómo el principio se aleja!

Dirigiéndolos después
al porvenir que entre nieblas

se nos ofrece confuso,
¡cómo el fin se ve más cerca!

A los lados del camino
recorrido se presentan
anchos campos que sembramos
de buen trigo o de malezas.

¡De qué dulces esperanzas
el buen sembrado nos llena!
Las mieses se van dorando,
y prometen a la siega
los frutos que el sacrificio
arrancó a nuestras faenas.

¡Y de qué remordimientos
nos oprime el que a la vera
del camino pedregoso
la cizaña ya nos muestra!
Los abrojos se endurecen
ofreciendo la cosecha
de punzadas y torturas
que recoge la conciencia.

A los lados de la vía
que por recorrer nos queda,
se ven anchurosos campos
dispuestos para la siembra:
campos que los unos miran
codiciosos y con fuerzas
para seguir sus labores
sin descansar en la brega,
y otros miran con los brazos
atados por la pereza,

sudando ante los sudores
que entre los surcos esperan,
y durmiendo, aletargados,
el sueño de la indolencia...

A todos llama felices
el mundo que los contempla,
en el día que sus años
uno por uno numera.

Son tan grandes los errores
que se advierten en la tierra,
que es uno más que se suma
a la ya crecida cuenta.

Feliz es el que mirando
los terrenos que atrás deja,
fertilizados y amenos
por su sudor los encuentra.

Feliz es el que no teme
al fragor de la pelea,
ni del porvenir difícil
la ruda labor aterra;
y puestos en Dios sus ojos
y su esperanza en él puesta,
recoge constante el fruto
de las virtudes que siembra.

Feliz es el siervo bueno
que los talentos no encierra,
sino que a Dios duplicados
por sus labores entrega.

Señor, si en esto consiste
sin que negarlo se pueda,

la posible de este mundo
felicidad verdadera,
sois feliz como son pocos;
y felicitar es fuerza
al que su descanso busca
en el trabajo sin treguas.

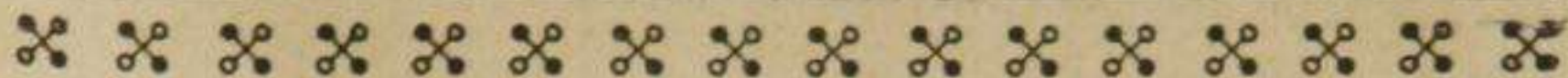
Si miráis atrás, asombra
la tenaz labor inmensa,
que a dos vidas, incesante
ocupación dar pudiera.

Si hacia adelante, proyectos
de nuevas, altas empresas
van preparando el terreno
de copiosa sementera.

No conocéis el descanso
con que nos brinda la tierra:
tal lo queréis, del que luego
al trabajo no se vuelva.

Yo os felicito, Señor,
y pido al cielo os conceda
las gracias que le pedís
de eternos favores llenas.





PUEBLO HIDALGO

A SU ALTEZA REAL LA INFANTA D.^a ISABEL DE
BORBÓN EN SU VISITA A ALCÁNTARA

*Con un sentido y afectuoso
recuerdo dedico esta compo-
sición a mis buenos amigos
D. Emilio Rodríguez-Arias,
D. Juan Amarilla y D. Fernan-
do Bernáldez.*

Serenísima Señora:
con vuestra venia, que implora
su servidor reverente,
quiero hablar humildemente
en esta solemne hora.

Que si, al veros arribar
a nuestra villa querida,
me hiciera el temor callar,
¿cómo os pudiera yo dar
mi sincera bienvenida?

Yo, Señora, hablar no sé
más que el sencillo lenguaje
de mi tierra y de mi fe.
Nunca a un alto personaje,
nunca a príncipes hablé.

Pero la regia llaneza
que distingue a Vuestra Alteza
cuando con el pueblo trata,
mi humilde lengua desata
y le quita su torpeza.

Dicen que es en el amor
el callar más elocuente,
para expresar lo que siente,
mientras idioma mejor
para el amor no se invente.

Será muy bueno el callar;
mas ¿quién habrá de dudar
que esa silente elocuencia
lo mismo puede indicar
cariño que indiferencia?

En esta razón escudo
mi locuaz atrevimiento.
Más que callar como mudo,
quiero decir lo que siento
con lenguaje tosco y rudo.

Con tan excelsa visita
se honra esta tierra bendita
de tal modo, que parece
que de entusiasmo palpita
y de gozo se estremece.

Es harto pobre, Señora;
pero, noble en su pobreza,
rinde culto a la nobleza,
que la humilla, seductora,
cuando la ve en vuestra Alteza.

¿Quién se atreverá a dictar
a nuestro entusiasmo leyes,
ni lo podrá moderar,
si vamos a saludar
a la nieta de cien reyes?

Quiere vivir Vuestra Alteza
con el pueblo que trabaja,
pues sabe que la realeza
sube más, cuanto más baja,
si no baja con vileza.

Y aunque es esta mi región
un apartado rincón,
aún podemos elevarla,
pues queremos colocarla
muy alto: en el corazón.

Nada perderéis, Señora;
que recibir no desdora
tal cariño y pleitesía
de gente malrotadora
de títulos de hidalguía.

No en la grande Extremadura;
ni aunque fuera de ella salga,
veré tan rancia hermosura,
ni población más hidalga
de toda España en la anchura.

Para perpetua memoria
no en pergaminos ha escrito
su preciosa ejecutoria:
son hojas la de su historia
de mármoles y granito.

Si miráis la profusión
de sus emblemas sin tasa,
veréis con admiración
un recuerdo en cada casa,
y en cada piedra un blasón.

La adquirió el pueblo romano,
y la redimió el cristiano;
y al hallarla tan hermosa,
ambos la hicieron su esposa,
los dos le dieron su mano.

Y le hizo un rico presente
cada cual según su rito,
con largueza sorprendente:
del romano obtuvo el puente,
del cristiano, «San Benito».

¿Qué más os diré, Señora,
para ponderar su encanto?
Dios mismo la quiso tanto,
que en su potencia creadora
hizo más: le dió un gran Santo.

.....

Hoy, maltrecha y dolorida,
se siente triste y herida
al ver su esplendor manchado.
¡Ay, yo no sé qué pecado
habrá Dios visto en su vida!

Hoy entre las sombras gime
de sus ruinas y la oprime
el dogal de la impotencia;
y perderá la existencia
si a tiempo no se redime.

¿Quién la podrá redimir?
¿quién la verá sacudir
ese yugo que la humilla?
Pero yo, al veros venir
como ángel bueno a esta villa,

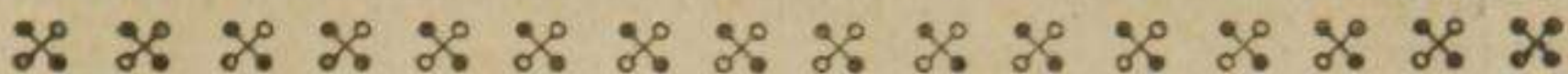
digo: «¿Seréis vos, Señora?
¿seréis vos su redentora?»
 Un grato presentimiento
 me dice que este momento
 es de redención aurora.

Del puente en la obra robusta
 en letras de oro su augusta
 Madre nos legó su nombre;
 y al pasar por él, todo hombre
 le rinde alabanza justa.

Ceda, pues, en vuestro honor
 de las futuras edades
 el unísono clamor
 por un rayo salvador
 de vuestras altas bondades.

Haced que el pueblo confunda,
 al ver lo que más le encanta,
 dos nombres en su garganta:
 uno, el de Isabel Segunda,
 otro, el de Isabel, la Infanta.

No más, Señora; es razón
 que calle y corte de plano
 mi pobre salutación.
 Yo beso su augusta mano.
 Dios os dé su bendición.



LAS CAMPANAS DE MI IGLESIA

Para mis hermanos.

LAS campanas de mi iglesia tienen un vibrar que encanta; son de un timbre tan sonoro que ninguna las iguala.

Desde niño las contemplo sobre el balcón de mi casa siempre que me lo consienten mis tareas cotidianas.

Y no hay cosa que entretenga mis ocios, como el mirarlas y verlas, yo tan abajo, allá en la torre tan altas.

Tienen su filosofía, si se estudian, las campanas, y en hondas meditaciones hacen que se abisme el alma. Nadie con mayor dominio supo verter la palabra; nadie usó de sus silencios

de elocuencia soberana.
¡Cuánto dicen cuando aturden!
¡cuánto dicen cuando callan!
Símbolo son de la vida
que ya se desliza gárrula,
o ya inerte y perezosa
sobre silencios resbala.

Nadie ha hablado tan a tiempo
como las campanas hablan,
ni se puso tan a tono
cual se ponen las campanas.
Y a pesar de ese dominio,
no abusan de sus gargantas
y saben guardar prudentes
sus fuertes voces metálicas.

Son para mí seres vivos;
yo les doy aliento y alma;
me cantan sus alegrías
y sus pesares me cantan;
y ya en conciertos armónicos
todas su sentir exhalan,
ya en melódicos acentos
cada cual el suyo parla.

Unas veces ríen locas,
otras, lloran apenadas;
y vierten risas y llantos
que, al rodar sobre las auras,
en ondas de sentimiento
los espíritus embargan.

¡Oh mi parroquia querida,

qué hermosas son tus campanas!
Ninguna voz de la tierra
tan honda impresión me causa
como el tañido sonoro
que en la obscura noche estalla
y de la campana gorda
sobre los aires se lanza.
Parece voz de otro mundo
que misteriosa nos habla,
cual mensajera divina
que el cielo a la tierra manda;
y no hay, sin estremecerse,
nadie que pueda escucharla.
¡Qué música dulce y grave
de disorde consonancia
llevan todas al oído
por el aire volteadas,
cuando al enviar sus notas
a la próxima montaña,
son devueltas por el eco
tres veces multiplicadas!

¡Qué escalofríos producen
cuando vibran simultáneas
semejando los lamentos
y quejumbres de las almas!

Porque yo escucho en sus sonos
algo que mueve la entraña:
ya dolorosos gemidos,
ya fervorosas plegarias,
y ruegos a los mortales

y solícitas instancias,
avisos de centinela,
nerviosos gritos de alarma,
y alguna vez, amorosas,
fraternales amenazas.

¡Oh campanas de mi iglesia,
que escucho desde la infancia
siempre llenas de poesía,
siempre dulces y simpáticas!

No sé si es que en mis pesares
y en mis gozos me acompañan,
o me pongo alegre o triste
si alegres o tristes cantan.

¡Oh campanas de mi torre!
Sus voces me son tan gratas
como a los tímidos niños
la voz de su madre amada.
Yo las distinguo entre todas,
entre todas sus hermanas
las de las otras iglesias;
y cuando a larga distancia
los ecos inconfundibles
escucho de sus cantatas,
parece que me dan voces,
me saludan y me llaman.

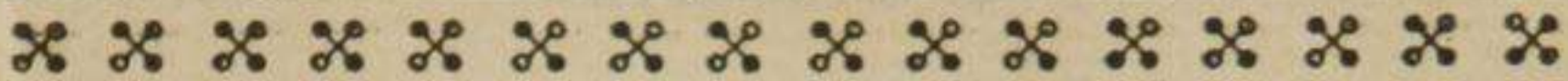
Yo me levanto obediente
cuando me anuncian el alba;
y cuando a rezar me invitan
pidiéndome una plegaria,
al cielo van con sus voces

unidas las de mi alma.

Si a los divinos oficios convocan la grey cristiana, yo respondo a su reclamo sin pedir nueva llamada, porque quiero recrearme en oír sus resonancias de mi querida parroquia bajo las bóvedas altas.

Pero hay algo todavía que es la poderosa causa de este amor y este entusiasmo y estas pobres alabanzas: es un sentimiento vivo de gratitud no igualada que no me cabe en el pecho: yo les debo a esas campanas... ¡que lloraron por los míos cuando yo triste lloraba!





DE LA TIERRA Y DEL CIELO

CÁCERES medioeval es en España
y aun en el mundo la ciudad más bella.
Tantos recuerdos de pasados siglos
en su recinto histórico se encuentran,
son tan vivos y propios los reflejos
que nos dan de una época
que envuelven los fulgores
y de rudas y de mágicas grandezas,
y es tan arrolladora y sugestiva
la augusta voz de su elocuencia pétrea,
que por ellos nos hablan las edades,
la historia misma con su propia lengua.

Ya dicen los robustos monumentos
a quién deben su origen y existencia:
a los que dieron en sus hombros base
al imperio asombroso de la Hesperia,
encarnación de vigorosa raza
de sangre hirviente y de virtudes recias.

No se puede pasar junto a los muros
de tan rancias viviendas,
sin que a merced de un hondo sentimiento
el corazón y el alma se conmuevan;
porque los llaman con sus voces mudas
las edades pretéritas
que a la vida se asoman en las plazas
y calles que animó una estirpe regia:
vivo teatro en que el antiguo pueblo
convida a presenciar altas escenas,
que no entre percalinas y paredes
de pintado papel se representan
sobre hueco tablado; los actores
se mueven en un suelo que sombrean
bambalinas de nubes
y bastidores de esculpida piedra.

Grato es subir a la ciudad murada
cuando se va de la ciudad abierta;
porque es muerte la vida bulliciosa
de nuestra esclava sociedad moderna,
y es larga vida la callada muerte
de la ciudad que se preció de reina.

¡Qué pigmeos parecen hoy los hombres
ante aquellas figuras gigantescas
que el ánimo imagina ver saliendo
por las calles estrechas
a abrir con la pujanza de sus brazos
los límites angostos de la tierra,
armados de valientes corazones
más duros aún que su armadura férrea!

¡Y cómo allí se ve sobrecogida
el alma, y encendido de vergüenza
el rostro, y lleno el pecho
de profunda tristeza,
creyendo percibir estas preguntas
a las que no sabemos dar respuesta:
»¿Qué hicisteis de la España que os legamos?
¿Dónde ha parado tan gloriosa herencia?»

Y no se atreve el apocado espíritu
ni a resistir de su imperiosa fuerza
el hálito potente, que otra vida
supo darles tan varia de la nuestra.

Vida de cortos años miserables
se vive abajo, de murallas fuera;
vida de siglos se respira dentro,
que en recorrer el alma se recrea.
viendo formar la trama de la historia
las que juzgó fantásticas leyendas
que atónitos los ojos, redivivas
en realidades plásticas contemplan.

Sobre la alta colina que un anillo
de baluartes amoroso cerca,
lugar bendito que invitó al refugio
y a madurar en él locas empresas,
las más ilustres casas españolas
en fraternal abrazo se congregan
y trazan el solar de sus moradas
que aun llenas hoy de majestad se elevan.

La iglesia parroquial de San Mateo
en el centro magnífica descuella,

porque cupo al sagrado Evangelista
los barrios presidir de la nobleza.

Dos altísimas torres señoriales
la guardan a ambos lados tan de cerca,
que sólo cortos palmos
de estrechas calles al viandante dejan,
y parecen gigantes que custodian
el templo, como eternos centinelas.
Una se jacta de balcón airoso
sobre canes de tosca berroqueña;
para la otra es honor, el máspreciado,
la corona de almenas
conservadas en premio de virtudes
por privilegios y mercedes regias.

Junto a las dos, en apretada piña,
de torres se levanta espesa siembra,
que de una reina poderosa y fuerte
sintieron el rigor en la cabeza,
trocando en saledizos angulares
las orgullosas almenadas crestas.

¡Oh, cuántas veces en la noche clara
la luna complacida vió las flechas
que el amor disparó de torre a torre!
¡Cuántas veces el sol, lleno de pena,
vió también las que el odio fratricida
cobarde hizo silbar sobre las tejas!

¡Cómo se siente el ruido de las horas
hace siglos pasadas entre fiestas,
o de clarines al nervioso toque
por el que unidos a la lid se aprestan,

o al choque luminoso
de las espadas que se embisten fieras,
o al tronar del cañón en el castillo,
o al son de las campanas en la Iglesia!

¡Y estas paredes son testigos mudos
de tantos hechos de tan larga fecha!

¡Oh, qué endeble es la vida de los hombres
ante estas duras fábricas de piedra!

Pero también les llegará la muerte;
¡ay, no serán eternas!

llevan el sello humano deleznable,
y la pátina ya las puso viejas;
se rinden los cimientos, y las ruinas
anuncian su llegada en hondas grietas.

Enfrente del patriótico recinto,
y aislada de él por la feraz ribera,
de eterna juventud haciendo gala,
se alza al sudeste veneranda sierra,
no de las bravas de imponentes cimas;
de las que invitan a subir por ellas.

El beso de los años
la fecundiza en toda primavera
y la arropa de trigos y de vides,
de arbustos y de flores y de hierbas:
la vemos tan gentil como la vieron
los hombres primitivos de otras eras;
y más; porque hoy sus flores son alfombra
de la Madre divina y Reina excelsa

que hizo de su palacio en las alturas
descanso en la ascensión que al cielo lleva.

Admiran su hermosura los alcázares
y envidian su vigor las fortalezas;
y almenas y ventanas y balcones
ya no les sirven más que para verla.
¡Ay! si no sirven para ver el cielo,
¿qué valen las alturas de la tierra?

También desde sus faldas y sus cumbres
el santo monte la ciudad contempla.

La vió nacer de la colina un día,
como brota la flor en la pradera;
al soplo de los tiempos, muchas veces
derrumbarse la vió, y alzarse nueva
sobre incógnitas ruinas
de las que al mundo ni memoria queda.

Y verá que estas torres y palacios
que son de la ciudad rica preseca,
sucumben a su vez, y en sus cimientos
otra más joven urbe se recuesta.

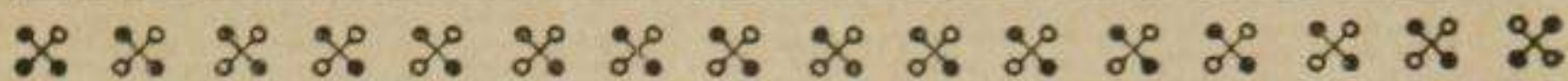
¡Mísero yo que puse mis canciones
es cosas de que el tiempo se alimenta!

Señor, si las grandezas de este mundo
son un montón de ruinas y pavesas,
haz que cante mi voz cosas del cielo,
que siempre iguales son, que son eternas.

BIBLIOTECA
CACERES

II

POESIAS LIRICO-RELIGIOSAS



JUNTO A LA CUNA DE MARIA

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

NIÑA del corazón, bella criatura,
dulce embeleso, encanto celestial,
rico presente tierno y delicioso
que Dios al hombre da;

Emblema del candor y la poesía,
hermosura ejemplar de la niñez,
prenda del santo amor inagotable
que en Dios el hombre ve:

Déjame que te mire y que se arrobe
mi espíritu al mirarte; que el Criador
de tantas cosas bellas, al hacerte,
sus dones agotó.

Deja que en Ti coloque mis dulzuras:
lejos de Ti no las podré encontrar.
Tú serás mi esperanza, Tú el consuelo
de mi vida serás.

La tierra dió a los hombres, Niña hermosa,
doloroso entre espinas existir;
pero viniste Tú y la convertistes
en ameno jardín.

Obscuro estaba el mundo; no le herían
los vivos rayos del divino Sol:
no hay día sin aurora; y que Tú fueras
su aurora quiso Dios.

Mira cómo iluminan nuestras almas
los poderosos rayos de tu luz.
Nadie entre las criaturas deslumbrarnos
pudiera como Tú.

Te hizo el Señor, oh Niña incomparable,
de las flores más bellas del Edén;
y yo, muerto de amores, desasirme
de Ti nunca podré.

Tu sér, en el que anida la inocencia,
tiene atracción de irresistible imán;
por eso junto a Ti, Niña querida,
mi corazón está.

¿Cómo pudieron las antiguas gentes
sentir el alto imperio del amor?
Amar, sin verte a Ti, Niña preciosa,
no lo concibo yo.

¿Ni cómo pueden los modernos hombres
el dulce afecto del amor sentir,
si no han gustado tus divinas mieles,
si no te aman a Ti?

Rasga las nieblas de mi noche oscura,
mi nave guía que a perderse va.
Tú eres, Niña, la Estrella matutina,
Tú la Estrella del mar.

Déjame junto a Ti; no me rechaces,
sé el apoyo y sostén de mi virtud;
mírame como sólo en este mundo
sabes mirarme Tú.

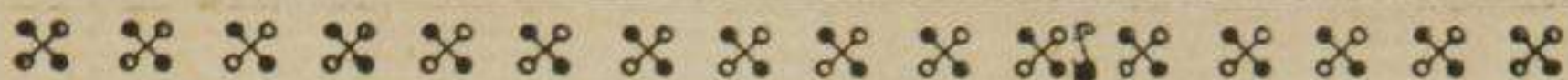
Sofoque de tus labios la sonrisa
las penas que agarrotan mi vivir.
Déjame que te mire, encanto mío,
déjame junto a Ti.

Yo libaré inocencia de tus labios
y de tus ojos beberé candor,
y me dará a copiar el sacrificio
tú noble corazón.

No me abandones, no, que yo con ansia
tu dulcedumbre eterna gustaré.
Tú eres la fuente de las aguas limpias
que calmarán mi sed.

Déjame que a tu lado viva y muera;
Tú eres la escala que conduce a Dios.
Princesa de mi amor, Niña divina,
¡cuánto te quiero yo!





«MEMENTO, HOMO»...

EL último bacanal
se extinguió del Carnaval
que entre horrores agoniza
y muere junto al umbral
del Miércoles de Ceniza.

Quiso hacer al mismo Eterno
que todo el poder encierra,
formidable y cruda guerra;
y los vientos del infierno
desató sobre la tierra.

Encendió violento fuego
y agitó la tempestad;
y con ellos se echó luego
sobre la paz y el sosiego
de la pobre humanidad.

Llevó a pueblos y naciones
un hálito corruptor
que, avivando las pasiones,
quitó de los corazones
la pureza del amor.

Hizo al modesto, insolente,
hizo al tímido, procaz;
y por borrar de la frente
todo pudor, diligente
se cubrió con antifaz.

Entre los hombres, quedaron
con su cordura muy pocos.
Mis ojos que los buscaron
por todas partes, no hallaron
sino ejércitos de locos.

¡Y cómo representaban
insensatos su papel!
Libres, ellos, se llamaban,
sin notar que militaban
en las filas de Luzbel.

Hoy la representación
se acabó de la comedia;
y al levantarse el telón,
nos anuncia una tragedia
la nueva decoración.

Grandiosa nave sombría
de severa catedral
o de templo parroquial,
donde toda cantería
tiene inscripción sepulcral;
enorme masa de fieles
en cuyos rostros se ceban
los desengaños crueles
y no pueden con las hieles
que dentro del pecho llevan;

y junto al altar mayor
el ministro del Señor
que, al derramar la ceniza
sobre el pueblo pecador
con frase que atemoriza,
conteniendo los alientos
de la muchedumbre quieta,
así le habla unos momentos
con arranques de profeta
y apostólicos acentos:

«¡Oh hombre, tú, quienquiera fueres,
que por este mundo vas
y tan descuidado estás,
no olvides que polvo eres
y polvo te volverás!

»Polvo son y vanidades
las groseras realidades
que estriban en la materia;
y polvo son y miseria
las humanas dignidades.

»Mirad atrás: polvo fueron
todas las generaciones
que en la vida os precedieron,
y en polvo se convirtieron
sus riquezas y blasones.

»Ni quedará su memoria
a la que honores de gloria
rinda la posteridad:
que en polvo la misma historia
se convierte con la edad.

»Pues eso mismo veréis
si hacia adelante miráis;
a cada paso que déis
hacia el polvo camináis:
que en polvo os convertiréis.

»De hermosura en prado ameno
por la mañana hizo alarde
la flor de pintado seno;
y al buscarla por la tarde,
la vi convertida en heno.

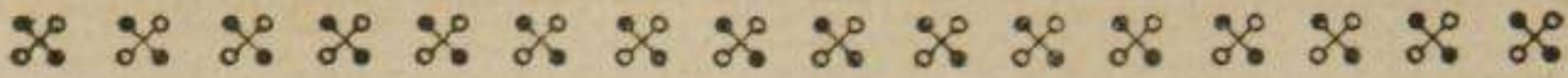
»Os lo dice año tras año
vuestro mismo corazón;
detrás de cada ilusión
encontráis un desengaño,
pues las dichas, polvo son.

»Nunca olvidéis que la vida
del débil y la del fuerte,
es la presa apetecida
que lleva siempre cogida
entre sus garras la muerte.

»Del Carnaval entregados
a las locuras os ví.
¿Qué sacasteis, desgraciados?
desengaños y pecados;
la verdad sólo está aquí.

»Una sola es la verdad,
y de ella habéis de ir en pos,
si amáis la felicidad;
el único bien es Dios;
lo demás es vanidad.»

Esto me gusta también



PROMESA Y REALIDAD

PÁGINAS DEL EVANGELIO

SOBRE el heno, sentada en la colina,
cerca a Jesús la multitud hambrienta.
Mueve al Señor su compasión divina,
y multiplica el pan y la alimenta.

Sáciase la imponente muchedumbre,
y al autor del prodigio glorifica:
al que el grano de trigo, por costumbre,
de la tierra en el seno multiplica.

Huye Jesús; y cuanto más se esconde,
más le buscan; ajenos de zozobras
quieren vivir constantemente donde
dan de comer con poco y quedan sobras.

Y le encuentran por fin; y Jesucristo:
›venís—dice—afanosos a mi lado;
›mas no por los milagros que habéis visto,
›sino porque os habéis de pan hartado.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

- › Buscad mejor el pan que permanece;
- › trabajad bajo el cielo, que os gobierna,
- › no por el alimento que perece,
- › sino por el que da la vida eterna;

- › por ese pan que para siempre dura,
- › el único que aquí podrá saciaros,
- › ese pan bueno que produce hartura,
- › y que el Hijo del hombre habrá de daros;

- › el Hijo en cuyas obras puso el sello,
- › grabando en él su autoridad divina,
- › el Padre celestial, para con ello
- › dar por suya a los hombres mi doctrina.

- › ¿Por las obras de Dios me preguntáis?
- › ante los propios ojos las tenéis.
- › Es necesario, pues, que en mí creáis,
- › si obras de Dios ejecutar queréis.

- › ¿Qué señal os presento, qué milagro?
- › ¡Oh, con qué fuerza responder pudiera
- › todo el bien de las horas que os consagro,
- › si vuestra ceguera lo permitiera!

- › Comieron vuestros padres, es bien cierto,
- › el maná que del cielo descendía,
- › cuando al cruzar el árido desierto,
- › Jehová se lo mandaba cada día.

» ¡Dulce manjar! Pero en verdad os digo
» que Moisés no os ha dado el pan del cielo;
» ese pan os lo entrega Dios conmigo,
» con el Hijo que mora en este suelo.

» Porque soy yo, yo soy el pan de vida.
» Más hambre no tendrá quien a mí venga;
» y yo haré que al gustar de esta comida,
» el que creyere en mí, más sed no tenga.

» Para cumplir, bajé de las alturas,
» la que es del Padre voluntad bendita;
» y he de guardarle todas las criaturas
» que él me dió, con el pan que resucita,

» para que el que lo coma nunca muera;
» no como vuestros padres, que murieron,
» que no les dió la vida verdadera
» el maná misterioso que comieron.

» Es mi carne este pan que viene al mundo,
» y de los mismos cielos ha bajado
» para dar vida al hombre, en lo profundo
» del antro de la muerte sepultado».

«¿Dar su carne a comer? ¿Cómo es posible?»
entre sí disputaban los judíos.
Los oye con dulzura indefinible,
y responde Jesús con nuevos bríos:

«Si del Hijo del hombre no comiereis
»la carne verdadera unos y otros,
»y si su propia sangre no bebiereis,
»no tendréis en verdad vida en vosotros.

»El que come mi carne, y el que bebe
»mi sangre, gozará de eterna vida:
»que es comida mi carne; y quien lo pruebe,
»que es mi sangre verá dulce bebida.»

«Duras palabras son; ¿y quién sufrirlo
»puede sin que se espante y se horrorice?»
murmuran ellos. Y Jesús: «¿Oírlo
»de horror os llena? Pues mirad —les dice—:

»Qué diréis si me veis subir al cielo?
»La carne no aprovecha, nada alcanza;
»el espíritu arriba tiende el vuelo;
»y es espíritu y vida mi enseñanza.»

Pasa un año; se apagan ya las horas
del reloj del antiguo Testamento,
que son en su agonía portadoras
de una Ley nueva. Acércase el momento:

Jesús cena el cordero con los doce;
la hambrienta multitud no le acompaña;
ingrata le abandona y desconoce;
¡no le da de comer en la montaña!...

Y dice levantando la alma frente
y hecha su faz de caridad un ascua:
»¡Oh, cómo he deseado ardientemente
»celebrar con vosotros esta Pascua!»

Toma el pan en sus manos venerables,
da gracias, y lo parte, lo bendice,
se lo da a sus discípulos amables,
y «Tomad y comed;—a un tiempo dice—

»Este es mi cuerpo que será entregado
»por vosotros a muerte y cruel suplicio.
»Haced lo que habéis visto y presenciado
»y haréis en mi memoria el sacrificio».

Toma el cáliz después. Vivos destellos,
como nunca el amor dió a una mirada,
parten entonces de los ojos bellos
del Hijo de la Madre inmaculada.

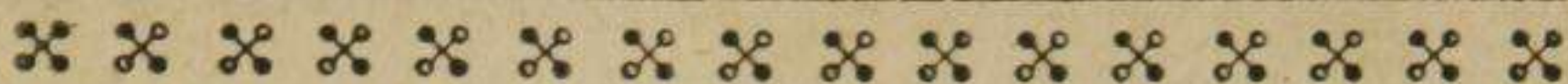
«Bebed—dice;—es mi sangre que vertida
»será para el perdón de los pecados
»por vosotros y muchos que la vida
»tendréis en sus tesoros derramados.

»Haced lo que hacen hoy mis manos santas;
»mi pan y vino prenda son de gloria;
»cuantas veces lo hiciéreis, otras tantas
»lo haréis, hasta que venga, en mi memoria».

Dadnos Jesús, el pan, maná sagrado,
y el vino que conforta y robustece.
Sin tu pan queda el pecho aletargado,
y sin tu vino el alma desfallece.

Lejos de Ti, Señor, ¿a quién iremos?
Tú nuestra dicha sobre el mundo labras.
Todo en ese alimento lo tenemos;
y son de vida eterna tus palabras.





PAN DE VIDA

I

EL QUE LO DA

COMO padre que al vivo sentimiento de dejar a los suyos, asegura más allá de su vida su futura suerte en el amoroso testamento,

el buen Jesús, llegado ya el momento de morir por la humana criatura, otorga a su favor una escritura dándosele a Sí propio en alimento.

¡Sublime caridad, piedad sublime!
Los hombres dan sus bienes al hermano y en la cima se creen del heroísmo.

Pero Dios que en su sangre nos redime, rubricando a la vez su soberano Testamento de Amor, se da a Sí mismo.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

II

EL QUE LO COME

Desde entonces Jesús es Pan de vida del que se nutren mil generaciones de santos que el vigor de sus acciones reciben de esta celestial comida.

«Comed todos» —Él mismo nos convida— del verdadero Pan de las naciones que nos da fortaleza de leones y la fe robustece perseguida.

Al que come este Pan, jamás la muerte podrá hacerle gustar el nauseabundo sabor ingrato de su hiel amarga.

Comiendo de este Pan, el alma, fuerte, llevará de Jesús por este mundo el suave yugo y la ligera carga.



✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

ESCENAS DE LA PASION

I

LA ENTRADA EN JERUSALÉN

SENTADO sobre un pollino
viene hacia Jerusalén;
y las turbas que le ven,
extienden por el camino
palmas al Huésped divino
y vestidos en su honor;
y en incesante clamor
que el entusiasmo mantiene,
gritan:—¡Bendito el que viene
en el nombre del Señor!—

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

II

EL LAVATORIO

Ciñéndose una tohalla,
les lava los pies a todos.
Pedro, que no encuentra modos
de obedecer, luego calla.

¿Quién tan grande humildad halla?
Y después que ha terminado:
—Ejemplo, dice, os he dado:
si en mí, el Señor, esto veis,
unos a otros os debéis
lavar, como os he lavado.—

III

LA CENA

Próximo su fin conoce,
y quiere, por testamento,
darse él propio en alimento
de pan y vino a los doce.

Nunca amor engendró el roce
tan grande como este amor.
—Tomad, les dice el Señor,
éste es mi cuerpo, comed;
ésta es mi sangre, bebed.—
¡Oh, misterio embriagador!

IV

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Sostiene en su orar sublime
con el mal lucha tan ruda,
que sangre su cuerpo suda
por el dolor que le oprime.

—Padre mío, su alma gime,
de mí este cáliz pasad,
si es posible, y apartad
el horror de esta agonía...
Pero no se haga la mía,
sino vuestra voluntad.—

V

PRENDIENDO A JESUCRISTO

De antorchas al resplandor
la turba que a Jesús prende
va detrás del que le vende
con entrañas de traidor.

Besa el pérfido al Señor,
y éste le dice:—¿Qué es eso,
Judas, así, con un beso,
al Hijo del Hombre entregas?
¡No sabes que cuando llegas,
ya el amor me tiene preso!—

VI

JESÚS ANTE CAIFÁS

De uno en otro tribunal
le conducen como a reo,
y en todas partes le veo
tratado cual criminal.

Y el Pontífice venal,
buscando mil imposturas,
desgarra sus vestiduras,
diciendo que ha blasfemado
el que rasga del pecado
las horrendas ligaduras.

VII

PEDRO NIEGA A JESUCRISTO

San Pedro a Cristo negó
por temor a una doncella,
y osó jurar ante ella
que nunca le conoció.

Pero Jesús le miró
con tal pena y tal ternura,
que la contrición más pura
abrió en sus ojos la fuente
de donde brotó un torrente
de lágrimas de amargura.

VIII

DE CAIFÁS A PILATOS

Por las calles los sayones
rencorosos e inhumanos,
con látigos en las manos
y rabia en los corazones,
entre insultos y empellones
llevan al manso Cordero
en busca de un juez severo
que, faltando a su conciencia,
dicte la inicua sentencia
de clavarle en el madero.

IX

JUDAS SE AHORCA

—Pequé, dijo; allá va el precio
de aquella sangre inocente.—
Y respondió aquella gente:
—Hubiéraslo visto, necio.—
Judas escuchó el desprecio
vanamente arrepentido;
y del demonio seguido,
buscó su estrangulación.
¡Siempre tuvo la traición,
negra y vil, su merecido!

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

X

JESÚS ANTE PILATOS

—Mira en cuántas cosas hoy
te acusan los de tu ley.

¿Por ventura eres su Rey?—

—Tú lo dices, que Rey soy.

Yo de la verdad os doy
testimonio en que la fundo.

 Mi reino no es de este mundo;
que si de este mundo fuera,
ya libertado me hubiera
de ese rencor furibundo.—

XI

JESÚS ES AZOTADO

A una columna amarrado,
bárbaramente le azotan,
y fuentes de sangre brotan
de su cuerpo desgarrado.

 La crueldad del pecado
se ceba en sus carnes puras
al aire, sin vestiduras...

 Pero Jesús no replica,
aunque la sangre salpica
y ablanda las piedras duras.

XII

«¡ECCE HOMO!»

Por clámide, un rojo manto;
por cetro, una débil caña;
por corona, una que baña
de sangre su rostro santo:
tal le visten Rey. Espanto
da el ver su pecho y sus sienes.
—¿Qué más hay para que llenes,
pregunta el Gobernador,
tu vesánico furor?
¡Mírale, pueblo, ahí le tienes!—

XIII

JESÚS CONDENADO A MUERTE

Cada vez más convencido
el juez de que es inocente,
al vociferar creciente
de aquel pueblo empedernido
presta cobarde su oído;
y lavándose las manos,
lo entrega a aquellos villanos
y a muerte a Jesús condena.
¡Ah, no sabe que es en pena
de los delitos humanos!

XIV

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS

El leño del sacrificio,
nuevo Isaac sobre sí carga;
la cuesta es áspera y larga,
bárbaro y duro, el suplicio.

¡Mas qué bien cumple su oficio!
¡cómo lo sabe llevar...
gustoso, sin vacilar...
como el que toda la vida
se ensayó en la dolorida
senda triste del penar.

XV

JESÚS CAE PRIMERA VEZ

Sobre los hombros sagrados
lleva la cruz, y le abrumba,
porque es enorme la suma
de males allí posados.

Todo el de los condenados
odio que el infierno encierra,
todo el rencor que la guerra
suscita entre los mortales,
van en la cruz y, fatales,
le hacen dar con ella en tierra.

XVI

JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

La Madre al Hijo encontró
caminando con la cruz.
¡Ay! del sol nunca la luz
tan triste escena alumbró.
¿Cómo he de pintarla yo
con tintas de tal negrura?
¡Oh calle de la amargura,
tú las penas más amargas
con tu recuerdo descargas
sobre la humana criatura.

XVII

JESÚS AYUDADO POR EL CIRINEO

Es tal su debilidad,
que ayudarle es necesario
para que llegue al Calvario:
¡Oh compasiva crueldad!
Camino de su heredad
entonces por allí viene
el buen Simón de Cirene
que, más o menos conforme,
llevará tras él la enorme
carga que en sus hombros tiene.

XVIII

LA VERÓNICA LE LIMPIA EL ROSTRO

Con arrojo, decisiva,
sin temer a la impiedad,
arrastra su caridad
a esta mujer compasiva.

Ve la sangre y la saliva
que manchan el rostro santo;
no consiente oprobio tanto;
y al limpiarlo con valor,
queda el rostro del Señor
grabado en el albo manto.

XIX

JESÚS CAE SEGUNDA VEZ

Nuevamente sucumbió;
pues para empresa tan alta
la ayuda divina falta,
que la humana no sirvió.

El Padre le abandonó;
y bajo el tosco madero
siguió el divino Cordero,
sus propias fuerzas gastando,
poco a poco caminando
por el áspero sendero.

XX

JESUCRISTO CONSUELA A LAS MUJERES

—¡Pobres hijas de Salén,
contened el triste llanto!
¡pesarán las penas tanto
sobre vosotras también!...

Dejad ¡ay! que sólo estén
junto a esas lágrimas duras
vuestras propias amarguras,
no mis dolores siniestros;
llorad, llorad por los vuestros,
compasivas criaturas.—

XXI

JESÚS CAE TERCERA VEZ

Sin aliento, desangrado,
le ve la plebe grosera
sucumbir por vez tercera
bajo el peso del pecado.
Y el débil cuerpo llagado,
por su impulso se levanta;
porque si la fuerza es tanta
de aquella inhumana soga,
es más con la que le ahoga
su caridad sacrosanta.

XXII

DESNUDAN A JESÚS Y LE OFRECEN HIEL

Le quitan en pleno día
sus ropas y veste única,
aquella inconsútil túnica
que para él tejió María.

¡Cuál su vergüenza sería!
Después la turba cruel
le ofrece vino con hiel
que apague en sus amargores
la gran sed y los dolores,
que están cebándose en él.

XXIII

ENCLAVAN A JESÚS

Echan en tierra el madero,
sobre él la Víctima tienden,
y con gruesos clavos hienden
manos y pies. Un reguero
de sangre acude ligero
a aquellas divinas llagas.

¡Preciso es que satisfagas,
Señor, con tus pies y manos
por nuestros pasos livianos,
por nuestras obras aciagas!

XXIV

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Son las tres; el Redentor
suspira y muere en la cruz;
el sol esconde su luz
de vergüenza y de dolor.

Y de súbito temblor
la naturaleza llena,
demuestra tan fuerte pena,
que hasta las rocas quebranta;
y a todos turba y espanta
lo trágico de la escena.

XXV

LA LANZADA

Llega a la cruz un soldado,
y al ver que la tarde avanza,
le traspasa con su lanza
el suavísimo costado.

Dame, oh Dios, que reclinado
viva siempre en esa herida
que es la puerta de la vida
que con tu muerte me abriste
por la que salir hiciste
agua con la sangre unida.

XXVI

EL DESCENDIMIENTO

Solo Jesús permanece
clavado allí, los ladrones
ya no están; más dos varones
que la caridad ofrece
al que todo lo merece,
llegan al monte Calvario;
y de aquel árbol nefario,
patíbulo del amor,
desclavan al Salvador
y envuélvenle en un sudario.

XXVII

JESÚS EN BRAZOS DE SU MADRE

Mírale, Madre afligida,
mírale, ¿no le conoces?
suplicios, los más atroces,
le han arrancado la vida.

En su faz descolorida
la muerte imprimió su huella.
¿Quién esa cara tan bella
ha escupido y afeado?
¡Yo mismo con mi pecado,
puse las manos en ella!

XXVIII

EL ENTIERRO DE CRISTO

La fúnebre comitiva
llena de intensa amargura,
lo lleva a la sepultura
que se abre en la roca viva.

Temblorosa sensitiva
la Madre del Redentor
¿de dónde saca valor
para seguir a su lado,
si es que no se lo ha prestado
la fiereza del dolor?

XXIX

JESÚS EN EL SEPULCRO

Por la tierra silenciosa
la obscuridad se derrama.
Terminó el sangriento drama
y a Jesús cubre una losa.

La noche se echa medrosa
sobre la infame ciudad;
un sello de iniquidad
marca la frente judía,
y empieza para María
la angustiosa soledad.

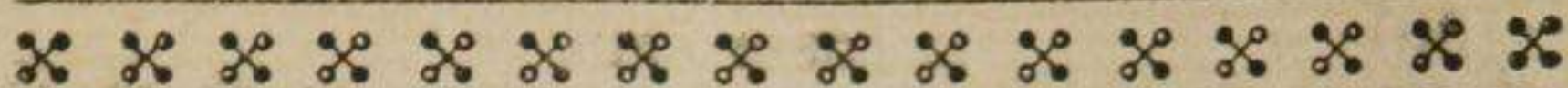
XXX

LA RESURRECCIÓN

Se oye un rumor trepidante
que a los soldados espanta;
la losa un ángel levanta
y Jesús sale triunfante.

No vió aurora más brillante
la humana generación:
El sol de la Redención
que se formó entre dolores,
lanzará eternos fulgores
desde esta Resurrección.





LA ORACION DEL HUERTO

LAS brumas de la noche dolorida
comienzan a extenderse por instantes.
El sol calenturiento
que alumbró las tristezas de la tarde
con rayos melancólicos y tibios,
cual si negro cendal atravesasen,
brillaba con opacos resplandores
ocultando su pena entre los mares.

Se acercaba el momento soberano
en que iba la maldad a consumarse,
para que en ella misma
se borrarán del mundo las maldades.

Jesús, víctima Santa,
de la gran urbe a las afueras sale;
pasa las aguas del Cedrón impuras,
y sus divinos pies con anhelante
y fatigado andar dirige al Huerto
en que su mismo amor iba a entregarle.

¡Oh víspera solemne que preludias
las grandes horas de los días grandes!
Tú encierras el temor o la esperanza
mayores que las propias realidades;
tú das penas o gozos, presintiendo
del dolor o el placer la viva imagen.

Postradas sus rodillas, inclinado
su rostro hacia la tierra miserable,
dirige al cielo la oración más férvida
que pudieron oír jamás los ángeles.
Presa de horrible angustia

y congojas mortales,
de su acerba pasión abarca el alma,
de un golpe, los fatídicos instantes.

Y llueven las tristezas
como flechas de acero, y a raudales
entra en su corazón el de amargura
torrente impetuoso que le invade.

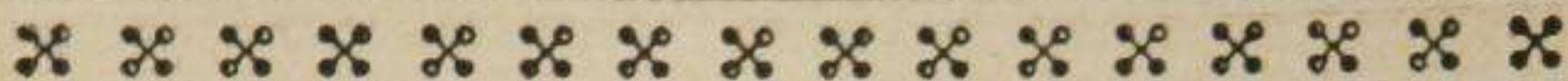
Y se ceban a un tiempo
como lobos rapaces
en sus amorosísimas entrañas
toda la ingratitud de los mortales,
toda la iniquidad y la perfidia
que en los humanos corazones laten.

La vida de Dios mismo
es el precio elevado del rescate;
pero es Hombre también que sufre y muere,
y siente la flaqueza de la carne.
Por eso entre torturas infinitas
con voz doliente se dirige al Padre,

diciendo: «Si es posible,
este cáliz de horror de mí se aparte;
mas no mi voluntad, oh Padre mío,
sino la tuya omnipotente hágase.»

En horrible agonía,
de palidez mortal lleno el semblante,
su oración, más sentida, más ferviente,
prosigue, confortado por un Ángel.
Pero la fuerza del dolor es tanta,
y tantas sus angustias, y tan grandes
las trágicas visiones dolorosas
que su mente circuyen adorable,
que ya del corazón se altera el ritmo,
porque a él afluye la divina sangre
de horror estremecida; y no pudiendo
contenerse en sus vasos naturales,
los rompe, y las sagradas vestiduras
y la tierra y las flores van cuajándose
del cruento sudor que hasta las piedras
embeben con ternuras palpitantes.

Sólo mi corazón recibe duro
las gotas de esa sangre
que, por lavar mis culpas, en el Huerto
comienza a derramarse.



NOCHE DE PASION

LA Ciudad sagrada, de Judea encanto,
se halla por el cielo odiada y maldecida:
no es la que en los siglos adoró al Dios santo,
es la que le mata: la ciudad deicida.

Intima tristeza su ámbito circuye,
justiciero el ángel del dolor la abraza,
que las mismas fuentes del placer destruye
y hasta sus entrañas muerde y despedaza.

Se oyen rumorosas voces de amargura,
vibran en sus aires ecos doloridos,
salen de las almas, presas de tortura,
gritos silenciosos, lúgubres gemidos.

La sin par grandeza de pasados días
en oprobio y ruina su maldad convierte;
cesan en sus plazas risas y alegrías,
reina por sus calles un sopor de muerte.

No la ampara el sueño ni el temor la deja,
que a los tenues rayos que la luz derrama,
con perfil siniestro viva se refleja
la visión horrible del sangriento drama.

Sólo sobre Cristo vienen a montones,
en horripilante escala de estridencias,
todas las infamias, todas las traiciones,
todas las locuras, todas las demencias.

Repartió a los hombres pan de beneficios,
derramó en los pueblos siembra de virtudes,
y le paga el mundo tantos sacrificios
con envenenada hiel de ingratitudes.

Congregó a los suyos, y en convite regio,
de manjar sabroso los nutrió en la tarde;
y uno de ellos, reo de alto sacrilegio,
al llegar la noche le entregó cobarde.

Agoniza su alma; de penar sedienta
las acerbos heces del dolor apura
en aquel que un ángel luego le presenta
horroroso y agrio cáliz de amargura.

Vienen en su busca para hacerle preso;
y del mismo apóstol a quien tanto quiere,
en mentida forma de insultante beso,
con su dardo agudo la traición la hiere.

Hasta sus amigos todos le abandonan;
los que más le quieren, tímidos, perplejos,
si su amor ferviente hasta morir pregonan,
en la noche ocultos, síguenle de lejos.

Hiérenle las peñas que sus plantas pisan;
y doquiera pone sus divinos ojos,
llenos de congoja, con horror divisan
rayos en el cielo y en la tierra abrojos.

Llega ante venales jueces corrompidos;
y entre bofetadas de rencor extremo
oye que le dicen labios fementidos
seductor de turbas, malhechor, blasfemo.

Y el grosero pueblo, a quien el odio abrasa,
con servil bajeza, cínico, insensato,
le conduce a golpes de una en otra casa,
ora ante el soberbio, ya ante el mentecato.

Plebe, sacerdotes, altos personajes
en furor compiten; y sobre él vomita
todos los insultos, todos los ultrajes
con sañuda rabia la Ciudad maldita.

Oye de la inculta, tosca muchedumbre,
repugnante y necia tempestad de agravios
con inagotable, santa mansedumbre,
sin mover siquiera sus divinos labios.

Busca su mirada compasivos seres
en aquella turba de furioses ciega,
y halla que, cobarde más que las mujeres,
¡hasta el mismo Pedro, por temor, le niega!

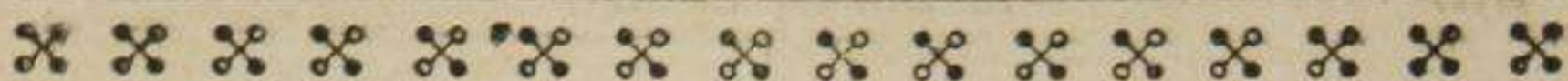
Si hay quien al juzgarle de pasión prescinde
y de su inocente vida certifica,
al clamor rabioso popular se rinde
y a la voz del alma sordo, prevarica.

Crecen los tormentos en la noche aciaga,
brúmanle de azotes bárbaros e impíos,
y el bramar no cesa, ni el rencor se apaga
de los inhumanos, pérfidos judíos.

Es preciso herirle con mayor ofensa;
y de agudas puntas su cabeza ciñen
que, al hacer más honda su aflicción inmensa,
de divina sangre, al penetrar, se tiñen.

¿Cesará el suplicio cuando el sol levante
y las nieblas rompa donde el mal anida?
No; que sale el crimen a la luz triunfante,
y al bendito reo quitará la vida.

Que si el sol su lumbre, de la noche ausente,
niega al homicida pueblo sanguinario,
la echará más tarde, pálida y doliente,
sobre la nefasta cima del Calvario.



A JESUS EN CASA DE CAIFAS

TE encuentro solo, Señor,
solo entre tus enemigos,
que en su rabioso furor
buscan con falsos testigos
tu muerte y tu deshonor.

Cansados ya de insultar
con frenéticos ultrajes,
retíranse a descansar
los insignes personajes
que te hubieron de juzgar.

Mas para Ti no hay descanso.
Compasivos parecieran
si reposo concedieran
a quien, cual cordero manso,
permitió que lo prendieran.

Que duerma, pues, la maldad,
si alguna vez la conciencia
deja que la iniquidad
repose en la soledad
mientras sufre la inocencia.

Hoy, aun estando dormida,
dejar, Señor, no le plugo
su labor interrumpida;
y sustituyó enseguida
a un verdugo otro verdugo.

A la gran perfidia aleve
de la gente principal
sucede el odio brutal
de la encanallada plebe
con instinto criminal.

Son tus guardias, Jesús mío,
que se muestran insultantes,
lentos de valor impío,
cuando vieron horas antes
tu divino poderío.

Permite, Jesús amado,
que yo mis ojos retire
de este cuadro infortunado;
que no es posible que mire
a mi Dios tan maltratado.

¿Pero quién te acompañara
si yo, mi Bien, te dejara
entre esa canalla impía;
ni cómo me perdonara
semejante cobardía?

¿Se necesita valor
para presenciar la escena?
Pues yo lo tendré, Señor,
aunque sienta el alma llena
de vergüenza y de dolor.

Que si es una prueba ruda
para un alma enamorada,
ya me prestará su ayuda,
cuando a tu poder acuda,
tu dulcísima mirada.

Y cuando los estallidos
brutalmente repetidos
de bofetadas groseras
de esos hombres, o esas fieras,
vengan a herir mis oídos...

y cuando la turba infame
postrándose de rodillas
con mofa su rey te llame,
y te escupa en las mejillas,
y el rencor en Ti derrame...

y que le digas pretenda,
tapados con negra venda
tus ojos, quién fué el villano
que te afrentó con su mano
de manera tan horrenda...

y contra Ti disparate
y te insulte y te maltrate,
y te hiera con dicterios
y asquerosos improperios,
y en blasfemias se desate...

entonces veré, Señor,
con el alma compungida,
que es la noche del dolor,
y la noche de la vida,
y las horas del amor.

Entonces, puesto de hinojos,
y herido de compasión,
yo te daré en tu prisión
las lágrimas de los ojos
y el amor del corazón.

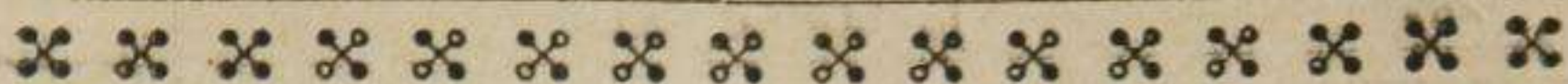
¡Pero, oh Dios, cuál se repiten
esas noches dolorosas
y esas horas afrentosas
en que contra Ti compiten
las obras facinerosas!

Los siglos se amontonaron
después de la noche cruel
en que así te maltrataron,
y en todos te deshonraron
en el mismo pueblo fiel.

Viven aún los personajes
del traidor pueblo judío;
y en odio a Ti, Cristo mío,
aun resuenan los ultrajes,
aun se escucha el vocerío.

De aquella noche resabios,
en las soberbias naciones
hay para Ti siempre agravios,
rencor en los corazones
y blasfemias en los labios.

Por donde quiera que voy
parece, Señor, que estoy
en la casa de Caifás.
Haz, pues hijo tuyo soy,
que no te ofenda jamás.



A JESUS AZOTADO

ESTOY viéndote, Señor,
a esa columna amarrado,
y el corazón, lacerado,
se me parte de dolor.

Tú que vestidura al lirio
das que en las selvas se cria,
padeces en pleno día
de desnudez el martirio.

¿Quién nunca imaginar pudo
espectáculo tan triste:
que Aquél que las flores viste
se hubiera de ver desnudo?

Pero no sólo padeces
la desnudez vergonzosa,
la más grande y oprobiosa
de todas las desnudeces.

Están tus manos atadas,
te encuentro sin libertad.
¿Puede más la iniquidad
en sus empresas malvadas?

Más puede; que gota a gota
su rapacidad felina
quiere tu sangre divina
y horriblemente te azota.

¿Qué más pudiera pedir
la humana ferocidad?
¿ni cómo tanta maldad
se pudiera concebir?

No cabe tanta malicia
en los pechos más livianos.
Quien tiene atadas tus manos
son tu amor y tu justicia.

Mas son hombres, según creo,
sin piedad y sin entrañas,
quien la sangre en que te bañas
sacar de tu cuerpo veo.

Tú que a los hombres dotaste
de entrañas de compasión,
¿sólo en tu acerba pasión,
Señor, se las arrancaste?

Fué menester que eso hicieras
para que así te azotaran
con saña que reprobaran
las más indómitas fieras.

¿Pero Tú, inmensa bondad,
arrancárselas pudiste,
si siempre ejemplos les diste
de encendida caridad?

¡Oh! claramente se infiere
de la razón al imperio,
que aquí se oculta un misterio:
no es el hombre quien te hiere.

Es algo, más que la hiena
cruel, que herirte procura;
es algo cuya negrura
todas las negruras llena.

Es el crimen, mi pecado,
mi delito, mi falsía
quien esa carnicería
forma en tu cuerpo sagrado.

Es mi culpa la que ahora
pone en mis manos crueles
los espinosos cordeles
para azotarte traidora.

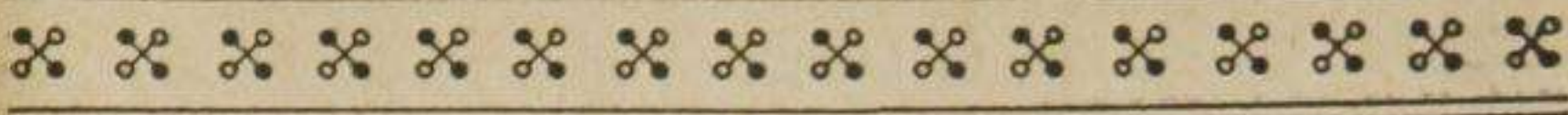
Y de ese crimen nefario
ya no me puedo extrañar;
¿qué no podrá maquinar
verdugo tan sanguinario?

¡Perdón, Dios mío, perdón!
Perdona la infamia aleve
del que a amarrarte se atreve,
azotándote a traición.

Dáme a beber esas gotas
preciosísimas y ardientes
de la sangre que a torrentes
sale de tus venas rotas.

De esos divinos raudales
el dolor en mi alma brote;
y haz que mis carnes azote,
porque son las criminales.





A JESUS CORONADO DE ESPINAS

SOBRE tus sienas divinas
una corona de espinas,
mi Jesús, clavada tienes.
La sangre mancha tus sienas
con sus gotas purpurinas.

¿Quién esas puntas agudas,
enconadas y desnudas
clavó con tanta fiereza,
que por toda tu cabeza
raudales de sangre sudas?

¿No fué bastante, Señor,
que tus carnes azotaran
y tus venas desgarraran,
y con látigo traidor
tu cuerpo martirizaran?

Tú que llevas en tu frente
la corona de los orbes
gloriosa y resplandeciente,
y con diestra omnipotente
el poder del mundo absorbes.

¿Tú, mi Dios, ser coronado
permities con tal afrenta,
tan vilmente denostado?

¿Tú consientes humillado
coronación tan sangrienta?

De oro fueron las coronas
que de la tierra en las zonas
el pueblo puso a los reyes.

¿Y tú, Jesús, por qué leyes,
ya que de ser rey blasonas,

truecas de la majestad
el signo más poderoso
por el fiero y doloroso
que la ingrata humanidad
pone a su Rey amoroso?

Mas no sé cómo me extraña
que el que se vió blasfemado
y escupido y azotado,
sucumbiendo ante mi saña
se encuentre así coronado.

Es para Ti de dolor
el símbolo del poder,
porque así quieres, Señor,
enseñar a obedecer
al rebelde pecador.

Y me quieres enseñar,
viéndote en esa figura
tan triste, a considerar
lo grande de mi locura,
lo inicuo de mi soñar.

Yo apetecí las doradas
coronas que el mundo aplica
sobre frentes laureadas;
y entre las más apreciadas
suspiré por la más rica.

Yo fabriqué un gran imperio
y me coroné su rey
del ensueño en el misterio;
y que era, pensaba en serio,
mi querer, la única ley.

Yo soñé con la diadema,
con la dignidad suprema
que más se acercara a Dios,
y en sueños fui de ella en pos
desde una parte a la extrema.

No hubo encantado palacio
donde yo no penetrara
y como dueño mandara;
ni tuvo el mundo un espacio
en donde yo no imperara.

Fábrica de vanidades
mi cabeza, Jesús mío,
mantuvo por realidades
las eternas veleidades
de mi loco desvarío.

Y tanta fué mi maldad,
tanta mi locura insana,
que, ajeno a toda piedad,
en esta cabeza vana
se fraguó la iniquidad.

Lleno de mundano amor.
miré siempre con horror
las espinas dolorosas;
y suspiré con ardor
por las coronas de rosas.

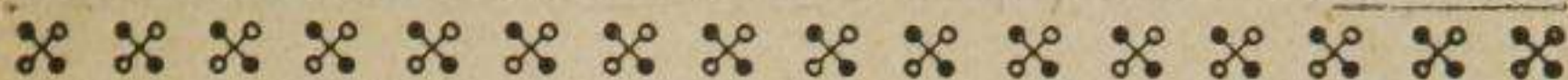
¿Cómo, Rey de los amores,
a perdonarme te inclinas
con tan sangrientos dolores,
a mí cubierto de flores,
Tú, coronado de espinas?

¿Qué hice yo por arrancarlas?
¿qué hacer en tu bien procuro,
Señor, si en vez de llorarlas,
pretende más apretarlas
mi corazón seco y duro?

¿Y cómo esperar de Ti
el perdón de mi vileza,
si en cuanto te conocí,
altamente te ofendí
sin respetar tu realeza?

Pues que yo no te perdono,
traslada sin miramientos
a mi frente esos tormentos;
que en ella tienen su trono
mis rebeldes pensamientos.

Y pues soy el delincuente,
Y Tú, Señor, inocente,
arranca de tus divinas
sienes las duras espinas,
y clávalas en mi frente.



EL PESO DE LA CRUZ

LLEVA el divino Cordero
sobre sus hombros la carga
subiendo con pies desnudos
la cuesta de la montaña.

Quiere subirla hasta arriba;
pero el aliento le falta,
que ya no hay sangre en sus venas,
que ya sus fuerzas desmayan.

El espíritu está pronto
¡ay! pero la carne es flaca;
y aquella carne divina
es carne martirizada.

Quiere llevarla en sus hombros;
pero la cuesta es tan larga...
y es tan pesado el madero...
y la montaña es tan alta...

¿Qué tendrá ese leño infausto?
¿qué llevará en sus entrañas?
¿Es verde y corre por ellas
jugosa abundante savia

BIBLIOTECA PÚBLICA
GÁCERES

que aun no han bebido los rayos
del astro de la mañana?

Lleva, sí, savia maldita,
que es la savia más pesada;
savia abundante de culpas,
y el sol no puede secarla.

Por eso el madero pesa;
y al ponerlo en sus espaldas
le obligará fatalmente
a que una y otra vez caiga.

Tirad, tirad, inhumanos,
de esa sogá que le amarra,
para ver si vuestra víctima
algunos pasos avanza.

Tirad, sayones crueles,
para saciar vuestra rabia,
¿no véis que es mucho su peso
y no puede con la carga?

Llevadla vosotros mismos,
con vuestras fuerzas llevadla...
¡que acaso para vosotros
esa cruz será liviana!

Mas no queráis que la lleve
El que no conoce mancha;
si a lavarlas ha venido,
no puede El mismo llevarlas:
que es el horror al pecado
el que sus fuerzas quebranta,
ni lo aguanta sobre el cuerpo
quien lo aborrece en el alma.

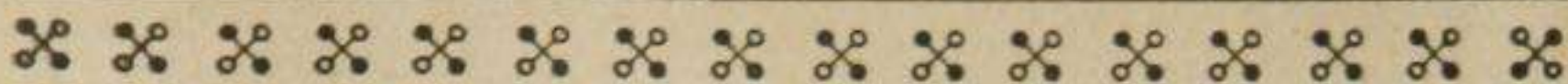
Suba Simón de Cirene
suba la maldita carga,
que Dios no puede con ella,
que es para Dios muy pesada.

Dejadlo que de los mundos
soporte la ingente fábrica,
y que juegue con los astros
que en millones de miriadas
colgó del espacio inmenso
haciéndoles que giraran
al impulso omnipotente
de su diestra soberana.

Pero esa cruz fementida
¡ay! no podrá soportarla,
que la han hecho nuestras culpas
más que los mundos pesada.



BIBLIOTECA PÚBLICA
CACERES



A JESUS CRUCIFICADO

SEÑOR, no niegues tu luz
a las niñas de mis ojos.

Quiero, lleno de sonrojos,
contemplarte en esa cruz
postrado ante Ti de hinojos.

¿Me dices que no la tienes?
¿Que también falta a los tuyos?
¿Cómo!... Dime, aunque me apenas,
que al que me dió tantos bienes
he quitado yo los suyos.

Ya ves si tengo motivos,
Señor, para sonrojarme
de mis crímenes nocivos.
Mas déjame que desarme
tus enojos vengativos.

¿Que no los tienes tampoco?
¡Perdón, Señor!... Estoy loco,
que tan poco se me alcanza.
¿Cómo has de tomar venganza,
si te tienes en tan poco?

¡Cuántas veces te ofendí,
pisé y desobedecí
tus decretos soberanos!
¡Y el castigo de tus manos
cuántas veces merecí!

No me castigas, Señor,
porque están aprisionadas.
¿Cómo han de usar de rigor
contra un pobre pecador,
si las tienes enclavadas?

¿Pero quién fué tan osado?
¿quién, Señor, las ha fijado
en ese duro madero?
¿Me dices, manso Cordero,
que sólo fué mi pecado?

Tan horrenda es mi maldad,
que a tal crimen se atreviera
con cruda ferocidad.

¿Mas cómo lo consiguiera
sin tu misma caridad?

Tú que adviertes la sevicia
de mis hechos inhumanos,
por no herirme en mi malicia,
aprisionando tus manos
encadenas tu justicia.

¿Y habré de seguir pecando,
fiado en tu amor inmenso,
y maldades perpetrando
de tu bondad abusando,
por encontrarte indefenso?

¿Y tu caridad paciente
me hará ser más delincuente
y más ingrato contigo,
como el que sólo se siente
al látigo del castigo?

¿Será tanta mi maldad?
Sí, sí; que se necesita,
para pagar con ruindad
tu infinita caridad,
una maldad infinita.

Señor, tus manos desclava;
siéntate en tu excelso trono;
y si mi maldad no acaba,
en la fuente de tu encono
mis iniquidades lava.

Porque me duele que estés,
preso de manos y pies,
supremo Legislador,
mientras a mí, pecador,
de entrambos libre me ves.

Tus manos libra, y descarga
sus potentes energías
sobre tantas villanías;
más que tu pena me amarga,
te amargan mis osadías.

Pero Señor, no hagas caso
de mi torpe desvarío.
Llevado de mi albedrío
sabes que no doy un paso
sin vacilar, Jesús mío.

Y quieres que por tu amor
y por tus padecimientos
me dirija yo, mejor
que llevado del temor
de los mayores tormentos.

Señor, que yo te bendiga
por amor tan soberano,
que a obedecerte me obliga
cuando se enclava tu mano
más que cuando me castiga.

Que aunque estés en afrentoso
patíbulo ignominioso,
oh Jesús, mi amante dueño,
pareces más poderoso
cuanto te haces más pequeño.

Te has puesto mortal librea,
y de admirarme no acabo.
Pero no está bien que vea,
que el Señor se muestra esclavo
y el siervo libre se crea.

Ata mis manos, Señor,
con las sogas de tu amor;
clava mis pies junto a Ti.
¡Qué dulce es vivir así,
junto al mismo Salvador!

Nunca de Ti me retire,
que quiero verte en la cruz
hasta el momento en que expire.
Déjame, pues, que te mire
y no me niegues tu luz.

✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

«¿LAMMA SABACTHANI?»

LLEVA el divino Cordero
la cruz por nuestros pecados
sin exhalar un suspiro
ni una queja de sus labios.

Con el peso de las culpas
le agobia el madero santo,
y con ellas va al suplicio,
pues morir es necesario.

Es verdad que pesan mucho,
es verdad que pesan tanto,
que tres veces le rindieron
la fatiga y el cansancio,
y tres veces cayó en tierra
su débil cuerpo estenuado
más que por tantos azotes,
por los delitos humanos
que, vampiros rencorosos,
en su cuerpo se cebaron.

Pero luego, de las fuerzas,
que el amor le va prestando,
toma auxilio, y a la cumbre
va subiendo del Calvario,
ese fatídico monte
donde entrega a Dios el ánimo.

Y subió como la oveja
que al sacrificio guiaron,
sin que se abriera su boca
para exponer sus agravios.

Y pone sobre el madero,
dócil, sus pálidas manos,
y ofrece sus pies exangües
al doloroso taladro
con que le fijan, crueles,
a la cruz enormes clavos,
sin exhalar un suspiro
ni una queja de sus labios;
pues no supieron los hombres
suplicios hacer tan bárbaros
que no pudiera sufrirlos
el mismo Dios sin llorarlos.

Ya sufrió el beso de Judas,
sin que el hedor exhalado
por aquella inmunda boca
consiguiera con su hálito
que Dios de salvar al hombre
desistiera, pues tan caro
principiaba ya a costarle,

con un traidor empezando.
Y sufrió las bofetadas
de mil sacrílegas manos,
y recibió las salivas
que el noble rostro afearon
y aguantó las irrisiones,
los insultos, los escarnios,
de aquella plebe soez
ebria de furor insano,
sin un suspiro del pecho,
ni una queja de los labios.

Y recibió humildemente
las burlas y los sarcasmos
nacidos de la malicia
y el orgullo farisáicos,
soportando las preguntas
de aquellos jueces malvados,
mezcladas con los desprecios
de un pontífice inhumano,
de un gobernador cobarde
y de un rey artero y falso.

Y de infame soldadesca
apuró los duros tratos,
recibiendo los azotes
de férreos, crujientes látigos,
y la corona de espinas,
y aquel irrisorio manto
de púrpura, y aquel cetro
que pusieron en sus manos,
sin un suspiro del pecho

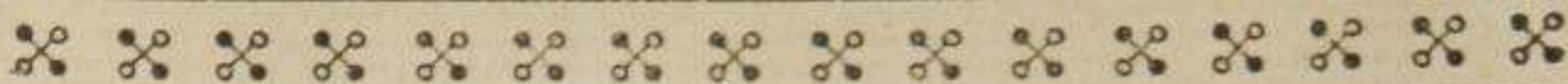
ni una queja de sus labios.

Pero no pudo sufrir
sin que al terror de su ánimo
siguiera una triste queja,
el horrendo desamparo
en que se vió, de su Padre,
en aquel instante aciago.

Por eso dió aquella voz
que los cielos escucharon
y la tierra estremecida,
llenos de pavor y espanto,
aquel «¿Lamma sabacthani?»
que pronunció desde el árbol
de la cruz, aquel «Dios mío,
¿por qué me has abandonado?»

—

Pecadores: en su muerte
nos va Jesús enseñando
a no hacer de los tormentos
de esta vida ningún caso,
pues la dicha y la desgracia
sólo vienen de lo alto.
¿Nos mira Dios? ¡qué felices!
¿nos olvida? ¡desgraciados!...



AL PIE DE LA CRUZ

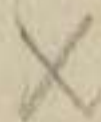
CON toda veneración
llevo una cruz en el pecho
y con frecuencia la estrecho
al lado del corazón.



Oculto a las indiscretas
miradas del vulgo impío,
a ella debe el vivir mío
sus horas mansas y quietas.

Cuando siento que el dolor
me reta a combate rudo,
no tengo a mano otro escudo
ni otra defensa mejor.

Porque a la menor querella
me dice: «Estoy a tu lado;
mas no estás en mí enclavado;
Dios, sí, lo estuvo en aquélla.



Aquella... aquella es la cruz
donde, amargado con hiel,
la luz se ocultó de Aquél
que era el autor de la luz.»

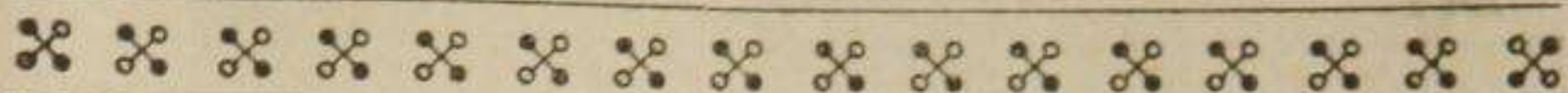
Y repite cariñosa:
«Tú me tienes junto a ti;
mas junto a la Cruz... allí
la Madre, está, Dolorosa.

»Esos son padecimientos,
esos, los grandes dolores
que exceden con sus horrores
a los humanos tormentos.»

Y al hablarme de este modo
la cruz que en el pecho llevo,
a responder no me atrevo
y lo sufro todo... ¡todo!

Porque si el pecho me oprime
la pena que se desata,
no siento el dolor que mata
sino el dolor que redime.

¡Qué pequeña es la cruz mía!
mas en la que Él eligió,
solo Cristo padeció,
y al pie de la Cruz, María.



«PASSUS SUB PONTIO PILATO»

LAS horas de la Pasión
van por instantes llegando.
¡Pero qué negros, qué horribles
y qué odiosos son los pasos
que para calmar sus iras
dan aquellos inhumamos!

Acaso los instrumentos
que en sus carnes se cebaron
no hirieron tanto a Jesús
ni le hicieron penar tanto
como el proceso maligno
que aquellos hombres malvados
le formaron por preludio
del horrendo drama trágico.

Hallar razones pretenden
para poder condenarlo
y las buscan sometiéndolo
de un juicio al simulacro,
a un infame contubernio
de enemigos conjurados,
a un juez que dicte sentencia
cual la pide el populacho,

cual convenga a los escribas
y a los bloques farisaicos.

¿No hay causa? Pues qué mayor
que sus rencores insanos?
Faltan testigos? A cientos
se hallarán testigos falsos.

¡Qué tribunal tan ridículo
y qué tribunal tan malo!
¡qué testigos, qué fiscales,
qué jueces y qué abogados!
Todos buscan grandes causas,
todos hallan graves cargos.

No librará la Inocencia
bien de sus pérfidas manos;
que lo que en ella no encuentren
lo hallarán en sus pecados;
y les servirán de códigos
la licencia y el escándalo
en que hierve a aquellas horas
el traidor pueblo judaico.

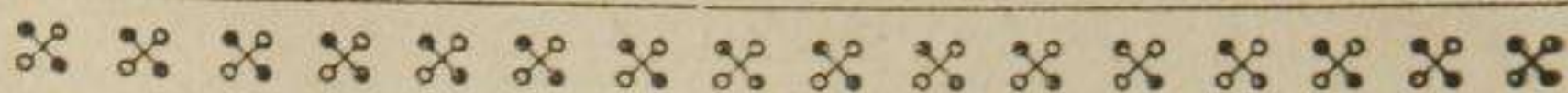
Señor, que lleno de gloria
has de venir a juzgarnos:
¿por qué consientes que juzguen
al Sumo Juez Soberano?
¿por qué escuchas con paciencia
los gritos del pueblo ingrato?
¿Y por qué consientes verte
a Barrabás postergado,
recibiendo los oprobios,
los insultos y sarcasmos

de la plebe fementida
y de sus jefes nefarios?

Ni los sangrientos azotes
que en tu cuerpo descargaron,
ni la corona de espinas,
ni las sogas, ni los clavos
encuentro tan humillantes
como aquel suplicio bárbaro
de juzgarte y condenarte
«entre inicuos reputado».

Muere, Señor, si lo quieren,
así tus designios altos;
brote a torrentes la sangre,
y en tu cuerpo no haya sano
miembro alguno; muere, en fin,
en la cruz por los pecados
de los hombres, si está escrito
que mueras para salvarnos.

Pero no sufras, Dios mío,
no consientas ser juzgado
por tan viles criaturas,
por tan inmundos gusanos:
que son muchos tus dolores,
infinitamente amargos,
para que puedan aún
de esta manera acerbarlos,
y afligir los corazones
y llenarlos de odio santo,
al ver que Jesús padece
¡¡BAJO EL PODER DE PILATOS!!



SANGRE PRECIOSA

LA sangre del Cordero sin mancilla es sangre de mi Dios, excelso y grande, que en casto seno de doncella santa se elaboró por sombras celestiales.

Roja como la púrpura de Tiro,
limpia como las alas de un arcángel,
con toda la hermosura que la tierra
y toda la que el cielo pudo darle,
dió vida al Hombre-Dios, y en movimiento
puso al divino Corazón amante
que en su pecho adorado,
fragua de amor, impetuoso late.

Ya de los mundos que infinitos pueblan
los inmensos espacios siderales,
y de la luz que como antorchas áureas
sobre la etérea obscuridad esparcen,
y del cúmulo ingente de tesoros
en plata y en zafiros y en diamantes
que llevan encerrados, temerosos
de que ajena ambición los arrebate,

si fué grande el valor en otras eras,
ya es mezquino y caduco y despreciable.
Valieron para el hombre, que se engaña;
para Dios nada valen.

Pudo otros mundos ordenar más bellos
y otras esferas componer más grandes
con más piedras preciosas
y con faros de luces más radiantes;
y aun no los apreciara su justicia
de valor estimable
para con ellos redimir al hombre
y de su dura esclavitud librarle.

Solo el gran sacrificio del Cordero
que sobre sí llevara nuestros males,
pudo aplacar a Dios, como si ahogara
la divina justicia con su sangre.

Y del divino cuerpo immaculado
el precioso licor brotó a raudales.
Él lo quiso verter por mis infamias
y lo quiso entregar por mi rescate.

No sé qué admire más, Señor, Dios mío,
lo mucho que a tus ojos mi alma vale,
o ese amor sin medida
que tan sangrientos sacrificios hace.

—

Llevado como oveja al matadero
sin que su boca ni un lamento exhale,
y a sus propios verdugos
Él mismo con su amor anticipándose,

antes que los azotes, las espinas,
los clavos y la lanza se la arranquen,
pródigo y generoso
empieza luego a derramar su sangre.
Era obscura la noche, última noche
que al mundo sepultó en obscuridades;
y antes que el nuevo día,
de eterna y santa luz le iluminase,
huyen avergonzados de sí mismos,
temiendo que esa luz su horror declare,
y vienen sobre el místico Cordero
que por el mundo va a sacrificarse,
los errores que al hombre encadenaron
y le envolvieron en perpetuos males.

Y llovieron sobre él todos los crímenes
y le cercaron todas las maldades
y todas las insidias y rencores
y todas las locuras infernales,
el odio, vomitado del averno,
y la mentira y la traición cobarde
y las ruines pasiones que la tierra
convirtieron en antro abominable.

Y eran poco los siglos que pasaron;
y al mirar por los años adelante,
siniestra nube los divinos ojos
llenó de horror con sus sangrientas faces.
Llevaba en sí la envidia y la soberbia
y la herejía y sacrilegio infames
y la fiera, cruel apostasía,
de negra ingratitude haciendo alarde.

Todos a un golpe, de la Santa Víctima
quieren beber la inmaculada sangre,
que no hay agua en la tierra
que tantas manchas y tan negras lave.

Bebe Jesús, y apura hasta las heces
el cáliz del dolor que le da el Padre
y siente que esas gotas de amargura
por su cuerpo santísimo se esparcen;
y con punzadas de dolor sangriento
entre agonías de la débil carne,
con el taladro de la negra culpa
y el que su amor les da, sus poros abren.

Hallando francas del amor las puertas,
afluye luego la divina sangre,
y comenzó por los abiertos poros
en forma de sudor a derramarse.

—

¿No te basta, Dios mío,
que la tierra se empape
de ese santo licor, y quieres luego
que hasta la última gota se derrame?
Pues deja que tomando humana forma
los humanos delitos, de tus carnes
como fieras hambrientas se apoderen,
como los lobos voraces,
y castiguen en ella sus lascivias,
y con negra crueldad tus venas rasguen.

Y deja que sus negros pensamientos

esas espinas aceradas claven,
y de tu frente, que los mundos rige,
las dulces gotas purpurinas saquen.

Y deja luego que tus manos santas
y tus pies benditísimos taladren;
que bien será que sus torcidos pasos
y su pérfido obrar en ellos pagues.
Mas no dejes, Señor, que ese tu pecho
y ese tu noble corazón desgarran,
que no podré mirarlo, sin que el alma,
en fuerza de dolor, se despedace.

¿Tú lo quieres así? ¡Bendito seas!
pero dame valor para mirarte
y contemplar por un momento solo
la doliente expresión de tu cadáver.

¿Dónde tu sangre fué? Por las heridas
salió a torrentes de tu cuerpo exangüe:
y gota a gota te dejó, Dios mío,
del más fiero dolor viviente imagen.

Deja que entone un fúnebre lamento...
mas no, que un himno a tus victorias cante;
que has triunfado del mundo
conquistándolo a costa de tu sangre.

De ese santo costado se levanta
un árbol poderoso que de él nace;
el árbol de la Iglesia cuya sombra
templada y dulce sobre el mundo cae.

Lleva en sus frutos relicario de oro
con gotas de ese líquido inefable;
y al derramarlas sobre el pecho humano

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

de unos seres terrenos, dioses hace.

Cesó el crujir de la infernal cadena,
cerró sus puertas la horrorosa cárcel;
y el paraíso nos abrió las suyas
para llenarnos de esperanzas grandes.

El sol de la justicia
brilló con esplendores rutilantes,
y el crimen en las cuevas encerróse
dejando a la virtud sus pedestales.

Imperó la verdad, y la mentira
buscó sus nidos en los pechos frágiles,
que quiso hallar valientes defensores
y no pudo encontrar sino cobardes.

Subió al trono triunfante el sacrificio,
el vicio tascó el freno, miserable,
y vistióse de harapos la malicia
cediendo a la inocencia sus ropajes.

El hombre, redimido
se vió de la prisión de sus maldades
y dejó los cubiles de las fieras
y subió a la morada de los ángeles.

Que abrió el amor las puertas de las almas,
y hubo después de las caídas fáciles
contrición en los pechos, y en los ojos
lágrimas de consuelo saludables.

—
Una palabra mágica en los cielos
y en la tierra se oyó por todas partes:

«¡Redención!»... escuchóse en las montañas
y «Redención!»... en los profundos valles.

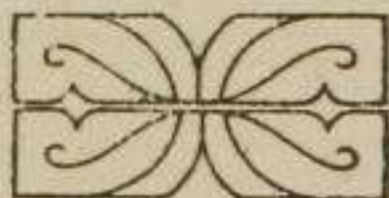
Bendito tú, Señor, que a tanto precio,
a precio de tu sangre,
quieres comprar mi alma
entregándola toda en su rescate.

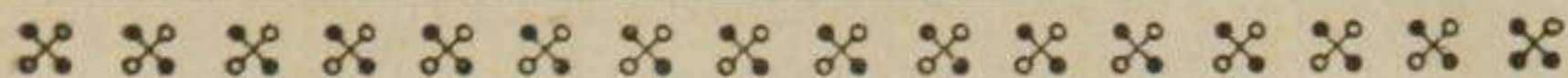
Bendito tú que quieres
que el vino de tu sangre me embriague,
ese vino dulcísimo que mana
de tu pecho adorable,
vino que en su dulzura engendra vírgenes,
vino que con su fuerza inebria mártires.

Dame, oh Dios, una gota que en mi pecho,
tantos ardores terrenales calme
y que en tu amor lo encienda
y que en tu amor dulcísimo lo abrase.

Yo la quiero beber, y tú, Dios mío,
no la niegas a nadie.

Yo la quiero beber, porque es la vida;
y la quiero beber hasta embriagarme.





LA TÚNICA DEL SEÑOR

A los lirios ha robado
su color el terciopelo
para la túnica hermosa
del buen Jesús Nazareno.
Los lirios son en Abril
de los campos ornamento;
y el lirio de la Parroquia
es este Padre tan bueno.

Sus hijos que le aman tanto,
los piadosos cacereños,
le han regalado esa túnica
en que cada cual ha puesto
una flor de las que bordan
las fimbrias del vestimento.

Y le verán orgullosos
con ese vestido nuevo
que estrenará el Viernes Santo
y que tendrá siempre puesto:
que ya ajaron el antiguo,

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

el que otros hijos le dieron,
 el roce de tantas horas,
 el soplo de tantos tiempos.

Y es preciso que Jesús
 guarde también un recuerdo
 de los hijos que vivimos
 en los años que corremos.

¡Qué hermoso estará el Señor
 con la túnica, Él tan bello,
 vestido cual corresponde
 al divino Nazareno,
 al que con flechas agudas
 tiene herido nuestro pecho
 por los filos del amor,
 más cortantes que el acero!

La túnica que crueles
 le arrancaron y protervos
 en la cima del Calvario
 para clavarle en el leño,
 fué de las manos hechura
 de la Virgen sin consuelo
 que ve cómo se la quitan
 entre las iras del pueblo.

La que hoy sus hijos queridos
 sobre su cuerpo ponemos,
 la ha labrado la ternura
 y el ardiente amor intenso
 que le tienen desde niños
 los cristianos cacereños.

Quién se atreverá a quitársela

estas Sevilla
 Buenos

de su santísimo cuerpo
dejando al aire y desnudos
los sacratísimos miembros?

Si nuestro amor hoy le viste,
nunca más le desnudemos
con desamor y perfidia
y con ultrajes sangrientos, X
o con ingratos olvidos
y lacerantes desprecios.

La rica túnica de oro
fué don de nuestros abuelos
que de su espléndido amor X
nos legaron ese ejemplo.
Y hoy decimos admirando
su heroico desprendimiento:
«Queremos mucho a Jesús;
pero aquellos, ¡ay! aquellos...
aquellos sí que le amaban
como los cristianos viejos».

Demos también a los hijos,
y leguemos a los nietos
pruebas de amor no apagado
por la frialdad de los tiempos.
Y cuando los niños de hoy X
ya de los años al peso
se encorven hacia la tierra
y en esta túnica puestos
tengan los ojos, nos pongan
a sus nietos por modelos,
y les digan, de su vida

rememorando el pretérito:

«En esa túnica hermosa
tuvo parte todo el pueblo.

¡Qué amor tan grande tenían
al buen Jesús Nazareno!

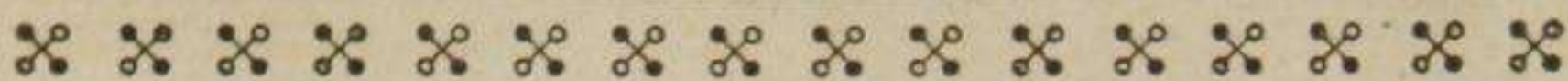
¡Qué procesión tan hermosa!

¡Qué novenario tan bello!

¡Cómo honraban al Señor!

¡Qué buenos eran, qué buenos!»





TÚ REINARÁS

SOVERANO Hacedor del firmamento,
árbitro de los orbes y monarca,
que tienes en tus manos el cimiento
de cuantos mundos la creación abarca;

Tú que los cielos sometiste a leyes,
eterno Ordenador, Dios poderoso,
de quien reciben su vigor los reyes,
sin quien la tierra es caos tenebroso,
perdóname que osado las grandezas
de tu realeza sobre el hombre cante;
es la mayor de todas tus realezas
la de tu tierno Corazón amante.

Rey que de siervo por amor se viste,
que deja de su solio las alturas,
y que baja a vivir la vida triste
de pobres humildísimas criaturas;

Rey que del mundo no gustó placeres
y de amarguras se miró abrevado;
que dió, manso Cordero, sus poderes
para que en Él cebárase el pecado;

**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**

Rey que sufrió por cetro débil caña
en sus manos potentes y divinas,
y que en sus sienes soportó la saña
de corona agudísima de espinas;

Rey que llevó sus altas caridades
a dar su vida del rescate en precio,
tomando como tuyas las maldades
del hombre loco, criminal y necio;

Rey que al impulso del amor sublime
hace su carne pan de eterna vida;
y del hambre del alma nos redime
dándose Él propio en celestial comida;

Rey que, más que nos manda, nos corona,
y de ese modo paternal gobierna,
y que una vez y cien y mil perdona,
es el Rey grande de la gloria eterna.

Y el que este imperio de inefable trato
ejerce, con más visos de homenaje,
¿hallará entre los suyos un ingrato
que se niegue a rendirle vasallaje?

Sólo en el reino y en el santo nombre
de Jesús, nuestro Dios, la paz se encierra;
y sólo el cielo anuncia para el hombre
de buena voluntad, paz en la tierra.

Aquellos mismos que ante el Dios presente
viven, ciegos, en torpes extravíos,
aprenden de los sabios del Oriente
que hay un nacido Rey de los judíos.

Y los que al Rey en Sión ayer reciben,
ebrios de gozo en su conciencia buena,

son los que a gritos hoy su muerte piden
porque el odio sus almas envenena.

Así en los tiempos, hombres y naciones
acatan o combaten tu reinado:
nutre a un lado el amor los corazones,
y los mantiene el odio al otro lado.

Pero Tú reinarás; hay en el mundo
de amor y de justicia anhelo eterno;
y en tu reinado, próspero y fecundo,
de justicia y de amor es tu gobierno.

Tú reinarás, Señor; nadie se excluya
de domar su cerviz en tu presencia.
Toda la tierra posesión es tuya;
se te han dado las gentes por herencia.

Y si al Eterno Padre darte plugo
la autoridad del uno al otro extremo,
¿quién podrá altivo sacudir tu yugo?
¿quién, disputarte tu poder supremo?

Tú reinarás; los justos te proclaman,
de los que eres salud, aliento y vida;
y hasta los pecadores Rey te llaman
con las voces del alma adormecida.

¿Quién podrá presumir de independiente?
¿Rechazan tu dominio soberano?
Pues no tendrán un Padre providente,
mas no se librarán de algún tirano.

Buscar es loco sociedad honrada
sin respeto a tu ley, Jesús bendito.
Es verdad ahora y siempre demostrada:
donde no reinas Tú, reina el delito.

Los que sólo en tu reino ven pesares
y la sangre vertida de tus venas,
no ven que se hunden en profundos mares
de sangre impura y de terribles penas.

Tú reinarás. «Cuando exaltado fuere
de la tierra,—Señor, Tú lo dijiste—
todo a mí lo traeré.» Tú harás que impere
tu Corazón en todo lo que existe.

Reinarás en mi patria y sus regiones,
y en todos sus honrados municipios.
Tú eres el Rey y el Dios de las naciones
que hallan su bienestar en tus principios.

En mí reinas, Señor, el más humilde
vasallo pobre y fiel de tu reinado;
haz que no me separe ni una tilde
de tu sagrada ley, Jesús amado.

Si hay quien huye de Ti por cobardía,
porque en tus pies y manos ve las llagas,
siguiendo yo tu dolorosa vía,
más con dolor que con placer me halagas.

Todo sin Ti, mi Dios, me causa hastío.
Triste será vivir de esa manera.

¿Oh, si Tú no reinaras, Jesús mío,
¿quién en mi corazón reinar pudiera?

X



MATER DOLOROSA

SOBRE aquel monte traidor
 con llanto desolador
 llora la Madre de Cristo.
 ¡Pobre mujer! ¡No se ha visto
 dolor como su dolor!

Ablandáranse las fieras,
 que piadosas y ligeras
 a María acompañaran,
 si en sus hondas madrigueras
 los sollozos escucharan.

X

¡Pobre Madre! Su pesar
 es profundo como el mar;
 su pena es desgarradora.
 ¿Cómo podrá no llorar
 si todo en su torno llora?

X

Gime de dolor el viento;
con choque duro y violento
se despedazan las rocas,
y el dolor sus voces locas
vierte por el firmamento.

En la densa obscuridad
que extiende por la Ciudad
las negruras de su manto
tiene su reino el espanto
y su amparo la maldad.

Todo es horror y pavora
sobre la tierra. Natura
tiembla, grita y se estremece
viendo que su Dios padece
y muere por su criatura.

Y junto al leño pesado
del que el Hijo está pendiente,
la Madre que a luz le ha dado
la pena más grande siente
que en el mundo se ha llorado.

Nunca vió tan hondo duelo
el cadavérico suelo
de aquel fatídico monte;
ni halló tan airado al cielo
ni tan triste al horizonte.

¡Es madre... débil mujer...
y en su corazón, al ver
aquellas hondas heridas,
se colmaron las medidas
del humano padecer.

¡Pobre Madre! ¿Y yo me aflijo
porque mis dolores crecen?
Si allí la vista dirijo,
al verla al pie de su Hijo
mis penas se empequeñecen.

¡Cuántas veces al Señor
la furia de mi dolor
me llevó en ardientes quejas,
diciendo: «¿por qué me dejas
»y no escuchas mi clamor?»

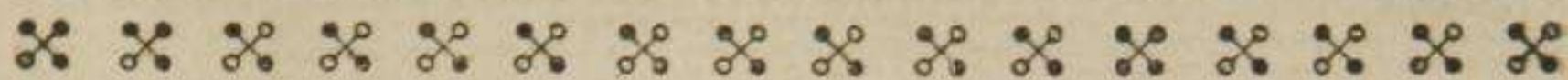
»Si no vienes a amansar
»las penas de mi vivir,
»¿de dónde podré sacar
»lágrimas para llorar
»y fuerzas para sufrir?»

Pero al ver en este día
tu amargo llanto, oh María,
y al medir ese hondo duelo,
mi dolor es un consuelo
junto al tuyo, Madre mía.

Por eso cuando a diario
cébanse en mí los enojos
de la tierra, y sus abrojos
me punzan, hacia el Calvario
elevo mis tristes ojos.

Y no puedo sin horror
en aquel monte traidor
ver a la Madre de Cristo.
¡Pobre Madre! ¡No se ha visto
dolor como su dolor!





LA PATRONA

A LA VIRGEN DE LA MONTAÑA EN LA DECLARACIÓN
CANÓNICA DE SU PATRONATO



VIRGEN pura, dulce miel de mis amores,
Iris bello que mantiene mi esperanza,
cuando en medio de las olas sin bonanza
voy cruzando de la vida el triste mar:

da dulzuras a mi boca de tu boca,
da sonrisas de tus labios a mis labios:
—tus dulzuras y sonrisas los agravios
me harán pronto de los hombres olvidar.—

Da a mi voz un suave acento melodioso;
y en torrentes de melífica armonía
se desate mi garganta, dulce y pía,
pregonando las grandezas de tu amor;

de tu amor ardiente y puro, como el beso
que las auras dan amantes a las flores;
de tu amor, hermoso rey de los amores
que disipa las negruras del dolor.

De los fieles moradores de tu pueblo
llega el eco de las voces a mi oído,
llega el himno más sonoro y más sentido
que en el fuego sacrosanto me hace arder.

Y al sentirlos, mis entrañas se enardecen
y mi pecho se derrite y se quebranta.

¡Quién pudiera en tus altares, Madre Santa,
las más puras oblaciones ofrecer!

¡Quién pudiera no perder de sus miradas
la visión encantadora de tu ermita
donde habita tu Realeza, donde habita,
con envidia de las rosas del Abril,

esa Rosa que admiramos en la altura
refrescada por un nimbo de albas nubes,
apostada sobre trono de querubes
y arrullada por el céfiro sutil!

La blancura de tu casa, siendo niño,
desde lejos exaltó mi fantasía;
y a mis ojos inocentes parecía
bello cuadro de la mística Sión,

que tocando el limpio azul del firmamento,
me indicaba las regiones de la vida;
de la vida que llevaba yo esculpida
en el fondo de mi tierno corazón.

Y por eso ni el bullicio de los hombres,
ni el trabajo sin cesar en los talleres,
ni esa vida de quietud y de placeres
que rodaba ante mi vista en la ciudad,

me llegaron tanto al alma, como aquella
gran visión de tu precioso Santuario,

donde tienes colocado tu Sagrario,
como trono de tu excelsa caridad.

Yo gusté tus cariñosas dulcedumbres.
Cuando en medio de este mundo miserable
me quemaba las entrañas implacable
sed de amores que en mi espíritu sentí,
anhelante de las frescas aguas puras
que brotaban cristalinas de tu fuente,
a beberlas en mi edad adolescente
presuroso como el ciervo yo subí.

Jadeante, con el peso de las penas,
con el fuego del rubor en las mejillas,
con las ansias de mi pecho, mis rodillas
a tu vista dulce y célica doblé.

Yo no sé lo que te dijo mi ardimiento;
pero en esa mi batalla recia y ruda,
Madre mía, si mi lengua estuvo muda,
con el alma tú bien sabes que te hablé.

Como sé que con palabras tú me hablaste
que mi lengua no conoce; pero el alma
las oyó como preludios de la calma
que en mi espíritu empezaba a resurgir;
con palabras que energías y dulzuras
a mi pecho pusilánime llevaron;
con palabras que al momento disiparon
las tristezas y congojas del vivir.

Cuando luego la mansión de los mortales
contemplé desde la altura de tu sierra,
¡qué pequeñas las grandezas de la tierra,
¡qué mezquino parecióme su valor!

Un ambiente saturado de vapores
de miseria rodeaba a las criaturas,
y ese ambiente no llegaba a tus alturas:
a tu lado respiraba yo mejor;

como siempre yo respiro, si mi alma
brisas puras de la vida necesita,
de las dulces auras frescas de tu ermita
impregnadas del aroma de tu altar.

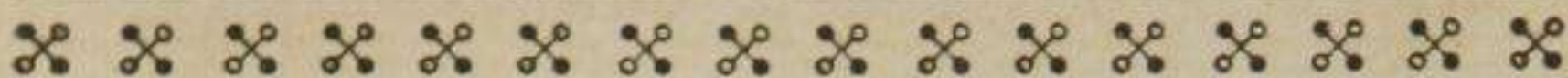
Que no en vano serás siempre, Virgen bella,
Iris dulce que alimenta mi esperanza,
cuando en medio de las olas sin bonanza
cruzo triste de la vida el turbio mar.

Y por eso si el Pontífice Supremo
con su voz autoritaria te pregona
de tus hijos cacereños la Patrona,
por Patrona yo te quiero a Tí tener.

Dime, Madre, mientras mando cariñoso
a tus fieles, noble hijos, mis albricias:
¿Qué haré yo para que pueda las delicias
de tu augusto Patronato merecer?

Da consuelos o congojas a mi pecho,
da a mi boca dulce miel o amargas hieles,
si en tus gozos o en tus penas más crueles
fiel amante quieres siempre ver en mí.

Yo enmudezco, si Tú quieres que enmudezca;
y si quieres que te cante, Tú me inspira;
y haz que salten los pedazos de mi lira,
si no suena, Madre mía, para Tí.



ANHELOS

A NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE
ANTES DE MI VISITA

No me he puesto, madre mía, de rodillas a tus plantas en el noble Santuario que los siglos de la fe levantaron ardorosos a la Reina de las Santas para gloria de la tierra que pisaste con tu pie.

Pero el alma, peregrina, dirigióse cual paloma con las alas que prestóle su ferviente adoración, y voló sobre las cumbres divisando aquella loma que sostiene con orgullo tu magnífica mansión.

Yo miré, con esos ojos con que el alma sola mira, de las moles gigantescas la imponente majestad, el insigne monumento que en la falda de Altamira los recuerdos nos evoca de los hombres de otra edad;

de los hombres que pusieron en el templo sacrosanto tan hermosas creaciones de belleza y esplendor; que vivieron protegidos por la sombra de tu manto consagrados a la ciencia de tu culto y de tu amor.

Y esa ráfaga brillante que las cosas ilumina
cuando ahuyenta las tinieblas del relámpago la luz,
me hizo ver la tierna historia de la Madre tan divina
que Dios mismo nos legara desde el leño de la Cruz;

esa historia que compedia cuanto tiene nuestra historia
de heroísmo y de virtudes, de grandeza y de poder,
que refresca en sus anales la gratisima memoria
de los buenos españoles que quisiste enaltecer.

En hilera interminable desfilaron por mi mente,
cual fantasmas prodigiosos de otro tiempo que pasó,
los que dieron a tu templo la riqueza sorprendente
que en las alas de la fama por los ámbitos corrió:

los prelados de Sevilla que tu imagen venerable
del pontífice Gregorio recibieron con placer,
como don de sus mercedes y tesoro inestimable
que la España de Isidoro pudo ufana merecer;

los devotos hispalenses que con carga tan preciosa,
ya rendidos al empuje del fanático musulín,
escaparon del alcance de su mano victoriosa
y ocultaron el tesoro de su vista y su alma ruín;

el vaquero a quien un día, para gloria de la España,
con tu célica presencia te dignaste regalar,
descubriéndole la joya que librara de la saña
de los hijos del desierto a los hijos del altar;

aquel rey que victorioso sobre el lecho del Salado,
del botín de la victoria, como prenda de su amor,
te escogió lo más selecto, te llevó lo máspreciado,
que no fuera agradecido si no diera lo mejor;

el que hirió del bravo turco, de los mares con espanto,
la otomana fortaleza, la selvática cerviz,
y una lámpara votiva desde el golfo de Lepanto
trajo a arder ante tus aras, como el hombre más feliz;

el mayor de los valientes, el honor de Extremadura,
gloriosísimo caudillo y esforzado general,
que olvidado de los suyos, en amarga desventura,
sólo tuvo en su agonía tu consuelo maternal;

y esa pléyade incontable de guerreros y de ascetas,
y de reyes y de sabios de la patria gloria y prez,
de letrados y de artistas, de dulcísimos poetas,
que celosos de tu nombre te ensalzaron a una vez...

desfilaron cual visiones que mi mente conocía,
con semblantes encendidos de patriótico arrebol,
con sus pechos abrasados en el fuego de María
y los bríos indomables del intrépido español.

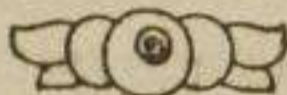
Y de pronto un cierzo helado que el calor de mis entrañas
apagó, y quitó sus fuerzas y su ritmo al corazón,
me hizo ver el ruin destino reservado a las Españas
por buscar su gloria lejos de tu mística mansión.

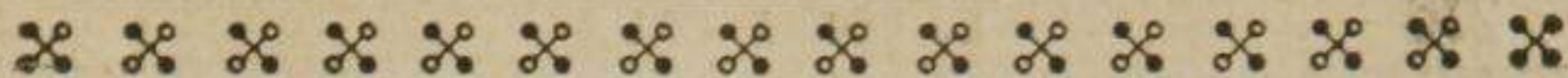
Un violento torbellino del alcázar de mis sueños
arrojóme despiadado y en el suelo me sentí.
¡Si por Ti tan grandes fuimos, ahora somos tan pequeños
porque no bebemos vida de la vida que hay en Ti!

De otro mundo, de otra raza nos hicimos los señores
dirigidos por la diestra de tu amor y tu bondad,
y perdimos ese mundo por infames desertores,
por cobardes, entregados al pendón de la impiedad.

¡Locos, locos, Madre mía! Mas depón ya tus enojos;
libra a España del abismo do la lleva su furor;
vuelve, vuelve hacia mi patria compasiva esos tus ojos
y la sombra nos ampare de tu manto protector.

¡Que resuene en Guadalupe, que se extienda la vibrante
voz del alma dolorida que nos lleve a pelear,
y corramos valerosos tras el lábaro triunfante
las heridas de la patria por tu nombre a restañar!





HIJO, VASALLO Y AMANTE

A LA VIRGEN DE LA MONTAÑA EN EL DIA
DE SU FIESTA

SEÑORA: Me siento mudo
cuando voy a dirigirte
mi cariñoso saludo,
pues no sé cómo decirte
cuando a tus plantas acudo.

Pero no quiero callarme,
aunque palabras no tenga
para poder expresarme;
óyeme como convenga,
pues tú sabes escucharme.

Aun sin hablarte me entiendes;
y en mi silencio comprendes
lo que no dice la boca;
siempre que hablarte me toca,
de mí propio me defiendes.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

En Ti, Santa Virgen mía,
de tus hijos están fijos
los ojos en este día;
y el corazón de tus hijos
hoy rebosa de alegría.

Tú eres Madre, Reina y Dama;
con triple cetro de amor
hoy tu cariño ~~no~~ llama. *me llama*
¿Quién en tu amor no se inflama,
ni se siente trovador?

Por eso lanzo mis trovas
sin arte para cantarte.
¿No basta sólo el amarte?
Si Tú el corazón me robas,
¿para qué me sirve el arte?

Oiga mi Madre querida
pronto mi cantar primero
en que va mi ser entero:
no hay otro amor en la vida
tan grande y tan verdadero.

Santa fué la que perdí,
que Tú me diste en la tierra
por que velara por mí;
si algo bueno en mí se encierra,
de sus pechos lo bebí.

No fué pequeña mi suerte
de no perder la esperanza
sobre el mundo con su muerte,
pues su mejor enseñanza
fue enseñarme a conocerte.

Oiga después mi cantar
la excelsa Reina y Señora
que el alma sabe inundar
de resplandores de aurora
y efluvios de bienestar.

No hay sobre el mundo visible,
fuera del de Dios, un trono
tan alto y tan accesible,
ni Reina tan sin encono
ni corazón tan sensible.

Llegue también mi canción
a la Dama más graciosa
y esbelta de la creación,
que con su llama amorosa
enciende mi corazón.

Las que en terrenos amores
los corazones agitan
con visos deslumbradores,
son flores que se marchitan
entre llantos y dolores.

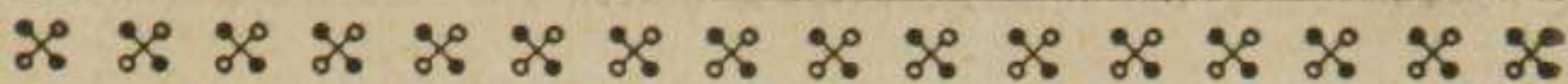
Mas Tú eres dama de eterna
y angélica donosura,
de la más regia hermosura
que el Señor que nos gobierna
colocó en una criatura.

X
Por eso en este tu día,
Dama, Reina y Madre mía,
en Ti están los ojos fijos,
con singular alegría,
de todos tus buenos hijos.

X
Nada tu esplendor empaña;
Tú eres Madre que no muere;
oh Virgen de la Montaña,
y eres Reina que nos quiere
y Dama que nunca engaña.

Así te vió el cacereño
con el semblante risueño
de su inocente niñez,
y así te ve en su vejez
como celestial ensueño.

Yo también, que así te veo,
gozoso a tus pies acudo.
Recibe, pues, mi saludo;
que si no hablo cual deseo,
no quiero ante Ti ser mudo.



MI OFRENDA

A LA SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE
EN MI VISITA

LLEGÓ por fin, Señora, llegó el dichoso día
signado por el dedo de Dios al alma mía,
y oculto entre las brumas de ignoto porvenir.
Llegó el feliz instante por mí tan suspirado,
objeto de mis ansias eternas del pasado,
anhelo de mis horas, sostén de mi vivir.

¡Qué fuera de la vida, mi Dios, sin las dulzuras
que vierte la esperanza risueña en las oscuras
misérrimas y tristes mansiones del dolor?
¿Y cómo es en el mundo posible la esperanza,
si el pobre no la busca, si el triste no la alcanza
bebiéndola en las fuentes divinas del amor?

Tu amor, oh Madre Virgen, llenándome de alientos,
me puso en la garganta tiernísimos acentos,
y un día yo tus glorias de lejos ensalcé.
Los ojos de la carne no vieron tu morada;
mas yo vi tu grandeza sublime y no igualada
según me la pintaron los ojos de la fe.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

Dijéronme que el mundo no vió florón tan bello
como éste, que semeja vivísimo desteillo
robado por el arte del sol del ideal;
que el genio que, atrevido, labró tu Casa santa,
no hallando en el humano soñar grandeza tanta,
copió su gran belleza de un sueño celestial.

Y yo, que vivo en sueños las horas de mi vida,
mil veces con tu Casa soñé, Madre querida,
quemándome en ardores de verte en tu mansión.
No más en Babilonia los hijos de Judea,
secándose sus ojos, cautivos de Caldea,
gimieron por la vista del templo de Sión.

Pero hoy aquí me tienes; mis ansias se calmaron;
mas no sé si mis sueños antiguos terminaron
o es ahora cuando empiezan, al verme junto a Ti;
que no he gozado instantes tan dulces y halagüeños;
y tanta maravilla no cabe más que en sueños.
¡Mi madre! di si sueño, o estoy despierto aquí.

¡Qué cerca está la gloria, si no es la gloria misma
la vista de este alcázar divino, en que se abisma
el alma ante opulencias que apenas concibió.
El hombre, embebecido, cantarla nunca supo;
ni en corazón humano placer tan grande cupo,
y no lo oyó el oído, y el ojo no lo vió.

Señora, si en la tierra tan bellas cosas caben,
si míseros humanos un trono hacerte saben
de tal magnificencia, de tal sublimidad,
¡qué grande será el trono que un Dios omnipotente
formó para que el cielo rindiera eternamente
sus altos homenajes a tu alta santidad!

Y si ahora nuestras almas, gozando tus caricias,
se anegan en un piélago de plácidas delicias,
y sienten, al dejarte, las penas del morir,
¡qué gloria será el verte de estrellas coronada,
bebiendo de tus ojos la férvida mirada,
gustando las dulzuras eternas del vivir!

Felices hoy mis ojos que llenan sus pupilas
de mágicas visiones, serenas y tranquilas
que vierten oleadas de célico dulzor.
¡Qué triste y doloroso me fuera nunca verte,
sentir correr los años, sentir llegar la muerte
sin ver en tu morada la gloria del Señor!

Mas no alzan este templo las piedras seculares
cortadas en robustos, artísticos sillares
que forman la amplia moie que el ojo absorto ve.
Lo hicieron y sostienen tus grandes amadores
con arcos de entusiasmo, con bóvedas de amores,
con piedras de canteras del campo de la fe.

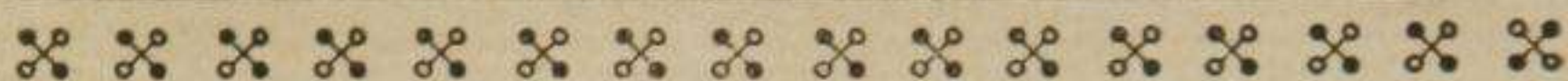
Percíbense aquí dentro rumores de oraciones,
sollozos y plegarias de cien generaciones,
y gritos de alegría, gemidos de pesar,
promesas que entrevieron manojos de esperanzas,
latir de corazones, eternas alabanzas,
y voces que tus glorias no cesan de cantar.

Pusiste en esta Casa tu trono de bondades,
venero sacrosanto que a reyes y ciudades
mostró, y al pueblo todo, tu gran solicitud,
cediéndoles a cambio de humildes sacrificios
la miel inagotable de dulces beneficios
que paga con sus votos la humana gratitud.

Y yo que tus favores recibo en este día,
¿con qué podré pagarte, oh Reina y Madre mía,
las muestras singulares de tu predilección?
Señora, nada digno de Ti, que valga, tengo.
Mejor que yo lo sabes. Por eso sólo vengo
a darte lo que es tuyo: mi pobre corazón.

En cambio de una ofrenda tan mísera, te pido
que nunca de mi pecho te entregue yo al olvido;
y que antes de olvidarte, me olvide yo de mí;
que siempre, oh Madre, seas la aurora de mis sueños,
que sólo en Ti mis días encuentre yo risueños,
y todas mis dulzuras las tenga junto a Ti.





HIMNOS A NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

I

SALVE, Señora de Guadalupe,
Perla divina de Extremadura,
Rosa fragante, cuya hermosura
Nos embelesa con su primor:

Con el Vicario de Jesucristo
Patrona excelsa te proclamamos
Y madre augusta te saludamos
De esta bendita tierra de amor.

A los acordes de nuestras liras
Hiendan los aires nuestras canciones,
Rompan sus ecos los corazones,
Vibre en las almas tu amor sin fin.

De ese tu nombre dulce y sagrado
Las alabanzas doquier resuenen,
En arpas de oro los orbes llenen,
Y se oigan de uno al otro confin.

Que al proclamarte la Extremadura
De sus destinos regia Patrona,
Sobre tus sienes rica corona
De oro y de perlas ha de labrar;

Para que el mundo sepa envidioso
Que Tú eres, siempre Virgen bendita,
La dulce Madre, la Morenita
Que nos fascina con su mirar.

II

CORO

Cantemos, extremeños, a la ínclita Patrona,
Que Madre esclarecida de España siempre fué;
Tejamos a sus sienes espléndida corona
Do brille eternamente la luz de nuestra fe.

ESTROFAS

Sacuda su letargo la hermosa Extremadura;
Despierte de su sueño y eleve el corazón,
Mirando enardecida la estrella que fulgura,
Su luz resplandeciente vertiendo en la región.

Tú diste, Madre mía, valor a nuestros Reyes;
Por Ti la media luna pudimos abatir.
Tú fuiste en otro tiempo la luz de nuestras leyes,
La estrella que llevónos un mundo a descubrir.

En nuestro santo anhelo tu gracia nos asista;
Inflame nuestras almas tu ardiente caridad,
Y empiece en Guadalupe la heroica reconquista
Del Lábaro que artera nos roba la impiedad.

III

Guadalupe es nuestro encanto,
Aquí está nuestra Patrona,
Y la fama la pregona
Dulce Madre del amor.

Acudamos sin tardanza
Presurosos y rendidos,
A entonar agradecidos
Mil canciones en su honor.

Tú eres faro, tierna Madre,
Que las almas ilumina;
Tú la estrella matutina
Que nos guía al despertar;
Tú el honor de nuestro pueblo,
Tú la fuente de dulzura,
Tú la prez de Extremadura
Que te aclama sin cesar.

Mira cómo el fiero averno
Nos persigue con su saña.
Salva, Madre, salva a España,
No la dejes sucumbir.

Que a la sombra y al amparo
De tu amor y tu realeza,
Recobrando su grandeza,
Sólo quiere en Ti vivir.

IV

A la lucha la Virgen nos llama.
¡A la lucha! ¡Vencer o morir!
Que no es hombre el que olvida a su dama,
Ni merece con honra vivir.

Nuestra dama es María, extremeños;
Guadalupe su alcázar de honor,
Si queréis del alcázar ser dueños,
Defendedlo con vuestro valor.

A la lid el contrario se apresta.
Si queréis derrotarle en la lid,
La bandera tened siempre enhiesta,
Y el auxilio a María pedid.

Guadalupe será el Covadonga,
De guerreros moderno plantel;
Y la Virgen las filas disponga
Para dar la batalla al infiel.

En las aguas de un nuevo Salado
La victoria podremos cantar,
Que la Virgen está a nuestro lado
Y no es dable del triunfo dudar.

¡Gloria, gloria a la excelsa Patrona!
Extremeños, bruñid el arnés.
No lo empañe jamás quien blasona
De hijo fiel de Pizarro y Cortés.

V

Resuenen acordes del arpa sonora
Las cuerdas sublimes, y en célico son
Entonen mil himnos a Nuestra Señora,
Patrona adorada de nuestra región.

En Tí, Guadalupe, mansión peregrina,
Jardín de la tierra, florido vergel,
Do puso la Virgen su planta divina
Para honra del pueblo católico y fiel.

En Tí los suspiros del alma extremeña
Se eleven en trovas de tierno sentir,
Cantando a María, que amante y risueña
Derrama en los hombres la paz del vivir.

Afine en su obsequio la lira el poeta
Y en carmen sentido le diga su amor;
De hermosos colores de luz la paleta
Celoso, en su gloria, recargue el pintor.

En dulces gorgoros la canten las aves
Que pueblan el bosque y ameno jardín,
Vertiendo en sus notas arpegios suaves
Que alegran el uno y el otro confín.

La canten los ríos, los valles, las fuentes,
La brisa apacible y el recio huracán,
Las grandes llanuras, las altas vertientes
El monte apagado y el ígneo volcán.

VI

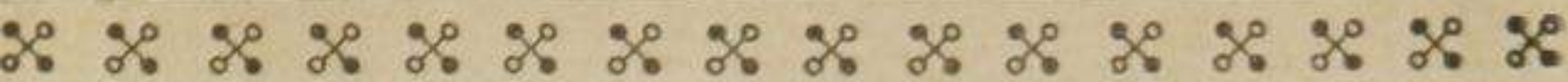
En tu templo, Madre mía,
Nos unimos con ardor,
Para darte, Virgen pía,
Nuestra vida y nuestro amor.

Que eres Patrona
De Extremadura,
Su gloria pura,
Su dulce bien;
Y en los embates
Del enemigo
Tiene contigo
Firme sostén.

Es la sierra del Altamira
El imán de la región;
Y por eso, si la mira,
Se le escapa el corazón.

Que Guadalupe
Nos avasalla,
Y es la muralla
De nuestra fe;
Y el extremeño
Que te visita,
Virgen bendita,
La gloria vé.

Venid, venid,
Que la Virgen nos promete
Ser escudo en nuestra lid.



ROSA DE LOS MONTES

A NUESTRA SEÑORA DEL CAMPO, PATRONA
DE ALISEDA

*Para mis primeros feligreses
que tanto quieren a su buena
Madre.*

REINA del monte adorada,
primorosa flor del Campo,
bella como la alborada,
blanca y pura como el ampo
de la nieve inmaculada;
Rosa de la serranía,
del frondoso bosque orgullo,
que en tus manos, casta y pía,
llevas el fresco Capullo
que es tu amor y tu alegría;
¿Cómo en Ti no ha de soñar
mi imaginación inquieta?
¿cómo no te he de cantar,
si me siento más poeta
tu morada al vislumbrar?

Y aunque mi pobre canción
en sí no tenga otra cosa,
Tú sabes que lleva el don,
Madre tierna y amorosa,
de todo mi corazón.

De tu casa en las alturas
Tú las dichas más seguras
me diste, Madre querida;
Tú las mayores dulzuras
que gusté en toda mi vida.

Junto a Ti gocé las horas
más dulces y halagadoras
que corrieron sobre mí;
y las más encantadoras
a tu lado las viví.

¡Oh qué pomposa belleza
del monte entre la maleza
derramó, Virgen bendita,
la fértil naturaleza
alrededor de tu ermita!

¡Cómo el alma se satura
de poesía en ese ambiente
que te besa reverente!
¡cuántas cosas, Virgen pura,
ve a tu lado, y oye y siente!

¡qué gratos y embriagadores
los aromas campesinos
de humildes rústicas flores
que crecieron entre espinos,
sus amantes protectores!

¡qué armoniosos, qué suaves,
qué llenos de sentimiento
los hondos silencios graves
que rompe el melifluo acento
salmódico de las aves!

¡qué animada compañía
en la augusta soledad!
¡qué eterna tranquilidad
junto a la sierra bravía
sin humana sociedad!

El espíritu se lanza
desde el monte solitario
en alas de su esperanza
hacia el bien que en lontananza
divisa en tu santuario.

Por eso tus hijos buenos,
salvando montes amenos,
a Ti cariñosos llegan,
y de amor sus pechos llenos,
en tu ermita se congregan.

Saben que si hay en la tierra
quien humanas dichas halle,
tiene que cruzar la sierra,
y buscarlas en el valle
delicioso que te encierra.

En Ti, su Madre clemente,
buscan el mejor consuelo,
y te hacen su confidente;
y es, estando Tú presente,
para ellos la tierra un cielo.

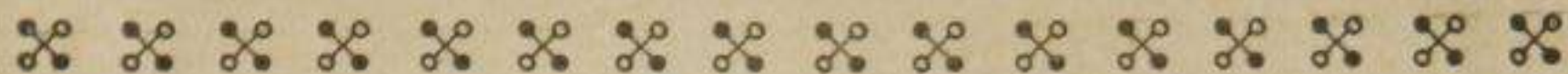
Tristes, sus penas te lloran,
su gozo, alegres, te dicen;
te dan gracias y te imploran;
y siempre humildes te adoran,
te aclaman y te bendicen.

No hay dolores ni hay espinas
para el hijo que te nombra;
y al que va a Ti, le dan sombra
cariñosas las encinas,
y el césped, mullida alfombra.

¡Cuántas veces tus loores,
oh Virgen de mis amores,
ante tus hijos canté!
¡cuántas veces te mostré
nuestras dichas y dolores!

Hoy, Madre, al no disfrutar
del encanto singular
que a los ojos da tu ermita,
me anega en hondo pesar
una nostalgia infinita.

Auroras primaverales,
sorprendedme en el camino
buscando los celestiales
rayos del mirar divino
de sus ojos maternales.



LA VISPERA DE LA FIESTA

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

Para los cacereños

HE subido muchas veces. X

En aquellas cumbres altas
oigo voces que resuenan
con dulzura no igualada;
son las voces maternas
de la Virgen que me llama.

Y al reclamo cariñoso
de la que es nuestra esperanza,
me dirijo hacia el camino X
que me da la cuesta santa
y une a la ciudad piadosa
con su Reina y soberana.

Unas veces voy temprano,
cuando va a apuntar el alba,
cuando el silencio y las sombras X
estrechamente se abrazan,

temiendo que llegue el día
a romperlo y disiparlas.

Y he bebido las dulzuras
del nacer de la mañana,
presenciando ese relevo
majestuoso de la guardia
que hace el sol tras de la aurora
a la bella ermita blanca,
ocultando de la noche
las obscuras luminarias.

¡Qué amaneceres tan bellos
son los de nuestra Montaña!

Otras veces subo raudo
cuando vierte el sol sus llamas
dando fuego de energías
a la tierra y a las plantas
y arrancando vibraciones
como un aliento que exhalan
en el que flores y tierra
su amor a la Virgen mandan.

¡Cuánto ese calor los senos
de nuestros pechos ensancha
junto al sosiego bendito
de la ermita venerada!

También de la tarde tibia
las últimas horas gratas
me han sorprendido escalando,
llena de ansiedad el alma,
la senda en cuyas alturas
la Virgen tiene su casa.

La vió el sol por el oriente
al despuntar la mañana,
y la llenó de alegrías;
quiso luego contemplarla
en todo su circuito,
y la rondó con las ansias
del amante embelesado
en la beldad de la amada.
Pero ante tanta hermosura
que su propia luz cegaba,
palidieron sus rayos;
y acelerando su marcha,
se ocultó tras de los montes
como hoguera que se apaga.
Y las estrellas volvieron
a hacer de nuevo la guardia.

¡Qué atardeceres tan gratos
son los de nuestra Montaña!

He subido muchos días
a la cúspide sagrada,
embriagándome en amores
todo el tiempo de mi estancia.

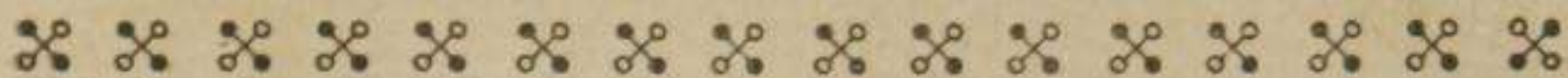
Pero tiene más encantos
la subida de mañana;
que es el día de la Madre,
y no hay fieles que no vayan
con el corazón henchido
de gozo a felicitarla.

Y allí tantos corazones,
vida de tantas entrañas,

como uno solo se agitan,
como uno solo la aman,
como uno solo la adoran,
como uno solo la cantan.

Señor, Tú que los senderos
de la vida al hombre trazas,
no retires de mis pasos
las hondas penas amargas;
pero déjame subir
y mirar a la Montaña;
que ante la Madre bendita
yo sabré dulcificarlas.





HORAS FELICES

A LA GLORIOSA PATRONA DE MONTÁNCHEZ
EN SU FIESTA

BIBLIOTECA PÚBLICA
CACHUPA

PERDONA, excelsa Reina del Castillo,
perdona cariñosa, si me atrevo
a profanar con mis humildes trovas
lo santo, lo entrañable de mi afecto.

Es tan grande el amor aquí escondido,
y en mis frases incultas tan pequeño,
que quisiera mejor verlo encerrado
en el hondo sagrario de mi pecho.

Pero callar cuando me pide el mundo
una prueba de amor y sentimiento,
no unir mi voz a las del coro insigne
que hoy eleva hacia Ti sus nobles ecos,
por desamor el mundo lo tuviera,
y consentirlo, Madre, yo no puedo,
aunque mi voz se apague emocionada
sin expresar lo mucho que te quiero:

que Tú no escucharás estas estrofas
en que no se percibe ni un remedo
de aquéllas que mi alma tantas veces
te cantó con acordes de silencio.

¡Qué unidos van a tu recuerdo santo
de mi niñez los plácidos recuerdos,
y qué unida a mi espíritu esa Imagen
que no han visto los ojos de mi cuerpo!

Tú me enseñaste a amar. Por Ti mis ojos
a otro mundo hermosísimo se abrieron;
y hallé en él las delicias que la vida
nos da sólo en las zonas del misterio.

En la feraz llanura que se extiende
al Norte de tu sierra, existe un pueblo,
pedazo de la Patria, el más querido,
a quien, después de Dios, todo lo debo.
Nada le falta para ser dichoso,
que a su Cristo adorable tiene dentro,
y si mira hacia fuera, en el Castillo
tiene a su Madre en Ti, cerca del cielo.

Porque Tú no eres Madre solamente
de ese solar hidalgo montanhego.
Reina de la comarca que te adora,
sobre ella tiendes tu amoroso cetro.

Y como a Reina augusta y tierna Madre
te ven siempre los hijos de mi pueblo
cuando elevan sus ojos a esa cima
y te miran en éxtasis poéticos,
al besarte la luz del sol naciente
y al darte el vespertino adiós postrero

y al cercarte rosadas nubecillas,
y al ocultarte nubarrones densos.
Gira en torno de Ti su vida toda;
todo lo esperan de tu amor inmenso;
y hasta las nubes que sus campos piden,
si no llegan de Ti, no dan su riego.

Te puso Dios sobre las altas rocas
por que todos te vieran desde lejos
como senda segura de la vida
que se pierde en los límenes del cielo,
como Madre que extiende en las alturas
sus ojos compasivos y benéficos,
como imán misterioso de las almas
y pararrayos del enojo eterno.

Así te amé en los años infantiles
cual visión celestial de mis ensueños;
así de mi niñez te di las horas
que eterna mella en mi vivir hicieron,
cuando inundó mi pecho la alegría
y el mundo ante mis ojos se hizo bello,
cuando las penas me cercaron tristes
y los dolores me azotaron fieros,
llevando mis pesares y mis gozos
en alas de mi ardiente sentimiento
hacia tu mismo altar que era tu ermita,
y desde el valle aquel que era tu templo.

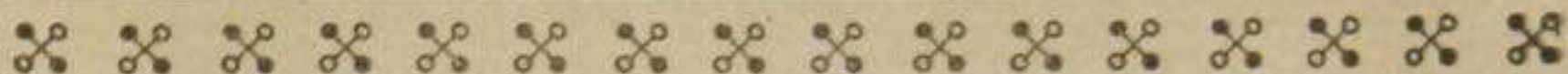
De esa visión celeste encantadora
me ha arrancado el deber. Hoy ya no veo,
como de niño, tu morada altísima
de los rayos del sol a los reflejos;

pero los rayos del amor quedaron
tan vivos en el alma y tan impresos,
que el rodar de los años no los borra
con todos sus titánicos esfuerzos.

El niño aquel, que te miraba entonces,
murió en el hombre que se encuentra lejos;
sus inocentes esperanzas bellas
asesinaron desengaños fieros;
tundió su sér con fuertes golpes rudos
la inexorable y cruel maza del tiempo,
y el que todo lo vió lleno de vida,
todo, en torno de sí, lo encuentra muerto.

Por eso me traslada a aquellas horas
el aguijón constante del deseo;
y desde el valle que el Salor arrulla
fija en la sierra la mirada tengo.
Porque rozan mi sér auras de vida
y vuelvo de mi infancia a los ensueños,
si me acuerdo de Ti, Madre amorosa,
si pongo en tu Castillo el pensamiento.





BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

TODA CORAZÓN

A LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LA MONTAÑA EN SU
VISITA A LA CIUDAD EL 3 DE ABRIL DE 1921



Ya es mucho, Madre y Señora,
ser la eterna protectora
de tu querida ciudad,
demostrando hora tras hora
tu cariño y tu bondad.

Ya es mucho en tu misma casa,
en las gradas de tu trono
hora tras hora, sin tasa,
y borrando todo encono
el fuerte amor que te abrasa,
despachar los memoriales
que elevan nuestras miserias
a tus aras virginales
y curar nuestras lacerias
con bálsamos maternos.

Ya es mucho escuchar lamentos

Esta va ser

de tristes padecimientos
y ver las hondas heridas
en los hombres producidas
por sus horribles tormentos.

Ya es mucho amor el que escuda
nuestro pecho de la aguda
fiera espada del dolor
que horripilante y desnuda
nos amaga con furor.

Pero dejar tu morada
de tantos siglos bendita,
salir de tu regia ermita
para honrarnos, Madre amada,
con tu celestial visita;

descender de esas alturas
bañadas en auras puras,
llegando a nuestras mansiones,
hervideros de pasiones
de estas miseras honduras;

venir a estos pobres lares
donde brotan iracundos
los gérmenes a millares
de rencores furibundos
que nos son tan familiares;

bajar al de los humanos
inhospilario albergue
que agitan vientos malsanos
y donde el odio se yergue
entre los mismos hermanos;
visitar el negro abismo

donde los mortales viven
cada cual para sí mismo,
y en que sólo se perciben
las voces del egoísmo...

es mostrarnos un amor
tan alto, tan redentor,
que sólo en Dios se creería,
si a Ti también, Madre mía,
no te lo diera el Señor.

Tú conoces nuestros males
y las heridas mortales
que enconadas nos afligen;
y a nosotros se dirigen
esos ojos divinales.

¡Oh! nunca se vió en la tierra
por cristianos habitada,
guerra tan encarnizada,
ni tanto estuvo la guerra
del mundo enseñoreada.

Y Tú nos quieres librar
de los hálitos de muerte
que ves al odio exhalar.
Sabes que sólo con verte,
el rencor se ha de apagar.

¿Quién de tus hijos queridos
no acallará los rugidos
del odio en que arde deshecho,
al escuchar los latidos
del santo amor de tu pecho?

¿Quién guardará malquerencia

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

ni alimentará la inquina
contra el hermano, en presencia
de una Madre tan divina
que es toda benevolencia?

Tú los viste, Madre amada,
la tarde en que, en tu bajada,
te besaba el sol poniente
esa inmaculada frente
con su luz inmaculada.

Tú viste cuál te cercaban
cuando a la ciudad venías,
y de todos recibías
los afectos que manaban
de sus hondas simpatías.

Y los ves siempre apiñados
de tu imagen en redor,
escuchando embelesados
los loores encantados
del ministro del Señor.

Y nunca tan buenos fuimos
ni tan hermanos nos vimos
como al mirarte de hinojos,
si hechizados recibimos
la mirada de tus ojos.

No escondas, pues, esa faz
que tanto nos emociona.
Tú, de Cáceres Patrona,
ruega por Cáceres, y haz
que hallemos en tu corona
el reinado de la paz.

✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

TODA HERMOSA

NUESTRA SEÑORA DE LOS HITOS, PATRONA
DE ALCÁNTARA

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

EN la retina del alma
grabado tengo ese sitio.
Nunca apagaron ausencias
el fuego de un gran cariño.
Montado en el pensamiento
día y noche lo visito;
y me hago huésped constante
del soberano edificio,
palacio de una Princesa
a quien están los destinos
de Alcántara confiados
por los supremos designios.

Si entro, yo no sé salir;
¡qué influjo tan peregrino
sobre el corazón ejerce
la Señora de los Hitos!

Contemplad esta belleza
los que buscáis con ahinco
hermosuras en el mundo,
y decidme si habéis visto
algo que se le asemeje
del orbe en el ancho círculo.

A sus plantas arrobado,
dulcemente me extasio;
y es cada vez a mis ojos,
más bella, si más la miro.

Reina profundo silencio
en el sagrado recinto;
sólo ante la hermosa Imagen
el aleteo percibo
de ángeles que la rodean
como soles de su nimbo;
porque en el cielo se sabe
que es la Virgen de los Hitos
embeleso de los hombres,
de los ángeles hechizo,
flor de la extensa campiña
que esparce aromas suavísimos,
tanto como los que emanan
de las flores del empíreo.

Desde el venturoso día
en que regalarme quiso
con su celeste mirada,
¡cuántas bellezas he visto
que se ajaron como flores
en tempestad de granizo!

Sólo Ella guarda perennes
sus encantos siempre vivos;
que no aja flores divinas
el galopar de los siglos.

Dejando allí el alma presa,
salgo del templo bendito;
a la sombra de sus muros
sobre un poyo me reclino,
y a contemplar me detengo
de la Reina los dominios.

Desde la suave colina
claramente los diviso,
aunque sus lindes parece
que tocan en lo infinito.

¡Qué grande todo y qué hermoso,
qué sublime y qué sencillo!
Sólo desde allí descubro
lo alto, lo bueno, lo limpio,
lo que de la amada Reina
a los ojos se hace digno,
lo que nos habla del cielo
o nos dice su camino.

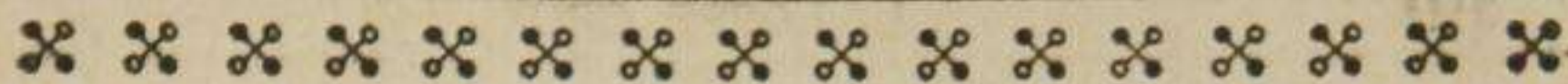
Lo manchado, lo culpable,
lo horroroso, lo mortífero,
ya entre barrancos se oculta,
ya entre sombras busca asilo.

Alzanse las cordilleras
que a un lado y a otro distingo,
escalando las alturas
con las peñas de sus picos;

mientras del próximo Tajo
sólo escucho los rugidos
que las aguas cenagosas
dan en lo hondo del abismo,
domeñadas en su curso
por los sólidos macizos
de los Montes Oretanos
y los Cárpatos altivos.

¡Oh qué cuadro tan grandioso
tan solemne y tan sentido,
el del ardiente homenaje
que los valles convecinos
y las montañas lejanas
y las flores y los trigos
a la Matrona tributan
cuando sale entre sus hijos
en procesión majestuosa
por su campiña de lirios!

Yo envidio, oh Madre, su suerte;
pero desde aquí te envío,
yo que callé tantos años
en tu hermosura embebido,
este férvido homenaje
de mi fe y de mi cariño.
Que si no ornara tu nombre
las páginas de este libro,
sintiera toda mi vida
sobre el alma ese vacío.



NON PRAEVALEBUNT

*Al Rvdmo. Sr. D. Ramón Peris
Mencheta (q. s. g. h.) en las bodas
de plata de su Consagración Epis-
copal.*

.....

Ya pesar de las iras del infierno
sobre las sociedades vive y reina.

Dióle Jesús, su Fundador augusto,
la misión más sublime de la tierra:
tuvo por fin mostrarnos la otra vida;
«instaurar todo en Cristo» fué su lema;
dirigir a los hombres, su destino,
y llevarlos a Dios, su recompensa.

La quiso Jesucristo siempre viva,
la formó, buen Esposo, grande y bella;
y vivir es luchar, y en la victoria
sólo el culmen está de la grandeza.

Lucha es la vida, y en constante lucha
están todas las cosas en la tierra,

sin que de esos combates y batallas
quisiera Dios dejar libre a su Iglesia.

No cruza el mar inmenso sin peligros
la nave que las aguas atraviesa,
que de un puerto a otro puerto lucha ruda
sostiene con las olas gigantescas.

Así, sin que jamás la sepultaran
del mar humano las borrascas negras,
la barquilla de Pedro va surcando
las olas que levanta la soberbia.

Mientras haya pilotos que la nave
dirijan con valor y con destreza,
no se hundirá ni se abrirá en pedazos
al dar en los escollos que la cercan.

Ni del redil en la honda mansedumbre
la paz apetecida se respeta;
que, afilando los dientes su apetito,
hambriento lobo sin piedad lo acecha.

¡Y en el redil de Cristo cuántas veces
inútilmente quiso entrar la fiera
y devorar los tímidos corderos
que las sanas doctrinas alimentan!

Mientras haya pastores que el rebaño
guiar y apacentar amantes sepan,
y desprecien su vida y den su sangre
cual la da el buen pastor por sus ovejas,
no hay que temer del lobo los aullidos
ni de su diente audaz las rizas fieras.

Y Cristo es el Piloto soberano
que dirige la nave con su diestra;

y es el Pastor solícito que guarda su querido rebaño y lo conserva.

¿Quién pudiera soñar tan grandes cosas?
¿quién pudiera pensar y quién dijera que aquellas tres palabras tan sencillas del Redentor a Pedro tanta fuerza hubieran de tener, cuando le dijo con toda autoridad: «Pasce oves meas»?

¿Más cómo no pensarlo? Si es divina más que obra humana sostener la Iglesia, también es Dios el que promete darle su misma autoridad, su propia fuerza.

«*Ego vobiscum sum omnibus diebus*»
Es Él quien ejecuta la alta empresa que a pobres ignorantes pescadores cual la cosa más fácil encomienda; pero no como a meros instrumentos; como a personas que el encargo aceptan conscientes del deber y responsables del poder sin igual que les entrega.

«Os mando como a ovejas entre lobos»...
«Os odiará, por mí, la tierra entera»...
«No habrá para vosotros sinagogas, y el mataros lo habrán por cosa buena»...,
«Más que el maestro no será el discípulo y el siervo más que el amo no se crea».

Estos son los halagos que reciben; mas para que tuvieran una prenda y una esperanza del favor divino, el mismo Cristo su palabra empeña

BIBLIOTECA
CÁCERES

de que las tempestades infernales
no podrán nunca derribar su Iglesia.

Por eso la encontramos victoriosa
saliendo de los siglos siempre nueva;
y a pesar de las iras del infierno
sobre las sociedades vive y reina.

—

Señor: Para regir la grey de Cristo
un cayado os tocó. De Galilea
el divino Pastor presente os tuvo
cuando al mandarles doctrinar la tierra,
encargó a sus apóstoles que el orbe
hasta el fin de los siglos dirigieran.
Y os quiso encomendar la grey Cauriense
con especial amor la Providencia,
para que hallara en vos al Pastor Santo
y viérais en nosotros la grey buena.

Don es del cielo que el rebaño cuide
solícito pastor que lo defienda;
y es el gozo mayor de los pastores
no conocer la roña en las ovejas.

Un cuarto va de siglo desde el día
en que sin descansar veláis por ellas
y bien podéis decir: *me meae cognoscunt*,
repitiendo a la vez: *cognosco meas*,
como el propio pastor que las vigila,
no como el mercenario que las deja.

Sanos pastos nos disteis abundantes

con los que nuestras almas se nutrieran,
haciéndonos saber, para evitarlos,
los que dentro de sí veneno llevan.

Vigilando el redil no os detuvieron
tantas fragosidades y asperezas;
y recorrísteis una y muchas veces
sus ciudades, sus villas, sus aldeas,
y, con cariño singular, los pueblos
y pobres alquerías de esa tierra
tan ruin y desvalida, que su nombre
lo tomó como propio la miseria.

Y aquí y en todos sitios fué grabándose
del buen Pastor la cariñosa huella
que usando el *opportune et importune*
una y otra vez manda y aconseja.

Asombra esa labor que en cinco lustros
sin desmayos ni eclipses persevera,
mirando siempre a Dios, cuya es la gloria
y de las almas al provecho atenta.

Ante esa caridad del Pastor bueno,
rindiéranse, Señor las mismas peñas,
cuanto más nuestros blandos corazones
que todo son amor, todo nobleza.

Llamásteis como Padre cariñoso,
de nuestros corazones a las puertas
en el nombre de Cristo; desde entonces
la caridad de Cristo nos estrecha.

Hoy ese amor que se desborda y rompe
el dique de los pechos que lo encierran,
nos dirige hacia Vos para llevaros

un saludo filial que de la inmensa gratitud que enardece nuestras almas os haga sabedor, si ya la ciencia que al corazón ilustra sin sentirlo, ha mucho conocerlo no os lo hiciera.

Dios bendiga, Señor, tantos desvelos. Dios que conoce y generoso premia el valor de los actos, es seguro que os ha de dar muy grande recompensa.

Pero en nuestro egoísmo le pedimos que guarde mucho tiempo esa existencia que con celo apostólico a los hijos consagráis con el alma y vida entera.

Queremos escuchar esas lecciones sabias y santas, de verdad eterna, que vierten vuestros labios, empapadas de efluvios de virtud que al alma llegan.

Benedicidnos hoy más. Por su buen padre fervientes votos al Señor elevan pidiendo le bendiga y le conserve vuestros hijos que os quieren y os veneran.



✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

CONFIANZA Y GRATITUD

AL SANTÍSIMO CRISTO DEL HUMILLADERO,
PATRONO DE LA VILLA DE TORREMOCHA, EN LA
SEQUÍA OTOÑAL DEL AÑO 1917

I

Antes de la lluvia

No nos castigues, Señor,
mirando nuestra malicia;
de tu infinita justicia
detén el fuerte rigor.
Míranos con ese amor
de compasión y bondad,
con esa tu gran piedad
que mantiene en par abiertas
para nosotros las puertas
de tu inmensa caridad.

Siempre que tu pueblo amado
vino a tus plantas benditas
para llorarte sus cuitas,
benigno le has escuchado.
¿Tan grande es hoy su pecado,

que, puesto ante Ti de hinojos,
con lágrimas en los ojos
y pena en el corazón,
ya no halla en Ti compasión,
ni se apagan tus enojos?

Señor, Tú imperas al mar;
Tú la tempestad levantas;
Tú las olas agigantas
y las vuelves a amansar.
Sólo Tú sabes domar
los furiosos elementos;
pones cadena a los vientos,
y las nubes te obedecen
y a tu mandato se mecen
sobre los campos sedientos.

Haz que su riego jugoso
produzca sus maravillas;
que germinen las semillas,
Jesús misericordioso;
que reaparezca frondoso
lleno de hierbas el suelo;
y el río y el regatuelo
tengan vida en su corriente.
No niegues, Jesús clemente,
tan hermoso don del cielo.

Tú que nos diste la vida,
¿consentirás de esa suerte
que entre nosotros la muerte
tienda su garra homicida?
Es tu familia querida

la que de Ti pan implora;
es la que te ama y adora
con tal fe y cariño tanto,
que encuentra en tu nombre santo
tu piedad consoladora.

Te lo pide el pueblo entero
arrepentido y contrito.
Oyenos, Jesús bendito,
Señor del Humilladero.
En este trance tan fiero
de tan horribles azares,
Señor, no nos desampares,
que Tú eres nuestra esperanza:
¡Será eterna la alabanza
de tus gracias singulares!

II

Después de la lluvia

Señor, pasaron las horas
en que la horrible sequía
sobre nosotros ponía
tristezas desoladoras.
A las plantas protectoras
de su Jesús adorado
el pueblo amante postrado,
pidiendo humilde perdón,
imploró la protección
que jamás Tú le has negado.

Y le escuchaste benigno;
qui si las nubes vinieron
y sus entrañas abrieron,
de tu bondad era signo.
Hoy, para ser de Ti digno,
este pueblo necesita
volver de nuevo a tu ermita
con tierna solicitud
a mostrar su gratitud
ante tu imagen bendita.

Aun siendo pobres, pagar
sabemos los beneficios;
los mayores sacrificios
no nos hacen desmayar.
Ninguno sacrificar
entre nosotros temió
todo lo que recibió,
en justa correspondencia.
Nos quiso la Providencia
pobres; pero ingratos, no.

Probarlo no es necesario;
que si alguno lo dudara,
luego se lo pregonara
tu precioso santuario,
admirable relicario
que fabricó el sentimiento,
cariñoso monumento
donde todo es expresivo,
todo, testimonio vivo
de nuestro agradecimiento.

Tú nos supiste ayudar
en nuestras necesidades;
Tú curaste enfermedades
que nadie pudo curar.
El rico trajo a tu altar
joyas de grande valía,
y el pobre... lo que tenía;
y si no otra cosa, el don
de su hermoso corazón
que de veras te ofrecía.

Por eso alegres venimos
los que tristes te imploramos,
porque el favor alcanzamos
y de Ti lo recibimos.

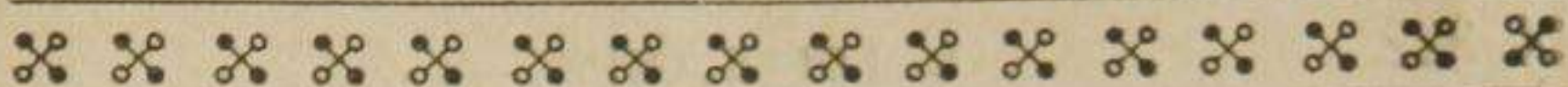
Cuando tristezas sentimos,
Tú escuchaste nuestro llanto;
escucha también el canto
que hoy el gozo nos inspira,
y míranos, como mira
un Dios que nos quiere tanto.

La tierra, antes seca y parda,
se va cubriendo de verde;
la semilla no se pierde,
porque tu bondad la guarda.
Tu clemencia nunca tarda;
no quieres que el hombre muera;
y cuando la muerte espera,
por juzgar su mal eterno,
Tú mandas sobre el invierno
arrullos de primavera.

¡Qué triste el campo y qué yerto!
no asomaba en él la vida,
porque el agua apetecida
le faltaba; y era un muerto,
un arenoso desierto
donde las aves no cantan,
donde las flores no esmaltan
el suelo con sus colores,
ni regatos parladores
entre yerbezuelas saltan.

Mas Tú lo hiciste fecundo
con el riego de las nubes
que por manos de Querubes
enviaste sobre el mundo.
A tu imperio sin segundo
la tierra se estremeció,
y sus entrañas abrió,
y las semillas brotaron,
y los pájaros cantaron
y el arroyuelo corrió.

Recibe, Jesús amado,
mil y mil gracias; la villa
confiesa humilde y sencilla
que tu favor la ha salvado.
Mientras tenga atesorado
tu amor, grande y verdadero,
aunque tiemble el mundo entero,
confiará en tus mercedes;
porque Tú todo lo puedes,
Señor del Humilladero.



MI PARROQUIA

*A mis feligreses de Santiago, de
Cáceres.*

DOMINANDO la anchura de los espacios
hasta allá donde duermen las soledades;
más alto que los techos de los palacios,
más grande que las casas de las ciudades;

secular ornamento de extensas villas,
única mole augusta de las aldeas,
a la que en nubes de humo llevan sencillas
calor de los hogares las chimeneas;

cual gallina que esconde bajo sus alas
con maternales fiebres a sus polluelos,
como ángel que a librarnos de cosas malas
viene sobre la tierra desde los cielos,

se eleva ante los ojos en los poblados
con quietudes solemnes un edificio
que los hombres alzaron enamorados
en honor del Dios bueno y a su servicio.

Una porción pequeña del fiel rebaño
tiene junto a sus muros amparo y guía,
y la mansión sagrada da año tras año
muestras de ser la madre que Dios le envía;

la madre que a sus hijos llama y congrega
con voz que de la altura se desparrama;
con esa voz que al alma del hombre llega
como la voz dulcísima del sér que se ama.

De las arpas de bronce la voz sonora,
cuando asoma risueña la luz del día,
nos demanda un saludo para otra Aurora
de otro Sol más hermoso: para María.

Cuando el astro, en el medio de su carrera,
con fatigoso fuego la tierra enciende,
la campana sus ecos lanza ligera
y en honor de la Virgen los aires hiende.

Y en la tarde cansada, si el sol declina
para hundirse en los mares del Occidente,
pide para la augusta Madre divina
otra oración sentida, tierna y doliente.

Cariñosa en sus brazos ella recibe
a sus hijos, y nunca los abandona.
Es su misión divina: que sólo vive
para labrar sin treguas nuestra corona.

Con vivílicas aguas al tierno infante
que ha llegado a este mundo, lava al momento;

no quiere que respire ni un solo instante sin recibir la gracia del Sacramento.

A más robusta vida su alma levanta,
y en la fe le confirma de Jesucristo,
para que en las batallas de esa fe santa
contra el mundo cobarde, siempre esté listo.

Y mirad cómo infunde sus bendiciones
y el amor santifica de los esposos;
y cómo une por siempre sus corazones
y les dice: «sed buenos y sed dichosos».

Y en el trance terrible, cuando el aliento
se apaga de la vida, su compañía,
al salir de este valle del sufrimiento,
dulcifica las horas de la agonía.

Nunca sentir tan hondo domina el pecho
que dilate sus senos o que le aflija,
como el que inunda el alma bajo aquel techo
que a pequeños y grandes igual cobija.

Cuando el Niño divino tan pobre nace,
es tan fuerte su gozo, y es tan profundo
su amor al pequeñuelo que en pajas yace,
que es el gozo del cielo que viene al mundo.

Respira la Parroquia santa alegría,
y de gozo se llenan grandes y chicos

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

que a todas partes llevan su algarabía
al son de panderetas y villancicos.

La escena cambia luego: que ese Dios muere
a impulsos de un horrendo crimen nefario:
y espada de dolores el pecho hiere
de la Virgen que llora sobre el Calvario.

«Llorad—nos dice entonces—vuestros pecados,
rasgad de pesadumbre los corazones»,
y cubren sus altares velos morados
para ocultar tras ellos sus aflicciones.

El pueblo, compungido, se postra y reza;
se aparta de bullicios y pompas vanas;
y los ámbitos llena de honda tristeza
el doliente silencio de las campanas.

Mas ya a gloria repican; todo ha cambiado:
la Parroquia gozosa canta «Aleluya»
por Cristo del sepulcro resucitado;
y el pueblo esta alegría tiene por suya.

¡Ah! si nunca sentisteis dominadoras
de estas penas y gozos las emociones,
¿de qué gozos y penas en vuestras horas
habéis alimentado los corazones?

Manantial de dulzuras la Iglesia santa,
escuela insuperable del sentimiento,

arroba los sentidos y nos encanta
con sus cultos sublimes al Sacramento;

al Dios por nuestras almas sacramentado,
al Dios que de ese modo nos dignifica,
al Dios que en alimento se nos ha dado
y cambia nuestros seres y nos deifica.

¿Buscáis cultos amenos y seductores
que saturen el alma de dulcedumbres?
El altar de la virgen, lleno de flores,
nos refleja del cielo las bellas cumbres.

Maestra de la vida, por norma tiene
del mismo Jesucristo las enseñanzas;
y del santo Evangelio que las contiene
a sus hijos explica las bienandanzas.

La autoridad de Cristo siempre la rige:
que es la santa Parroquia, porción pequeña
de la Iglesia que el sumo pastor dirige
y por orden de Cristo manda y enseña.

Llama a los pequeñuelos y los halaga;
convoca a muchedumbres, y las doctrina:
perdona a pecadores, y les amaga
con la eterna justicia que los conmina.

Salen del campanario voces de gloria
porque un ángel humano se marcha al cielo;
y cuando el alma deja de sí memoria,
esas mismas campanas tocan a duelo.

¡Dichosos ¡ah! dichosos los feligreses,
los hijos del rebaño que ella apacienta;
no tendrán en la vida negros reveses,
si bendicen la mano que los sustenta!

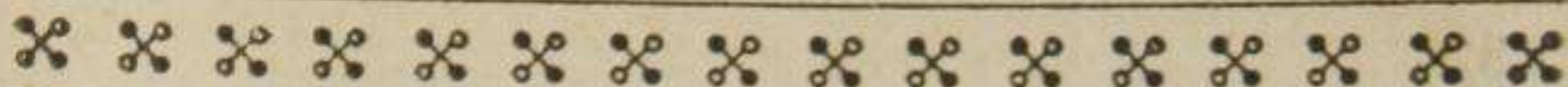
Parroquia de mis ansias y mis amores:
para ti los ensueños del alma fueron;
por ti fueron mis gozos, y los dolores
más tristes que en la vida me acometieron.

Yo te vi con los ojos embelesados
con que mira las cosas santas el niño;
y anhelé mil tesoros exagerados
para la que era objeto de mi cariño.

Y después plugo al cielo, por mi fortuna,
que gozoso contigo me desposara;
y suspiré anhelante por que ninguna,
ninguna sobre el mundo te superara.

Y conforme los años fueron pasando,
a tu servicio siempre mi insuficiencia,
girones de mi vida fueron robando
las zarzas del camino de la existencia.

Por ese amor constante del pecho asido,
que me conceda un día tras otro día
velar por mis ovejas al cielo pido,
y morir en tus brazos, Parroquia mía.



CANTEMOS A MARIA

HIMNO OFICIAL DE LA ASOCIACION CATOLICA
DE MAESTRAS DE CÁCERES

C O R O

CANTEMOS a María, la Madre Inmaculada
Patrona y Reina amada de nuestra Asociación:
A Ti que cariñosa tu dulce amor nos muestras,
tus hijas las Maestras entonan su canción.

E S T R O F A S

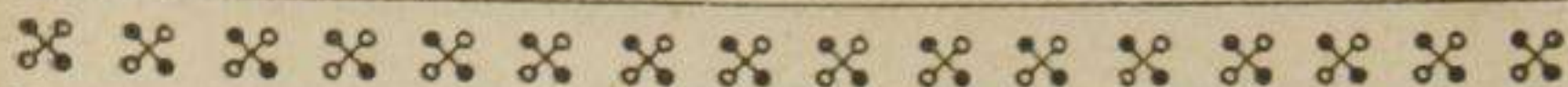
«Sedes Sapientiae» te proclamamos;
ciencia no hallamos lejos de Ti;
del Sol divino Tú eres, Señora,
la bella aurora que brilla aquí.

Sombras de muerte cubren la vida.
Madre querida, Tú del error
disipa amante la nube oscura
de tu luz pura con el fulgor.

Hálito impuro llena el ambiente;
ráfaga ardiente sopla del mal.
Líbranos, Madre, Tú del veneno
que exhala el cieno de este fangal.

Tú eres imagen de la pureza;
Tú eres belleza de la mujer
que de tu mano las cristalinas
aguas divinas quiere beber.





LA VISION DE UN APOSTOL

POSTRADO ante el exangüe Crucifijo,
al que las horas de su vida entrega,
Francisco tiene el pensamiento fijo
en una idea en que el amor le anega.

«Ser para Dios es bueno, pero es poco;
»querer ir solo a Dios es de alma fría;
»si por Jesús está el corazón loco,
»ha de llevar inmensa compañía.

«—Ama al Señor con todo tu ardimiento,
»y al prójimo amarás como a ti mismo.—
»¿Quién guarda lo que dice el mandamiento,
»si pone su labor en su egoísmo?

»No salvará a su hermano quien encierra
»con ruindad en sí propio sus afanes.
»Mas las grandes conquistas de la tierra
»fueron sólo de grandes capitanes».

Esto piensa el de Sales, la mirada
puesta en la faz del Redentor doliente,
cual si quisiera en ansiedad callada
preguntar a Jesús tímidamente.

«Tú nombraste, Señor,—prosigue luego—
»quien llevara a los hombres tu doctrina;
»y de tu amor la tierra sintió el fuego
»iluminada por tu luz divina.

»¡Oh del apóstol la sin par nobleza!
»Mas, ¿cómo puedo yo, débil criatura,
»ni siquiera soñar en mi vileza
»con esa grande inaccesible altura?

»Pero, oh Jesús, yo siento que se abrasa
»mi corazón. En mi mezquina historia
»hazme el último siervo de tu casa;
»mas dame que trabaje por tu gloria.

»Bien sabes Tú—decirlo yo no puedo
»sin que el alma se duela y se horrorice—
»que el mundo te persigue con denuedo
»y aborrece tu nombre y lo maldice.

»Contra tu Esposa inmaculada y santa
»la lucha en estas tierras ¡cuál se encona!
»¡qué fuerte la herejía se levanta,
»presumiendo triunfar de tu Persona!

» Dame un puesto, Señor, en esta lucha
» entre tus más humildes mercenarios.
» Ya lo dijiste Tú: — La mies es mucha;
» pero muy pocos son los operarios. —

» No quiero recibir más beneficio
» que en aras de tu amor poner la vida:
» que con sólo perderla en tu servicio
» tendré la recompensa merecida ».

Dijo; y sus ojos asombrados notan
y sus oídos, que Jesús se anima,
y de la efigie las palabras brotan
con dulce ritmo de celeste rima.

Sigue en la Cruz; pero la Cruz ya es trono
que célicos fulgores reverbera:
y desde allí con cariñoso tono
el Hombre-Dios le habló de esta manera:

« Hijo mío, tu impulso y celo ardiente
» bien la nobleza de tu sangre dice;
» y a quien el celo del apóstol siente,
» mi corazón amante lo bendice.

» Pero cual sólo de la casa el amo
» llama y da a los criados su librea,
» también a mis apóstoles yo llamo
» y les doy lo que el cargo les desea.

» Pedro mismo ¿quién fué? Pobre cobarde
» sin otra propiedad que su ignorancia,
» ¡ay! me negó en la noche de la tarde
» en que de serme fiel hizo jactancia.

«¿Y quién fué Pablo? Un sabio presuntuoso
» a quien el odio el corazón mordía.
» Le hice mi gran Apóstol, amoroso,
» porque así a mis designios convenía,

» para fundir su corazón liviano
» con fuego de celestes caridades,
» obscureciendo su saber humano
» con el claro fulgor de mis verdades.

» Nadie se apoyará en su suficiencia;
» nadie podrá decir que obra de suyo.
» Al que no tiene ciencia, le doy ciencia,
» y al que la tiene ya, se la destruyo.

» Yo solo soy quien obro, soy quien hablo,
» soy quien les da valor, quien los inspira:
» no tienen en sus labios ni un vocablo
» que no les dicte el que por ellos mira.

» —Se os dará— ya les dije— qué digáis,
» no penséis qué decir ni de qué modo;
» porque no sois vosotros los que habláis;
» el Espíritu Santo hablará todo.—

»—No tenemos ni un propio pensamiento—
»pudo Pablo decir;—y—Os digo hoy:
»si tanto trabajé y con tal aliento,
»por la gracia de Dios soy lo que soy.—

»Y meditar en su enseñanza importa
»de cómo a mis apóstoles asisto:
»—Todo puedo en Aquél que me conforta.—
»—Vivo yo, más no yo; vive en mí Cristo.—

»Por eso los conduje sin pertrechos
»a la guerra difícil que empezaba:
»ellos a la batalla iban derechos
»y el Dios de las victorias la ganaba,

»Así se hizo del mundo la conquista
»por mis pobres apóstoles primeros.
»A su empuje y valor no hay quien resista.
»¡Y no matan ni hieren mis guerreros!

»Así del mal se libertó la tierra,
»si la manchó el infierno en su vesania.
»Así Agustino conquistó a Inglaterra;
»y Bonifacio dominó en Germania.

»Y Javier? ¡oh, Javier! Qué extenso el celo
»del gran Apóstol de las Indias era!
»Sólo para Javier creara el cielo
»si ya para los buenos no lo hubiera.»

Escuchando estas cosas, humillado,
Francisco siente confusión inmensa;
y el divino Jesús Crucificado
le dice luego con ternura intensa:

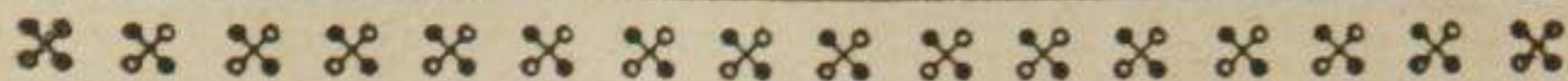
«Tú mi Apóstol serás. Dura campaña
›verá el esfuerzo de su santo brío;
›y saldrás vencedor de tanta saña
›sin otras armas que el apoyo mío.

›Con palabras y escritos sin descanso
›Satán rabioso su maldad consume.
›Tú sabrás combatirle: dulce y manso,
›serás también Apóstol de la pluma.

›Pléyade de discípulos brillante
›daré a la tierra, que tus pasos sigan,
›por que los hombres tu labor constante
›de sementera de virtud bendigan.

›Mas para conquistar la muchedumbre,
›vencerla siempre por amor procura;
›copia en tu corazón mi mansedumbre,
›y derrama a torrentes la dulzura.›

Y Francisco de Sales el camino
siguió de aquéllos que, en su amor fecundo,
en expresión del Salvador divino,
fueron sal de la tierra y luz del mundo.



BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

HIMNO A SAN JOSÉ

COMPUESTO PARA EL SINDICATO CATÓLICO DE
OBREROS DE CÁCERES

C O R O



CANTEMOS al augusto Patrono del obrero
que espejo de artesanos en esta vida fué;
cantemos al humilde y honrado carpintero,
cantemos al excelso Patriarca San José.

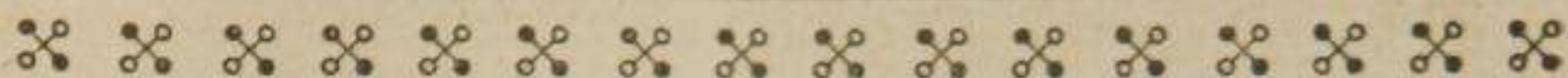
E S T R O F A S

A Ti, José, acudimos los hijos del trabajo
con callos en las manos, mas no en el corazón,
Escúchanos piadoso, pues sabes que nos trajo
rendidos a tus plantas, tu gran intercesión.

Es Dios quien del trabajo las horas santifica,
quien de un taller tan pobre sométese al sudor.
Es Dios quien del obrero las frentes dignifica
y en un obrero busca su amante protector.

Nosotros, los honrados obreros cacereños,
tus obras ejemplares queremos imitar,
pues sólo de sí mismos se pueden llamar dueños
aquéllos que te imitan y saben trabajar.





EL AGUA DE LA VIDA

EN EL BAUTISMO DE UN JOVEN

Hoy es para ti el gran día.
Auras de resurrección
gozoso el cielo te envía
llenas de santa alegría
y dulce consolación.

Rompiéronse las cadenas
con que te ataba el pecado;
la iniquidad se ha borrado;
y de la culpa y las penas
el perdón has alcanzado.

¡Qué grande se manifiesta
la eterna benignidad
con nuestra enorme maldad!
¡Siempre vemos interpuesta
la divina caridad!

Ya la divina justicia
no descarga sus furores
ni castiga los horrores
de la culpa y su malicia
con infinitos dolores;

ni el reino de Dios se cierra
a los hombres que vinieron,
hijos de Adán en la tierra,
si a sus pecados hicieron
con el bautismo la guerra.

¡Bendita el agua divina
que tan negras manchas lava;
y al que en Adán muerte hallaba
le da en la santa piscina
vida que nunca se acaba!

La gracia es la vestidura
con que tu alma Dios asea.
No hay parecida blancura
ni semejante hermosura
ni tan preciada librea.

A Dios por ella eres grato
y de su reino heredero;
y el que era ayer juez severo,
hoy te admite ya en su trato
lleno de amor verdadero.

Admira la gran virtud
que en tal agua hay escondida,
que no sólo da en seguida,
en la enfermedad salud,
sino en la muerte la vida.

Hoy, pues, la vida recibes;
y es envidiable tu suerte;
hoy ya no temas la muerte,
hoy puedes decir que vives
con vida pujante y fuerte.

Has salvado el gran abismo;
mas no queda el bien aquí
de la vida del bautismo,
porque no vives tú mismo:
¡es Cristo quien vive en ti!

Ya la Iglesia, tierna Madre,
con su cetro soberano
te regirá. De su mano
te lleva Cristo, tu Padre,
pues desde hoy eres cristiano.

¡Oh! Nunca habrás de ostentar
un título tan glorioso
ni que más te pueda honrar:
es el nombre más dichoso
de que te debes jactar.

Llevarlo limpio procura,
cual cumple a un hombre de honor.
Has prometido al Señor
que no ajarás su hermosura
ni empañarás su candor.

Además te has alistado
como intrépido soldado
en las banderas de Cristo.
Síguelas, pues, esforzado,
siempre a defenderlas listo.

Fijo en la memoria ten
que deben ser tus acciones
propias de un hombre de bien,
ganando las bendiciones
de los hombres que te ven.

BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES

Jamás el respeto humano
a la luz del sol te venza.
De tu fe muéstrate ufano.
No puede ser buen cristiano
quien de Cristo se avergüenza.

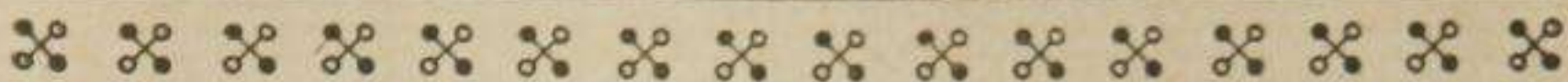
Bendice siempre al Señor.
Y pues hay muchos impíos
que blasfeman con horror,
defiéndele tú con bríos,
que El será tu defensor.

Y si hay quien, irreverente,
procura sin ley ni freno
ser malo públicamente,
procura tú, cual valiente,
ser públicamente bueno.

No pierdas el gran tesoro
de la fe que has recibido.
Vive a Cristo agradecido;
su propia sangre es el oro
que del mal te ha redimido.

Haz a Dios sentida ofrenda
de tu entero corazón;
no obres nada que le ofenda,
ni dejes la única senda
de la eterna salvación.

Ese es sólo tu destino
sobre el mundo, Benjamín.
Tienes origen divino,
y a Dios, que a salvarte vino,
tienes por único fin.



«NE RECODERIS»...

(Víspera de Difuntos)



VIENE la noche tendiendo
de sombras su negra capa;
silenciosas las tristezas
sobre el mundo se derraman;
tímidas luces alumbran
el trozo de tierra santa
en que los muertos la vida
y la eterna luz aguardan;
sólo el silencio interrumpen
los ayes de las campanas
como gritos de ultratumba,
como voces de las almas...

Una invasión de recuerdos
el corazón despedazan,
y en hondas meditaciones
el pensamiento se estanca...

BIBLIOTECA PÚBLICA
CACERES

Nunca es la vida tan débil,
nunca es la muerte tan brava.
¡Qué cortas son estas horas!
y aquella vida... ¡qué larga!
¡qué grande el fondo sin fondo
de las miserias humanas!

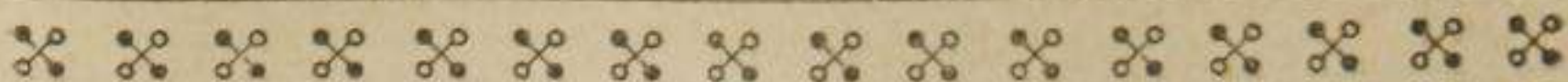
¡Oh, la vida de la muerte
con qué rapidez se ensancha!
y la muerte de la vida
¡cómo acude a alimentarla!

¡Qué grande es Dios que no muere!
¡qué visible nuestra nada!

Señor, tu poder conozco,
y el orgullo que me mata;
mas por tu misericordia
no te acuerdes de mis faltas.

Cuando al siglo has de juzgar
con ese fuego que abrasa,
«*Ne recorderis, Señor,
ne recorderis peccata*»...





LAS FLORES DE MI SAGRARIO

*Para la «Adoración Diurna» de
Santiago.*

JUNTO al ara de mármol del sacrificio,
sobre el altar del ábside del Santuario,
mi Salvador, cumpliendo su dulce oficio,
vive preso en la cárcel de mi Sagrario.

Pregonan reverentes su real presencia,
y de amor se consumen en ansias vivas
seis cirios que de flores huelen a esencia
y una llama que vive de óleo de olivas.

Mantel de blanco lino cubre la mesa,
que sólo el Viernes Santo se ve desnuda,
porque sólo ese día Dios, muerto, cesa
de darse en pan al alma que hambrienta acuda.

Tiene dentro la celda del Prisionero
cortina de oro y seda, pared dorada,
alfombra de hilo y techo rico y severo,
cual responde a la augusta regia morada.

Por fuera, en rasgos nobles de arquitectura,
de su amor un emblema lleva a las puertas.
¡Y soporta en las mismas la cerradura
quien siempre las del pecho mantiene abiertas!

Almas enamoradas su compañía
prodigan largas horas al Solitario,
que en audiencia recibe con alegría
a cuantos comparecen ante el Sagrario.

Pero lo que del alma me llega al fondo,
y más hiere mis ojos escrutadores,
y me hace cada día sentir más hondo,
es el honor que al Preso rinden las flores.

Cuidan con santo celo manos piadosas
de endulzar al Amado las soledades
con búcaros de flores que cariñosas
le paguen día y noche sus caridades.

Y el altar a mi Cristo flores le ofrece
convertido en fragante jardín eterno,
que no en la primavera sólo florece,
sino entre las escarchas del crudo invierno.

Adquieren estas flores un atractivo
de mística belleza que me fascina;
porque el Sol del Sagrario les presta un vivo
fulgor que intensamente las ilumina.

No son bellas las rosas en los jardines,
ni fragante en los huertos el azahar,
ni huelen las violetas y los jazmines
como ante el Dios que mora sobre mi altar.

Ni albor nítido tienen las azucenas,
ni dan los alelíes matices tantos,
ni están las margaritas de encanto llenas,
si ante el Dueño no viven de mis encantos.

Su cariño al Sagrario les da la vida,
y exhalan en su torno su casto aliento;
y su misión amante tienen cumplida
muriendo en holocausto del Sacramento.

¡Qué lecciones tan santas me dan las flores
al verlas recostarse sobre el Sagrario!
¡Cómo a Jesús consuelan en sus dolores,
como las tres Marías en el Calvario!

Un ángel en la triste noche del Huerto
le dió a beber el cáliz de la amargura;
y mis flores su cáliz le dan abierto,
destilando las mieles de su dulzura.

Ramos estretejidos de dolorosas
espinas en su frente fieros se ceban;
y en guirnalda tejidas, mis suaves rosas
bálsamo a sus dolores aquí le llevan.

Por el recio vinagre y horrendas hieles
que le dan almas negras y sanguinarias,
a mi Jesús su aroma dan los claveles
y su néctar dulcísimo las pasionarias.

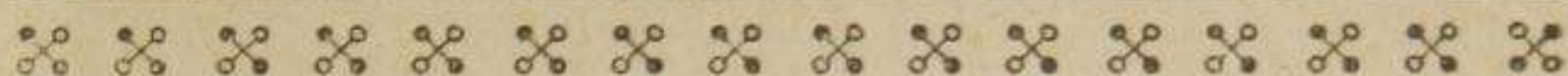
Víctimas que se inmolan al Rey hermoso,
colmáranse sus ansias y sus delirios
si en su esencia llevaran pasto sabroso,
para el que se apacienta siempre entre lirios.

En sus mismos despojos me son amables.
Fué a Cristo su belleza sacrificada,
y encuentro sus reliquias tan venerables,
que les diera gustoso tierra sagrada.

De las flores purpúreas que se marchitan,
parecen, cuando mustias llueven las hojas
y sobre el lienzo blanco se precipitan,
de la sangre de un mártir las manchas rojas.

Sobre el altar y el ara del sacrificio
perfumad, flores bellas, mi Santuario;
no dejéis vuestro santo dulce servicio,
no faltéis de las puertas de mi Sagrario.

Almas enamoradas, cercad de flores
esta Prisión que al Dueño de mi alma encierra;
que en ella Jesucristo muere de amores,
y en ella veis el cielo sobre la tierra.



INDICE

Páginas

De propia mano 7

POESIAS LIRICAS

El verso	17
Al Puente de Alcántara	23
El árbol caído	31
Desconsuelo	33
Primavera	39
Una rosa	43
La fiesta del árbol	49
La siembra del árbol	57
A la Previsión	59
Aniversario	65
Nostalgia	67
San Benito de Alcántara	71
Las voces del silencio	79

	<u>Páginas</u>
Amor de Patria.....	81
Nochebuena.....	85
Mi consuelo.....	89
Noche de Reyes.....	93
Trono de corazones.....	97
Mi sueño.....	101
La muerte del año.....	107
Vicios que matan.....	111
La Hermanita de los Pobres.....	117
La eterna máscara.....	119
Vibraciones.....	123
Ensueños.....	127
Dios y Patria.....	131
La liquidación social.....	137
El niño extremeño.....	141
Las huellas de la vida.....	149
Felicitación.....	153
Pueblo hidalgo.....	157
Las campanas de mi Iglesia.....	163
De la tierra y del cielo.....	169

POESIAS LIRICO-RELIGIOSAS

Junto a la cuna de María.....	177
«Memento, homo».....	181
Promesa y realidad.....	185
Pan de vida.....	191
Escenas de la Pasión.....	193

	<u>Páginas</u>
La Oración del Huerto.....	209
Noche de Pasión.....	213
A Jesús en casa de Caifás.....	217
A Jesús azotado.....	221
A Jesús coronado de espinas.....	225
El peso de la cruz.....	229
A Jesús crucificado.....	233
«¿Lamma sabacthani?».....	237
Al pié de la cruz.....	241
«Passus sub Pontio Pilato».....	243
Sangre preciosa.....	247
La túnica del Señor.....	255
Tú reinarás.....	259
Mater dolorosa.....	263
La Patrona.....	267
Anhelos.....	271
Hijo, vasallo y amante.....	275
Mi ofrenda.....	279
Himnos a Nuestra Señora de Guadalupe ..	283
Rosa de los montes.....	289
La víspera de la fiesta.....	293
Horas felices.....	297
Toda corazón.....	301
Toda hermosa.....	305
Non praevalébunt.....	309
Confianza y gratitud.....	315
Mi Parroquia.....	321
Cantemos a María.....	327

	<u>Páginas</u>
La visión de un apóstol	329
Himno a San José	335
El agua de la vida	337
«Ne recorderis»	341
Las flores de mi Sagrario	343



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EL DÍA VI DE JULIO
DE MCMXXV EN LA TIPOGRA-
FÍA «EXTREMADURA», DE
===== CÁCERES =====


**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**

**BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁCERES**



L. LÓPEZ CRUZ

De la tierra
y del Cielo



2/22871

